



# Laicos hoy

*Collección de estudios*  
*Consejo Pontificio para los Laicos*

PONTIFICIUM CONSILIUM PRO LAICIS

# Pastores y movimientos eclesiales

*Seminario de estudio para obispos*

«Os pido que salgáis al encuentro de los movimientos  
con mucho amor»

Rocca di Papa, 15-17 de mayo de 2008



LIBRERIA EDITRICE VATICANA

2011

© Copyright 2011 - Libreria Editrice Vaticana  
00120 VATICAN CITY  
Tel. 06.698.81032 - Fax 06.698.84716

ISBN 978-88-209-8499-1

[www.vatican.va](http://www.vatican.va)  
[www.libreriaeditricevaticana.com](http://www.libreriaeditricevaticana.com)

## PREFACIO

Para comprender plenamente el alcance teológico y eclesial del extraordinario florecimiento de los movimientos y nuevas comunidades en la Iglesia de nuestro tiempo, el cardenal Joseph Ratzinger indicaba en un enfoque histórico la vía que contribuye a identificar las modalidades con las cuales, a lo largo de los siglos, el Espíritu Santo responde a los desafíos lanzados por el mundo a la misión de la Iglesia.<sup>1</sup> ¿Cuál es el desafío de la post-modernidad? El papa Ratzinger lo reconoce en la cuestión de Dios, que considera el problema fundamental del hombre de hoy. En efecto, quizás nunca antes en la historia se ha encontrado un escepticismo tan arraigado, un rechazo masivo de Dios, incluso en tierras como la vieja Europa, nacidas y alimentadas de raíces y savia cristianas. Ante este verdadero regreso del paganismo, como es definido por alguno, Benedicto XVI llama con fuerza a la «centralidad de Dios; y no precisamente de un dios cualquiera, sino del Dios que tiene el rostro de Jesucristo».<sup>2</sup> Y añade: «Esto es muy importante hoy. Se podrían enumerar muchos problemas que existen en la actualidad y que es preciso resolver, pero sólo se pueden resolver si se pone a Dios en el centro, si Dios resulta de nuevo visible en el mundo, si llega a ser decisivo en nuestra vida y si entra también en el mundo de un modo decisivo a través de nosotros».<sup>3</sup> El drama de la humanidad posmoderna es la ausencia de Dios. En su carta encíclica *Spe Salvi* reiterará que sin Dios no existe esperanza para el hombre, y sin esperanza el hombre no

<sup>1</sup> Cfr. J. RATZINGER, *Los movimientos eclesiales y su lugar teológico*, en: “Communio” (Es) 21 (1999), 87-108.

<sup>2</sup> BENEDICTO XVI, *Homilía durante la santa misa con los obispos de Suiza*, en: “L’Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 17 de noviembre de 2006, 6.

<sup>3</sup> *Ibid.*

puede vivir, su existencia carece de significado. Escribe: «Llegar a conocer a Dios, al Dios verdadero, eso es lo que significa recibir esperanza».<sup>4</sup> La declaración del Concilio Vaticano II vuelve a afirmar que «la criatura [...] sin el Creador desaparece»,<sup>5</sup> pues sin Dios la vida del hombre es un enigma absurdo. Es en esta situación del dramático olvido de Dios donde el Espíritu Santo ha intervenido una vez más en la historia de la humanidad provocando nuevos carismas y haciendo renacer la fe «sin “si” ni “pero”, sin subterfugios ni escapatorias, vivida en su integridad como don, como un regalo precioso que ayuda a vivir».<sup>6</sup> Son los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades, en los cuales Benedicto XVI ve «lugares de fe en los que los jóvenes y los adultos experimentan un modelo de vida de fe como oportunidad para la vida de hoy [...] formas comunitarias de fe en las que la palabra de Dios se hace vida».<sup>7</sup> En tiempos marcados por una terrible erosión de la fe y en los que se tiende a mirar al cristianismo como una carga que oprime el hombre y lo mortifica en su deseo de libertad y felicidad, los movimientos se atreven a proponer el discurso sobre Dios y sobre el sentido de la existencia humana. En un mundo donde la fe ya no se puede dar por descontada ni siquiera entre los bautizados, ponen en primer plano el kerygma como método fundamental del anuncio de Cristo y de su Evangelio. Y son ya una multitud los hombres, las mujeres, los jóvenes que deben precisamente a estas nuevas realidades asociativas el descubrimiento de la belleza de ser cristiano, de la sensatez de la fe, de la alegría de la fe. La propuesta de los movimientos es la experiencia de un encuentro personal con Cristo, Señor y Maestro. Y es una propuesta contagiosa que, siguiendo la llamada del Evangelio «venid y veréis»

<sup>4</sup> ID., Carta encíclica *Spe Salvi*, n. 3.

<sup>5</sup> CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo *Gaudium et Spes*, n. 36.

<sup>6</sup> J. RATZINGER, *Los movimientos eclesiales y su lugar teológico*, cit., 24.

<sup>7</sup> BENEDICTO XVI, *Discurso a los obispos de la Conferencia Episcopal de Alemania*, en: “L’Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 24 de noviembre de 2006, 3.

(*Jn* 1, 39), se transmite de persona a persona gracias al testimonio convincente y a la pasión misionera de sus miembros. Los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades, “nuevas irrupciones del Espíritu” en la vida de la Iglesia, no son por tanto un accesorio, sino una respuesta enviada desde lo Alto al desafío crucial de nuestra época: la cuestión de Dios.

Algunos días antes de su elección al solio pontificio, el cardenal Ratzinger concluía en Subiaco un discurso sobre el papel de San Benito en la historia de Europa: «Necesitamos por encima de todo en este momento de la historia hombres que a través de una fe iluminada y vivida, hagan a Dios creíble en este mundo. El testimonio negativo de cristianos que hablaban de Dios y vivían en contra de Él ha oscurecido la imagen de Dios y ha abierto la puerta a la incredulidad. Necesitamos hombres que tengan la mirada fija en Dios, aprendiendo de Él la verdadera humanidad. Necesitamos hombres cuyo intelecto sea iluminado por la luz de Dios y a los que Dios abra el corazón de modo que su intelecto pueda hablar al intelecto de los demás y su corazón pueda abrirse al corazón de los demás. Sólo a través de hombres tocados por Dios, puede Dios volver a los hombres».<sup>8</sup> La celebración del Gran Jubileo del año 2000 nos ha hecho descubrir, no sin sorpresa, que el siglo XX no sólo fue el siglo de los grandes avances de la ciencia y la técnica, del nacimiento de ideologías inhumanas y de la devastación provocada por dos sangrientas guerras mundiales. El siglo XX fue también, sobre todo, un siglo de “hombres tocados por Dios”: santos, mártires, papas de gran talla, que fueron verdaderos maestros de fe y guías seguras para la humanidad entera. Y fue el siglo de un renovado Pentecostés para la Iglesia en el providencial acontecimiento del Concilio Vaticano II. Almas “tocadas por Dios” son también, sin duda, las grandes figuras carismáticas que encontramos en el origen de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades, porque – como decía Juan Pablo II – la

<sup>8</sup> J. RATZINGER, *Europa en la crisis de las culturas*, en: “Communio” (Es) 1 (2006), 49-50.

renovación de la Iglesia pasa hoy, de manera especial, a través de estos nuevos carismas.<sup>9</sup> Los carismas originarios, explicaba papa Wojtyła, «se conceden a una persona concreta; pero pueden ser participados también por otros y, de este modo, se continúan en el tiempo como viva y preciosa herencia, que genera una particular afinidad espiritual entre las personas».<sup>10</sup> Los fundadores son los primeros testigos e intérpretes del carisma recibido. Pero generalmente ninguno de ellos pretende fundar nada. Obedientes a la voz del Espíritu, ellos anhelan indistinta y exclusivamente vivir el Evangelio hasta las últimas consecuencias y, en ese sentido, como afirma el papa Ratzinger, el franciscanismo constituye el paradigma ideal del nacimiento de un movimiento eclesial.<sup>11</sup> Fundadores y fundadoras de movimientos y nuevas comunidades han sabido «hacer a Dios creíble en este momento de la historia»; grandes educadores, con su intelecto «han sabido hablar al intelecto de otros y con su corazón han sabido abrir el corazón de los demás» al misterio de Dios, utilizando las palabras del cardenal Ratzinger. Baste aquí mencionar los recientemente desaparecidos: don Luigi Giussani, fundador de Comunión y Liberación; don Oreste Benzi, fundador de la Comunidad Papa Juan XXIII; Chiara Lubich, fundadora del Movimiento de los Focolares. Todos ellos son personalidades que han dejado una huella profunda en nuestra época.

El mundo postmoderno está marcado por una grave crisis educativa. En los últimos tiempos el Santo Padre ha tocado varias veces este tema hablando de una verdadera “emergencia educativa” que consiste en la creciente dificultad para transmitir a las jóvenes generaciones los valores que dan fundamento a la vida.<sup>12</sup> Los educadores se encuentran en crisis (padres, profesores, catedráticos universitarios), muchas veces

<sup>9</sup> Cfr. JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral de la Esperanza*, Barcelona 1995, 172.

<sup>10</sup> ID., Exhortación apostólica *Christifideles Laici*, n. 24.

<sup>11</sup> Cfr. J. RATZINGER, *Dios y el mundo*, Barcelona 2005.

<sup>12</sup> Cfr. BENEDICTO XVI, *Discorso agli amministratori della Regione del Lazio, del Comune e della Provincia di Roma*, en: “L'Osservatore Romano”, 11 gennaio 2008, 1.

tentados a renunciar a sus tareas y a la misión a ellos confiada. Asimismo existe una escasez de medios verdaderamente capaces de formar a las personas. En este contexto cultural los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades se presentan como instrumentos providenciales para la formación humana y cristiana de hombres de nuestro tiempo. Éstos reflejan la experiencia originaria de sus fundadores – maestros de vida y de fe, auténticos testigos del Evangelio – y con sus itinerarios pedagógicos que brotan de lo Alto, es decir desde sus propios carismas, facilitan el encuentro con el Señor que transforma la vida.

¿Cómo podemos acoger estos extraordinarios dones en el tejido vivo de nuestras Iglesias particulares? ¿Cómo podemos acompañarlos pastoralmente en su servicio cotidiano a la misión de la Iglesia para que puedan dar frutos cada vez más abundantes? ¿Qué podemos hacer para “no apagar el Espíritu” que con tanta fuerza sopla hoy en la vida de la Iglesia? Estas fueron las preguntas fundamentales planteadas en el transcurso del segundo Seminario de estudio para obispos, organizado por el Consejo Pontificio para los Laicos durante los días 15-17 de mayo de 2008, del cual el presente volumen recoge las actas. Participaron más de ciento cincuenta personas procedentes de cincuenta países: obispos, fundadores y responsables de movimientos eclesiales, teólogos y académicos. El seminario se subdividió en ponencias, testimonios, diálogos y grupos de trabajo. Algunos de los temas fueron: Los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades en la misión de la Iglesia; su inserción en las Iglesias particulares; su relación con el ministerio petrino; discernimiento, acogida y acompañamiento de los carismas; los movimientos y las nuevas comunidades como escuelas de formación cristiana, compañías misioneras, generadoras de vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada, círculos de formación permanente de los presbíteros, como respuesta providencial a los desafíos lanzados por la cultura contemporánea a la Iglesia: éstas fueron las temáticas objeto de profundización y reflexión. Se dio también un amplio espacio a los debates, a los coloquios de los obispos con fundadores y responsables

de movimientos y nuevas comunidades, y a una mesa redonda sobre las expectativas de los pastores y de los movimientos en la edificación de la Iglesia. El hilo conductor de los trabajos – marcados por intensos momentos de oración – fue la exhortación de Benedicto XVI a los obispos a «salir al encuentro de los movimientos con mucho amor».<sup>13</sup> Las palabras del Papa fueron para todos una importante llamada a escuchar atentamente lo que el «Espíritu dice a la Iglesia» (cfr. *Ap* 2, 7) y a dejarse educar y purificar por el Espíritu Santo,<sup>14</sup> es decir a una actitud pastoral que evite el riesgo de anteponer sus propios proyectos a los de Dios. «¡Es preferible menos organización y más Espíritu!»<sup>15</sup> advertía el cardenal Ratzinger ante el peligro de una hipertrofia de la “burocracia pastoral”. Durante el seminario se reiteró en varias ocasiones la necesidad de una permanente “conversión pastoral” de todos los sujetos implicados. Esto quiere decir una mayor sintonía de nuestro operar con la voz del Espíritu Santo. La relación pastoral de los obispos con las nuevas realidades asociativas de los fieles laicos se debe caracterizar por un enfoque misionero y no meramente administrativo, como lamentablemente a veces sucede. Sólo así se garantizará el pleno desarrollo de estos carismas al servicio de las Iglesias locales. A la “fantasía misionera” de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades debe corresponder la “fantasía pastoral” de los obispos y sacerdotes, porque en este ámbito no existen “fórmulas mágicas” o “recetas preparadas” para cada ocasión. Además, no basta con acoger a los movimientos y reservarles el espacio vital necesario; también hay que acompañarlos. Por ello, es de desear que el pastor tenga una relación personal con cada realidad asociativa que está al servicio de la misión de su Iglesia particular. En base al conocimiento directo de cada comunidad y de sus problemas, manifestará la expresión concreta de su diligencia de padre,

<sup>13</sup> ID., *Discurso a los obispos de la Conferencia Episcopal de Alemania*, cit.

<sup>14</sup> Cfr. J. RATZINGER, *Los movimientos eclesiales y su lugar teológico*, cit., 107.

<sup>15</sup> *Ibid.*

que sabe reconocer y valorar la contribución de cada carisma. Dado que – como se ha reiterado durante el seminario – ningún carisma existe “en forma pura”, será necesario vigilar y, cuando sea oportuno, corregir, pero siempre “con mucho amor”. El papa Gregorio Magno en su “Regla pastoral” da una definición muy sugestiva de la atención pastoral, que llama “arte de las artes”: «*Ars est artium regimen animarum*». <sup>16</sup> Esta es una indicación muy importante, que vale también para la relación pastoral con los nuevos carismas y que sintetiza en cierto modo los trabajos de nuestro seminario. Los movimientos y las nuevas comunidades nos exhortan a no reducir nuestra obra de pastores a una especie de compromiso administrativo, porque está en juego la salvación de las almas.

En el discurso dirigido a los participantes del seminario recibidos en audiencia el 17 de mayo el Santo Padre dio a los obispos valiosas instrucciones con respecto a la actitud que hay que tener frente a los dones carismáticos con los que el Espíritu enriquece a la Iglesia de nuestros días. «¿Cómo no darse cuenta – dijo entre otras cosas – que aún se necesita comprender adecuadamente dicha novedad a la luz del designio de Dios y de la misión de la Iglesia en los escenarios de nuestro tiempo? [...] Quien está llamado a un servicio de discernimiento y de guía no ha de pretender enseñorearse de los carismas, sino más bien evitar el peligro de extinguirlos (cfr. *1 Ts* 5, 19-21), resistiendo a la tentación de uniformar lo que el Espíritu Santo ha querido que sea multi-forme para concurrir a la edificación y a la extensión del único Cuerpo de Cristo, que el mismo Espíritu consolida en la unidad. [...] Salir al encuentro, con mucho amor, de los movimientos y las nuevas comunidades nos impulsa a conocer adecuadamente su realidad, sin impresiones superficiales o juicios restrictivos. También nos ayuda a comprender que los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades no son un problema o un peligro más que se suma a nuestras ya gravosas tareas. ¡No!

<sup>16</sup> GREGORIO MAGNO, *Regula Pastorales*, I,1.

*Card. Stanisław Ryłko*

Son un don del Señor, un valioso recurso para enriquecer con sus carismas a toda la comunidad cristiana. Por eso, es preciso darles una acogida confiada que les abra espacios y valore sus aportaciones a la vida de las Iglesias particulares. Las dificultades o las incomprensiones sobre cuestiones particulares no autorizan su cesación. [...] A nosotros, los pastores, se nos pide acompañar de cerca, con solicitud paterna, de modo cordial y sabio, a los movimientos y las nuevas comunidades, para que puedan poner generosamente al servicio de la utilidad común, de manera ordenada y fecunda, los numerosos dones de que son portadores». <sup>17</sup>

Esta es la exhortación de Benedicto XVI a los pastores de la Iglesia, magisterio que infunde esperanza y un renovado valor misionero.

Card. STANISŁAW RYŁKO  
*Presidente*  
*Consejo Pontificio para los Laicos*

<sup>17</sup> BENEDICTO XVI, Discurso a los participantes a un seminario de estudio promovido por el Consejo Pontificio para los Laicos, en: “L’Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 6 de junio de 2008, 5.

## **Discurso de Su Santidad Benedicto XVI**

**A los participantes al Seminario para obispos  
recibidos en audiencia en la Sala del Consistorio  
del Palacio apostólico  
el 17 de mayo de 2008**

Señor Cardenal,  
venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio,  
queridos hermanos y hermanas:

**M**e alegra encontrarme con vosotros con ocasión del Seminario de estudio organizado por el Consejo Pontificio para los Laicos con el fin de reflexionar sobre la solicitud pastoral respecto de los nuevos movimientos eclesiales y las nuevas comunidades. Doy las gracias a los numerosos prelados que han querido participar, provenientes de todas las partes del mundo: su interés y su viva participación han garantizado el pleno éxito de los trabajos, que han llegado a la jornada conclusiva. Dirijo un cordial saludo de comunión y de paz a todos los hermanos en el episcopado y a todos los presentes; en particular, saludo al señor cardenal Stanisław Rylko y a monseñor Josef Clemens, presidente y secretario del dicasterio respectivamente, y a sus colaboradores.

No es la primera vez que el Consejo para los Laicos organiza para los obispos un seminario sobre los movimientos laicales. Recuerdo bien el de 1999, una continuación pastoral del encuentro que tuvo mi amado predecesor Juan Pablo II con los movimientos y las nuevas comunidades el 30 de mayo del año precedente. Como prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe participé personalmente en el debate. Tuve la ocasión de entablar un diálogo directo con los obispos y un intercambio franco y fraterno sobre numerosas cuestiones importantes.

De modo análogo este seminario quiere ser una continuación del

encuentro que yo mismo tuve el 3 de junio de 2006 con una amplia representación de fieles pertenecientes a más de cien nuevas asociaciones laicales. En esa ocasión señalé que la experiencia de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades es un “ signo luminoso de la belleza de Cristo y de la Iglesia, su Esposa ” (cfr. *Mensaje a los participantes en el Congreso*, 22 de mayo de 2006). Dirigiéndome “ a los queridos amigos de los movimientos ”, los exhorté a hacer que sean cada vez más “ escuelas de comunión, compañías en camino, en las que se aprenda a vivir en la verdad y en el amor que Cristo nos reveló y comunicó por medio del testimonio de los Apóstoles, dentro de la gran familia de sus discípulos ” (*ibíd.*).

Los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades son una de las novedades más importantes suscitadas por el Espíritu Santo en la Iglesia para la puesta en práctica del Concilio Vaticano II. Se difundieron precisamente después del Concilio, sobre todo durante los años inmediatamente sucesivos, en un período lleno de grandes promesas pero marcado también por pruebas difíciles. Pablo VI y Juan Pablo II supieron acoger y discernir, alentar y promover la imprevista irrupción de las nuevas realidades laicales que, con formas diversas y sorprendentes, daban de nuevo vitalidad, fe y esperanza a toda la Iglesia. En efecto, ya entonces daban testimonio de la alegría, de la racionalidad y de la belleza de ser cristianos, mostrándose agradecidos por pertenecer al misterio de comunión que es la Iglesia. Hemos asistido al despertar de un fuerte impulso misionero, animado por el deseo de comunicar a todos la valiosa experiencia del encuentro con Cristo, percibida y vivida como la única respuesta adecuada a la profunda sed de verdad y felicidad del corazón humano.

Al mismo tiempo, ¿cómo no darse cuenta de que aún se ha de comprender adecuadamente dicha novedad a la luz del designio de Dios y de la misión de la Iglesia en los escenarios de nuestro tiempo? Precisamente por eso se han sucedido numerosas llamadas de atención y orientación por parte de los Pontífices que han comenzado un diálogo y una colaboración cada vez más profundos en el ámbito de numerosas Iglesias particulares. Se han superado muchos prejuicios, resistencias y ten-

siones. Queda por realizar la importante tarea de promover una comunión más madura de todos los componentes eclesiales, para que todos los carismas, en el respeto de su particularidad, puedan contribuir plena y libremente a la edificación del único Cuerpo de Cristo.

He apreciado mucho que se haya elegido como base de reflexión para el seminario, la exhortación que dirigí a un grupo de obispos alemanes en visita *ad limina*, que hoy, desde luego, os propongo de nuevo a todos vosotros, pastores de numerosas Iglesias particulares: “Os pido que salgáis al encuentro de los movimientos con mucho amor” (18 de noviembre de 2006). Casi podría decir que ya no tengo nada que añadir. La caridad es el signo distintivo del buen Pastor: hace autorizado y eficaz el ejercicio del ministerio que se nos ha confiado. Salir al encuentro de los movimientos y de las nuevas comunidades con mucho amor nos impulsa a conocer adecuadamente su realidad, sin impresiones superficiales o juicios restrictivos. También nos ayuda a comprender que los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades no son un problema o un peligro más que se suma a nuestras ya gravosas tareas. ¡No! Son un don del Señor, un valioso recurso para enriquecer con sus carismas a toda la comunidad cristiana. Por eso, es preciso darles una acogida confiada que les abra espacios y valore sus aportes a la vida de las Iglesias particulares. Las dificultades o las incomprensiones sobre cuestiones particulares no autorizan la cerrazón. Que el “mucho amor” inspire prudencia y paciencia. A nosotros, los pastores, se nos pide acompañar de cerca, con solicitud paterna, de modo cordial y sabio, a los movimientos y las nuevas comunidades, para que puedan poner generosamente al servicio de la utilidad común, de manera ordenada y fecunda, los numerosos dones de que son portadores y que hemos aprendido a conocer y apreciar: el impulso misionero, los itinerarios eficaces de formación cristiana, el testimonio de fidelidad y obediencia a la Iglesia, la sensibilidad ante las necesidades de los pobres y la riqueza de vocaciones.

La autenticidad de los nuevos carismas está garantizada por su disponibilidad a someterse al discernimiento de la autoridad eclesiástica. Numero-

Los movimientos eclesiales y nuevas comunidades ya han sido reconocidos por la Santa Sede y, por tanto, deben considerarse sin duda como un don de Dios a toda la Iglesia. Otros, aún en fase inicial, requieren el ejercicio de un acompañamiento aún más delicado y vigilante por parte de los pastores de las Iglesias particulares. Quien está llamado a un servicio de discernimiento y de guía no ha de pretender enseñorearse de los carismas, sino más bien evitar el peligro de extinguirlos (cfr. *1 Ts* 5, 19-21), resistiendo a la tentación de uniformar lo que el Espíritu Santo ha querido que sea multi-forme para concurrir a la edificación y a la extensión del único Cuerpo de Cristo, que el mismo Espíritu consolida en la unidad. El obispo, consagrado y asistido por el Espíritu de Dios, en Cristo, Cabeza de la Iglesia, deberá examinar los carismas y probarlos, para reconocer y valorar lo que es bueno, verdadero y bello, lo que contribuye al aumento de la santidad de las personas y de las comunidades. Cuando hagan falta intervenciones para corregir algo, deben ser expresión de “mucho amor”. Los movimientos y las nuevas comunidades se sienten orgullosos de su libertad asociativa, de la fidelidad a su carisma, pero también han demostrado siempre que saben bien que la fidelidad y la libertad quedan garantizadas, y no ciertamente limitadas, por la comunión eclesial, cuyos ministros, custodios y guías, son los obispos unidos al Sucesor de Pedro.

Queridos hermanos en el episcopado, al final de este encuentro os exhorto a reavivar en vosotros el don que habéis recibido con vuestra consagración (cfr. *2 Tm* 1, 6). Que el Espíritu de Dios nos ayude a reconocer y custodiar las maravillas que Él mismo suscita en la Iglesia en favor de todos los hombres. A María santísima, Reina de los Apóstoles, le encomiendo cada una de vuestras diócesis y os imparto de todo corazón una afectuosa bendición apostólica, que extiendo a los sacerdotes, a los religiosos, a las religiosas, a los seminaristas, a los catequistas y a todos los fieles laicos, hoy en particular a los miembros de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades presentes en las Iglesias a ustedes encomendadas.

*S.S. Benedicto XVI*

## **I. Ponencias**

**Una novedad que todavía  
espera ser debidamente entendida**



## Los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades en el magisterio de Juan Pablo II y Benedicto XVI

Card. STANISŁAW RYŁKO\*

Queridos hermanos en el episcopado, queridos amigos, un cordial saludo a todos ustedes reunidos en Rocca di Papa para participar en este seminario de estudio organizado por el Consejo Pontificio para los Laicos con la intención de profundizar en la reflexión sobre uno de los fenómenos más sorprendentes y prometedores que tiene lugar en la vida de la Iglesia de nuestro tiempo: el gran florecimiento de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades. Agradezco sinceramente a cada uno de los obispos presentes por haber acogido nuestra invitación no obstante los múltiples compromisos vinculados al cargo episcopal en sus diócesis o arquidiócesis, y a pesar de las dificultades que a muchos de ustedes les ha ocasionado el cambio de las fechas del seminario, programado inicialmente para el mes de noviembre del año pasado. Se han congregado unos cincuenta países de todos los continentes y cada uno de ustedes trae a este seminario el testimonio de la vida, las esperanzas y preocupaciones de su Iglesia particular. Tendremos, por lo tanto, un panorama de la vida eclesial de alcance mundial y una experiencia fascinante de la Iglesia universal. Nuestra común reflexión sobre los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades se desarrollará a través de ponencias, grupos de trabajo, diálogos y una mesa redonda, articulándose asimismo en diversos debates en sesión plenaria y en intercambios entre los mismos pastores con los fundadores y responsables de los movimientos y comunidades aquí invitados. El

\* Presidente del Consejo Pontificio para los Laicos.

momento culminante de nuestro seminario será el encuentro con el Santo Padre, cuyas palabras estamos deseosos de escuchar. Nos esperan, pues, jornadas muy intensas. El método de trabajo que hemos adoptado, el de “seminario”, es una elección justificada por el deseo de garantizar y estimular la activa participación de todos. Contamos con sus contribuciones personales que serán una pieza importante para llegar a componer una especie de mosaico, que nos ayudará a entender mejor, por un lado, el significado teológico–eclesial y pastoral del fenómeno de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades y, por otro, nuestra tarea de pastores frente a ellos.

Este seminario quiere ser para todos nosotros un tiempo, sobre todo, de escucha atenta de lo que el Espíritu Santo, a través de estos dones que despiertan tanta esperanza, dice hoy a la Iglesia (cfr. *Ap* 2, 7). La oración comunitaria, por tanto, será parte integrante de nuestro trabajo, porque en estos días estamos llamados a revivir juntos algo del cenáculo de Pentecostés para reavivar en nosotros la valentía y el fervor misioneros. Como decía el entonces prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, cardenal Joseph Ratzinger, también los pastores «deberán dejarse educar y purificar por el Espíritu Santo».<sup>1</sup> Invoquemos, pues, al Espíritu Santo para que nos ilumine y haga que seamos capaces de conocer y comprender mejor el designio de Dios encerrado en estos nuevos carismas; capaces de discernir correctamente su autenticidad y su uso ordenado en el seno de las comunidades cristianas, de acogerlos con confianza y gratitud en el tejido de las Iglesias confiadas a nuestro cuidado pastoral, y de acompañarlos en su misión con verdadero sentido de paternidad espiritual.

«Os pido que salgáis al encuentro de los movimientos con mucho amor». Estas palabras que Benedicto XVI dirigió a los obispos alemanes en visita *ad limina* el 18 noviembre de 2006 servirán de hilo conduc-

<sup>1</sup> J. RATZINGER, *Los movimientos eclesiales y su lugar teológico*, en: “Communio” (Es) 21 (1999), 87-108.

tor para nuestro seminario. El Papa ha querido corroborar de esta manera que la respuesta de los pastores de la Iglesia a los nuevos carismas debe ser una actitud de apertura y acogida animada por el amor que hace dóciles al designio salvífico de Dios que se expresa en estos dones. Un gran ejemplo de este afecto pastoral lo tenemos en el siervo de Dios Juan Pablo II y el Santo Padre Benedicto XVI. Dos pontífices que han depositado una gran confianza en los movimientos y nuevas comunidades, viendo en ellos una maravillosa obra del Espíritu Santo y un regalo providencial para nuestros tiempos. Baste citar aquí los dos inolvidables encuentros mundiales de los movimientos y nuevas comunidades, convocados uno el 30 de mayo de 1998 por el papa Wojtyła, y el otro el 3 de junio de 2006 por el papa Ratzinger – ambos precedidos de congresos mundiales de movimientos y nuevas comunidades organizados por el Consejo Pontificio para los Laicos. Las actas de estos importantes acontecimientos están recogidas en los volúmenes *Los movimientos en la Iglesia* y *La belleza de ser cristiano*, editados por nuestro Dicasterio y publicados por la Libreria Editrice Vaticana en 1999 y en 2007 respectivamente. Estos encuentros han sido extraordinarios espectáculos de fe, íconos vivos de la Iglesia en toda la riqueza, belleza y variedad de sus carismas, tal como los evoca el Apóstol cuando dice: «Hay diversidad de carismas, pero el Espíritu es el mismo; diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo; diversidad de operaciones, pero es el mismo Dios que obra todo en todos. A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común» (1 Co 12, 4-7). Han sido testimonio persuasivo de comunión eclesial y de vigoroso empuje misionero, además del hecho de que han sido una expresión conmovedora del amor a la Iglesia de los movimientos y nuevas comunidades, amor a sus pastores y en particular al sucesor de Pedro.

El encuentro de 1998, el primero en absoluto de este tipo, fue querido por Juan Pablo II para reafirmar ante toda la Iglesia la confianza que el Papa depositaba en estas nuevas realidades capaces de generar, en la existencia de una multitud de fieles laicos de nuestro tiempo –

hombres y mujeres –, frutos abundantes de originalidad de vida y de verdadera santidad. Lo quiso, además, como una ocasión propicia para dar a los movimientos y nuevas comunidades la tarea de emprender un camino hacia la plena “madurez eclesial”. Aquel día, dijo al pueblo reunido en la plaza de San Pedro: «Hoy ante vosotros se abre una etapa nueva: la de la madurez eclesial. Esto no significa que todos los problemas hayan quedado resueltos. Más bien, es un desafío, un camino por recorrer. La Iglesia espera de vosotros frutos “maduros” de comunión y de compromiso».<sup>2</sup> Es un mandato exigente que los movimientos han asumido con gran entusiasmo.

El encuentro de 2006 fue el resultado de una de las primeras decisiones operativas de Benedicto XVI, tomada un mes después de su elección al solio de Pedro. Es un signo importante de la continuidad con el magisterio de su Predecesor y un gesto de paterna solicitud orientada a verificar el camino hecho por los movimientos y comunidades por la vía de la “madurez eclesial”, que tanto deseó el papa Wojtyła. Por ello, Benedicto XVI les llamó a dar testimonio de la belleza de ser cristiano y la alegría de comunicarlo a otros. En el mensaje autógrafo enviado a los participantes del segundo Congreso mundial de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades que precedió el encuentro, el Santo Padre escribía: «Los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades son hoy signo luminoso de la belleza de Cristo y de la Iglesia, su Esposa. Vosotros pertenecéis a la estructura viva de la Iglesia. La Iglesia agradece vuestro compromiso misionero, la acción formativa que realizáis de modo creciente en las familias cristianas, la promoción de las vocaciones al sacerdocio ministerial y a la vida consagrada que lleváis a cabo en vuestro interior».<sup>3</sup>

<sup>2</sup> JUAN PABLO II, *Discurso en el encuentro mundial de los movimientos*, en: “L’Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 5 de junio de 1998, 14.

<sup>3</sup> BENEDICTO XVI, *Mensaje a los participantes en el II Congreso mundial de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades*, en: “L’Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 9 de junio de 2006, 3.

La experiencia de estos grandes acontecimientos correría el riesgo de ser un fin en sí mismo si no llegase a impregnar la vida de las Iglesias particulares. Es precisamente ésta la razón que ha impulsado al Consejo Pontificio para los Laicos a ofrecer seminarios de estudio destinados a los obispos, a quienes incumbe «garantizar la eclesialidad de los movimientos [y que] son responsables de la apertura de la Iglesia a la acción del Espíritu Santo».<sup>4</sup> El primero de éstos tuvo lugar en 1999 con el título: “Los movimientos eclesiales en la solicitud pastoral de los obispos”, y las actas fueron publicadas en el 2000 por la Librería Editorial Vaticana. El segundo es el nuestro, y la reflexión que desarrollará tendrá como punto de referencia el encuentro que los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades tuvieron con el Santo Padre en 2006 y las palabras de Benedicto XVI en la víspera de Pentecostés.

Al iniciar los trabajos de este seminario considero importante recorrer rápidamente el magisterio de Juan Pablo II y de Benedicto XVI sobre estas nuevas realidades suscitadas por el Espíritu Santo en la Iglesia de nuestros días. Los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades son considerados uno de los frutos más significativos del Concilio Vaticano II. Fue precisamente el Concilio el que inició aquella “nueva etapa asociativa de los fieles laicos” que, junto a las meritorias asociaciones de antigua tradición, ha visto nacer tantas nuevas asociaciones, hoy conocidas como “movimientos eclesiales” y “nuevas comunidades”.<sup>5</sup> Una vez más el Espíritu Santo ha intervenido en la historia, regalando a la Iglesia carismas portadores de un extraordinario dinamismo misionero y respondiendo oportunamente a los dramáticos desafíos de nuestra época. En estas nuevas realidades eclesiales el siervo de Dios Juan Pablo II veía «uno de los dones del Espíritu a nuestro tiempo [y

<sup>4</sup> J. RATZINGER, *Los movimientos, la Iglesia, el mundo*, en: *Los movimientos eclesiales en la solicitud pastoral de los obispos*, Consejo Pontificio para los Laicos, Ciudad del Vaticano 2000, 223.

<sup>5</sup> Cfr. JUAN PABLO, II, Exhortación apostólica *Christifideles Laici*, 29.

un] motivo de esperanza para la Iglesia y para los hombres». <sup>6</sup> El papa Wojtyła estaba profundamente convencido de que los movimientos eclesiales eran el signo de un “nuevo advenimiento misionero”, una gran “primavera cristiana” preparada por Dios en la proximidad del tercer milenio. Y éste fue uno de los grandes y proféticos empeños de su pontificado. «Vuestra misma existencia – escribía a los participantes del Congreso mundial de los movimientos eclesiales organizado por el Consejo Pontificio para los Laicos en 1998 – es un himno a la unidad en la pluralidad querida por el Espíritu, y da testimonio de ella. Efectivamente, en el misterio de comunión del cuerpo de Cristo, la unidad no es jamás simple homogeneidad, negación de la diversidad, del mismo modo que la pluralidad no debe convertirse nunca en particularismo o dispersión. Por esa razón, cada una de vuestras realidades merece ser valorada por la contribución peculiar que brinda a la vida de la Iglesia». <sup>7</sup> A propósito de la identidad eclesial de los movimientos, subrayó que «no existe contraste o contraposición en la Iglesia entre la dimensión institucional y la dimensión carismática, de la que los movimientos son una expresión significativa. Ambas son igualmente esenciales para la constitución divina de la Iglesia fundada por Jesús, porque contribuyen a hacer presente el misterio de Cristo y su obra salvífica en el mundo». <sup>8</sup> La expresión “igualmente esenciales” es acertada desde el punto de vista eclesiológico, porque demuestra que la dimensión carismática – lejos de ser un accesorio – es, junto a la dimensión institucional, parte integrante de la estructura divina de la Iglesia. Los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades tienen un valioso potencial evangelizador que la Iglesia necesita mucho, representan un recurso todavía no conocido y valorado plenamente. Decía Juan Pablo II: «En

<sup>6</sup> ID., *Homilía en la Vigilia de Pentecostés*, en: “L’Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 31 de mayo de 1996, 4.

<sup>7</sup> ID., *Mensaje a los participantes al Congreso mundial de los movimientos eclesiales*, en: “L’Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 5 de junio de 1998, 11.

<sup>8</sup> *Ibid.*

nuestro mundo, [...] dominado por una cultura secularizada que fomenta y propone modelos de vida sin Dios, la fe de muchos es puesta a dura prueba y no pocas veces sofocada y apagada. Se siente, entonces, con urgencia la necesidad de un anuncio fuerte y de una sólida y profunda formación cristiana. ¡Cuánta necesidad existe hoy de personalidades cristianas maduras, conscientes de su identidad bautismal, de su vocación y misión en la Iglesia y en el mundo! ¡Cuánta necesidad de comunidades cristianas vivas! Y aquí entran los movimientos y las nuevas comunidades eclesiales: son la respuesta, suscitada por el Espíritu Santo, a este dramático desafío del fin del milenio. ¡Vosotros sois esta respuesta providencial!». <sup>9</sup> Es innegable, los movimientos y las nuevas comunidades se han convertido para millones de bautizados de cada rincón del planeta en verdaderos y auténticos “laboratorios de la fe”, verdaderas escuelas de santidad y de misión.

El magisterio del papa Benedicto XVI sobre los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades se sitúa en perfecta continuidad con el magisterio de Juan Pablo II. Reconociéndolos como una constante en la historia de la Iglesia, siempre ha tenido muy en cuenta su labor al servicio de su misión. En la época en que aún era prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, explicó: «Existe la forma básica permanente de la vida eclesial en la que se expresa la continuidad de sus órdenes históricos. Y se dan las irrupciones siempre novedosas del Espíritu Santo que renuevan y revitalizan de continuo esa estructura». <sup>10</sup> Según el cardenal Ratzinger, para formular correctamente la visión teológica de los movimientos, no basta la dialéctica de los principios – institución y carisma, cristología y pneumatología, jerarquía y profecía –, porque la Iglesia no está edificada dialéctica sino orgánicamente. Él propone otra vía, el enfoque histórico. Mostrando cómo el Espíritu Santo interviene

<sup>9</sup> ID., *Discurso en el encuentro mundial de los movimientos*, en: “L’Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 5 de junio de 1998, 14.

<sup>10</sup> J. RATZINGER, *Los movimientos eclesiales y su lugar teológico*, cit., 88.

concretamente en la historia de la Iglesia mediante personas escogidas para una misión determinada, sitúa en la “sucesión apostólica” y en la “apostolicidad” la exacta destinación teológica de los movimientos en la Iglesia. Una perspectiva que revela la misma razón de ser de los movimientos y las nuevas comunidades: la misión que sobrepasa los límites de las Iglesias locales para llegar hasta los confines de la tierra.<sup>11</sup> Surge aquí la peculiar relación que tienen con el ministerio petrino, que es «su rodrigón eclesial».<sup>12</sup> Junto a esta apertura misionera universal, los movimientos comparten el hecho de ser lugares que ayudan a los cristianos a sentirse en casa en la Iglesia. «Los movimientos – decía el cardenal Ratzinger – tienen esa característica específica de ayudar a reconocer en una gran Iglesia, que podría presentarse sólo como una gran organización internacional, la casa donde se encuentra el ambiente propio de la familia de Dios y, al mismo tiempo, se permanece en la gran familia universal de los santos de todos los tiempos».<sup>13</sup> Los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades son particularmente portadores convincentes de la “novedad de vida” cristiana y de una fuerza misionera. En ellos – escribió Joseph Ratzinger – «el cristianismo se presenta como un nuevo acontecer, que la gente, incluso la que viene de muy lejos, encuentra la posibilidad de vivir en este siglo [...]. Hoy en día también hay muchos cristianos que se retiran, huyen, en ese sentido, de ese extraño consenso de la existencia moderna y buscan nuevos modelos de vida; no llaman mucho la atención a nivel de la opinión pública, pero con el tiempo, en el futuro, se reconocerá lo que en realidad están haciendo».<sup>14</sup> Así, según su pensamiento, la novedad que representan los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades se convierte en una especie de profecía del futuro, como las “minorías creativas” recordadas por Arnold Toynbee.

<sup>11</sup> Cfr. *Ibid.*, 94-97.

<sup>12</sup> *Ibid.*, 99.

<sup>13</sup> ID., *Los movimientos, la Iglesia, el mundo*, en: *Los movimientos eclesiales en la solitud pastoral de los obispos*, cit., 239.

<sup>14</sup> ID., *La sal de la tierra. Los problemas de la Iglesia católica*, Madrid 2005, 135-136.

Elevado al solio pontificio, Benedicto XVI ha permanecido fiel a su aguda lectura de la situación de la Iglesia. En una época en la que se difunde la opinión de que vivir el cristianismo es algo arduo y agobiante, los movimientos testimonian con una gran fuerza persuasiva la belleza de ser cristiano.<sup>15</sup> Lo afirma el Papa, invitando por ello a «la Iglesia [a] valorizar estas realidades y, al mismo tiempo, [a] conducir las con sabiduría pastoral, para que contribuyan del mejor modo posible, con sus propios dones a la edificación de la comunidad [...]. Las Iglesias locales y los movimientos no son opuestos entre sí, sino que constituyen la estructura viva de la Iglesia».<sup>16</sup> Hablando de la relación entre institución y carisma, Benedicto XVI no duda en retomar la expresión “igualmente esenciales”, explicando que «en la Iglesia también las instituciones esenciales son carismáticas y, [que] por otra parte, los carismas deben institucionalizarse de un modo u otro para tener coherencia y continuidad».<sup>17</sup> En la vigilia de Pentecostés de 2006, dijo a los movimientos y nuevas comunidades reunidas en la plaza de San Pedro: «En él [el Espíritu Santo] la multiplicidad y la unidad van juntas. Él sopla donde quiere. Lo hace de modo inesperado, en lugares inesperados y en formas nunca antes imaginadas. Y ¡con cuánta multiformidad y corporeidad lo hace! Y también es precisamente aquí donde la multiformidad y la unidad son inseparables entre sí. Él quiere vuestra multiformidad y os quiere para el único cuerpo, en unión con los órdenes duraderos – las juntas – de la Iglesia, con los sucesores de los Apóstoles y con el Sucesor de san Pedro». Y concluía: «Queridos amigos, os pido que seáis, aún más, mucho

<sup>15</sup> Cfr. BENEDICTO XVI, *Discurso a la Fraternidad de Comunión y Liberación en el XXV aniversario de su reconocimiento pontificio*, en: “L’Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 30 de marzo de 2007, 6.

<sup>16</sup> ID., *Encuentro con los obispos de Alemania*, en: “L’Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 24 de agosto de 2005, 5.

<sup>17</sup> ID., *Discurso a la Fraternidad de Comunión y Liberación en el XXV aniversario de su reconocimiento pontificio*, cit.

más, colaboradores en el ministerio apostólico universal del Papa, abriendo las puertas a Cristo».<sup>18</sup>

El ejercicio novedoso del que son portadores los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades, además de un grato asombro, suscita a veces interrogantes y puede causar una cierta confusión en la praxis consolidada de la denominada pastoral ordinaria. Como decía Juan Pablo II, «siempre, cuando interviene el Espíritu produce estupor. Suscita eventos cuya novedad asombra».<sup>19</sup> Así los movimientos pueden representar también una saludable provocación que la Iglesia debe acoger. Con su propio modo de “ser cristianos” y su vivo sentido de pertenencia a la Iglesia, ellos cuestionan el “cristianismo cansado” (Benedicto XVI) y desalentado de tantos bautizados, un cristianismo sólo de pura apariencia, confuso y lleno de compromisos con la cultura dominante del momento. Con su desbordante pasión misionera cuestionan un modo demasiado cómodo y complaciente de “ser Iglesia”. Años atrás, el cardenal Ratzinger escribía sobre un «pragmatismo gris en la vida cotidiana de la Iglesia [...], en el cual todo parece andar correctamente, pero en el que en realidad la fe se agota y llega a quedar desmedrada en la mezquindad».<sup>20</sup> A una Iglesia de un “quieto conservadurismo” los movimientos lanzan el desafío de una Iglesia misionera, valientemente proyectada hacia nuevas fronteras. Éstos ayudan a la pastoral parroquial y diocesana a recuperar la fuerza profética y el impulso necesario. En nuestros días, la Iglesia tiene una gran necesidad de abrirse a esta novedad generada por el Espíritu: «Pues bien, he aquí que yo lo renuevo: ya está en marcha, ¿no lo reconocéis?» (Is 43, 19). Los pastores de la Iglesia deberían ser los prime-

<sup>18</sup> ID., *Homilía durante el encuentro con los movimientos eclesiales en la Vigilia de Pentecostés*, en: “L’Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 9 de junio de 2006, 5ss.

<sup>19</sup> ID., *Discurso en el encuentro mundial de los movimientos*, en: “L’Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 5 de junio de 1998, 14.

<sup>20</sup> J. RATZINGER, *Fe, verdad, tolerancia. El cristianismo y las religiones del mundo*, Salamanca 2006, 115.

ros en darse cuenta de estas “cosas nuevas”. Pero sabemos que no siempre es así...

Los pastores – y esto hay que subrayarlo con fuerza – no deben mirar a los movimientos y a las nuevas comunidades como un “problema más” del cual ocuparse, sino más bien como un “regalo providencial” que la Iglesia debe recibir con gratitud y sentido de responsabilidad, para no desperdiciar los recursos que éstos representan. Son un regalo que implica tareas precisas, tanto para los fieles laicos como para los mismos obispos. El siervo de Dios Juan Pablo II insistía mucho en el hecho de que estas nuevas realidades eclesiales están llamadas a integrarse en las diócesis y parroquias “con humildad”, poniéndose al servicio de la misión de la Iglesia, evitando todo tipo de exclusivismo y absolutización de sus experiencias, de cualquier forma de orgullo y actitud de superioridad con respecto a los demás, con espíritu de comunión eclesial y sincera colaboración. Pero él quería también pastores – obispos y párrocos – que los acogieran “con cordialidad” y con solicitud paterna.<sup>21</sup> Para facilitar la obra de discernimiento de estos carismas – gravosa prerrogativa de los pastores de la Iglesia,<sup>22</sup> – Juan Pablo II formula “cinco criterios de eclesialidad” que son sumamente útiles en la praxis pastoral, y que aquí vale la pena recordar: el primado que se da, en el seno de toda asociación de fieles laicos, a la vocación de cada cristiano a la santidad; la obediencia al magisterio de la Iglesia; el testimonio de una comunión firme y convencida con los obispos y con el Sucesor de Pedro; la evangelización; la presencia eficaz en la sociedad al modo de la levadura evangélica.<sup>23</sup>

Joseph Ratzinger ya había proporcionado valiosas indicaciones para el discernimiento y la inserción de estas nuevas realidades en el tejido de las Iglesias particulares cuando era prefecto de la Congregación para

<sup>21</sup> Cfr. JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris Missio*, n. 72.

<sup>22</sup> Cfr. ID., Exhortación apostólica *Christifideles Laici*, n. 24.

<sup>23</sup> Cfr. *Ibid.*, n. 30.

la Doctrina de la Fe. El primero era el principio de apostolicidad.<sup>24</sup> El entonces cardenal decía: «También a las Iglesias locales, también a los obispos hay que recordar que no deben obsesionarse por uniformidad alguna en las planificaciones y modos pastorales. No deben convertir sus propios planes pastorales en la medida de lo que le está permitido obrar al Espíritu Santo. El exceso de planificaciones podría hacer que las Iglesias resultaran impermeable al Espíritu de Dios, a la fuerza de la que ellas viven».<sup>25</sup> Invitaba a las dos partes – movimientos y pastores – a dejarse educar y purificar por el Espíritu Santo.<sup>26</sup> Cuando se habla de la integración de los movimientos y las nuevas comunidades en la vida de las Iglesias particulares y en las parroquias, es bueno tener presentes estas palabras. De hecho, la integración no puede significar nunca homogeneidad, porque la comunión eclesial no es uniformidad absoluta, sino unidad en la diversidad.

Como pontífice, continua insistiendo en la importancia del criterio de la docilidad a la acción del Espíritu Santo en el seno de la comunión eclesial. «Creo – dijo Benedicto XVI hablando a los obispos de Alemania – que precisamente éste es otro aspecto importante: esta auténtica comunión, por una parte, entre los diversos movimientos, cuyas formas de exclusivismo se deben eliminar, y, por otra, entre las Iglesias locales y estos movimientos, de modo que las Iglesias locales reconozcan esta particularidad, que a muchos parece extraña, y la acojan en sí como una riqueza, comprendiendo que en la Iglesia existen muchos caminos y que todos juntos forman una sinfonía de la fe. Las Iglesias locales y los movimientos no son opuestos entre sí, sino que constituyen la estructura viva de la Iglesia».<sup>27</sup> Durante un encuentro con los sacerdotes de la diócesis de Roma, el Papa ratificó dos principios fundamentales de la

<sup>24</sup> Cfr. J. RATZINGER, *Los movimientos eclesiales y su lugar teológico*, cit., 105.

<sup>25</sup> *Ibid.*, 107.

<sup>26</sup> Cfr. *Ibid.*, 107.

<sup>27</sup> BENEDICTO XVI, *Encuentro con los obispos de Alemania*, cit.

relación Iglesia/movimientos: «La primera regla nos la ha dado san Pablo en la primera carta a los Tesalonicenses: no extinguáis los carismas. Si el Señor nos da nuevos dones, debemos estar agradecidos, aunque a veces sean incómodos. Y es algo hermoso que, sin iniciativa de la jerarquía, con una iniciativa de la base, como se dice, pero a la vez con una iniciativa realmente de lo alto, es decir, como don del Espíritu Santo, nazcan nuevas formas de vida en la Iglesia, como han nacido en todos los siglos. [...] La segunda regla es ésta: la Iglesia es una; si los movimientos son realmente dones del Espíritu Santo, se insertan y sirven a la Iglesia, y en el diálogo paciente entre pastores y movimientos nace una forma fecunda, donde estos elementos llegan a ser elementos edificantes para la Iglesia de hoy y de mañana. [...] Ahora, como síntesis de las dos reglas fundamentales, diría: gratitud, paciencia y aceptación incluso de los sufrimientos, que son inevitables».<sup>28</sup> El papa Benedicto XVI, hablando claramente, pide a los obispos que salgan «al encuentro de los movimientos con mucho amor. En ciertos casos hay que corregirlos, insertarlos en el conjunto de la parroquia o de la diócesis, pero debemos respetar sus carismas específicos y – añade – alegrarnos de que surjan formas comunitarias de fe en las que la palabra de Dios se convierta en vida».<sup>29</sup> El Papa alude aquí a la necesidad de un acompañamiento paterno de los nuevos carismas de parte del obispo que los acoge en el seno de la propia Iglesia particular. No basta acoger a un movimiento, conviene seguirlo con la debida solicitud pastoral. Es una tarea compleja que requiere un adecuado conocimiento de cada una de las realidades presentes y operantes en la diócesis, un “diálogo paciente” y sobre todo, como destaca Benedicto XVI, un gran respeto al “carácter específico de sus carismas”. Acompañar a los movimientos quiere decir

<sup>28</sup> ID., *Encuentro con los párrocos y sacerdotes de la diócesis de Roma*, en: “L'Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 2 de marzo de 2007, 11.

<sup>29</sup> ID., *Discurso a los obispos de la Conferencia Episcopal de Alemania, en visita “ad limina”*, en: “L'Osservatore Romano”, 24 de noviembre de 2006, ed. en lengua española, 4.

alentar y valorar su obra y, cuando sea necesario, corregir y reprender, para que se conviertan realmente en elementos constructivos para la Iglesia de hoy y de mañana. Quizás conviene recordar aquí que respecto a las realidades asociativas de carácter internacional, la tarea de acompañamiento la realiza el Consejo Pontificio para los Laicos, “ casa común ” de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades, y expresión directa de la paternidad del Sucesor de Pedro hacia los mismos.

Éstas son, a grandes rasgos, las coordenadas generales dadas por el siervo de Dios Juan Pablo II y el Santo Padre Benedicto XVI para ayudar a comprender mejor el significado y la importancia del fenómeno de los movimientos eclesiales y nuevas comunidades. Su magisterio es la brújula segura que indica el camino a seguir para la misión evangelizadora de nuestros días. Sin duda, los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades son un campo de acción que requiere aún muchos estudios y profundizaciones de orden teológico y pastoral. Sin embargo, es indudable que el rostro de la Iglesia del tercer milenio dependerá de nuestra capacidad de escuchar lo que el Espíritu dice hoy a la Iglesia también mediante estos nuevos carismas. Dependerá, entonces, de nuestra capacidad de dejarnos sorprender por el Espíritu Santo y por la sabiduría pastoral de saber aceptar los dones “ con amor ”. ¡Os deseo a todos un buen encuentro!

## Los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades en la misión de la Iglesia: colocación teológica, perspectivas pastorales y misioneras

Mons. PIERO CODA\*

En la tarea de desarrollar el tema que me ha sido confiado trataré de ofrecer algunas consideraciones sobre los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades en la misión de la Iglesia concentrándome, como lo sugiere el título, en dos niveles. El primer nivel, que trataré de manera más rápida, es sobre la colocación teológica de los movimientos con referencia al significado de la irrupción de los carismas en la constitución de la Iglesia como sujeto; el segundo, más articulado, hará referencia a las magníficas oportunidades así como también algunas dificultades pastorales que la presencia y la valoración de los movimientos puede conllevar. Sin embargo, antes de entrar en el argumento, quisiera permitirme realizar dos anotaciones sobre la renovada actualidad de nuestra reflexión.

La primera concierne a la peculiaridad de la época eclesial actual. Se podría decir que la recepción del Concilio Vaticano II con respecto a la conciencia e imagen de la Iglesia como comunión que se expresa en misión – con su indispensable y exigente implicancia práctica de la participación y corresponsabilidad que la determina – conoce la experiencia evangélica de la “puerta estrecha” (cfr. *Mt* 7, 13) por la cual es necesario pasar espiritual y prácticamente para que el magisterio integral y auténtico del Concilio se haga realidad en el Pueblo de Dios. Nos lo ha recordado Benedicto XVI en su Discurso a la Curia Romana con

\* Prelado Secretario de la Academia Pontificia de Teología.

ocasión de la presentación de los saludos navideños el 21 de diciembre de 2005 proponiendo la necesaria «hermenéutica de la reforma», es decir la «renovación dentro de la continuidad del único sujeto-Iglesia que el Señor nos ha dado; [...] un sujeto que crece en el tiempo y se desarrolla, pero permaneciendo siempre el mismo, único sujeto del pueblo de Dios en camino».<sup>1</sup> En esta tarea es indudable que los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades tienen que jugar un papel importante, al menos por la relevancia y el dinamismo que poco a poco han ido adquiriendo en el panorama actual del mundo católico.

La segunda anotación se refiere al hecho de que muchas de estas realidades, que se han configurado en torno al evento conciliar (algunas en su fase precedente y otras en aquella sucesiva), están viviendo el paso arduo del momento efervescente de la fundación a aquel más pausado de la inserción en el ritmo ordinario de la vida y misión de la Iglesia. Esto conlleva una nueva toma de conciencia de su significado peculiar, de su presencia activa y de su aporte específico, tanto por parte de estas realidades mismas como por parte de la Iglesia, de cuyo seno y para cuyo servicio han nacido, en fidelidad creativa a sus respectivas inspiraciones carismáticas como don del Espíritu a toda la Iglesia de nuestro tiempo.

## 1. LA COLOCACIÓN TEOLÓGICA

Una palabra sobre el primer nivel. Una palabra sintética porque me parece que el camino recorrido en estos últimos decenios y en particular a partir de Pentecostés del año 1998, gracias al impulso de Juan Pablo II y luego de Benedicto XVI y con el sabio acompañamiento del

<sup>1</sup> BENEDICTO XVI, *Discurso a los cardenales, arzobispos, obispos y prelados superiores de la Curia Romana*, en: "L'Osservatore Romano", 30 de noviembre de 2005, ed. en lengua española, 11.

Consejo Pontificio para los Laicos, se han cosechado frutos importantes y bien consolidados.

Indudablemente, a lo largo de los siglos, la irrupción de los carismas en la vida eclesial constituye de por sí la inagotable intervención de la libertad del Espíritu de Jesús en la plasmación y orientación del camino de la Iglesia, que desde luego es cristológicamente pertinente, pero frecuentemente – al menos en un primer impacto – eclesiológicamente inquietante. Con ello el sujeto eclesial, en su concreción histórica, manifiesta su llamada constitutiva y fundamental a la *apostolicidad de su origen y forma*; apostolicidad que no sólo es garantizada y transmitida por su constitución sacramental y ministerial, sino que tiene que ser nuevamente propuesta e incluso expuesta a la escucha de lo inédito que el Espíritu de tiempo en tiempo sugiere a la Iglesia (cfr. *Ap 2, 7*).<sup>2</sup>

Sobre todo esto, el entonces Cardinal Joseph Ratzinger ha realizado una profundización teológica muy iluminadora en su conferencia sobre *Los movimientos eclesiales y su lugar teológico* en el Congreso mundial de movimientos eclesiales de 1998.<sup>3</sup> Es una profundización que se debe retomar y desentrañar con atención en sus indicaciones de fondo y en sus implicancias concretas. La tesis que desarrolló subraya que: «el concepto de la sucesión apostólica alberga una vertiente que va más allá del ministerio centrado exclusivamente en la Iglesia local»,<sup>4</sup> algo que se expresa no sólo en el progresivo perfilarse del ministerio universal que es propio del Obispo de Roma, sino también en las continuas «oleadas de movimientos, que dan nuevo brillo al aspecto universalista del envío apostólico y a la radicalidad del Evangelio, sirviendo precisamente así a la vitalidad espiritual y a la verdad de las Iglesias locales».<sup>5</sup>

<sup>2</sup> Me permito remitir al tema “Apostolicidad”, tratado por mí en: P. CODA – G. FILORAMO, *Dizionario del Cristianesimo*, Torino 2006.

<sup>3</sup> J. RATZINGER, *Los movimientos eclesiales y su lugar teológico* en: “Communio” (Es) 21 (1999), 87-108.

<sup>4</sup> *Ibíd.*, 97.

<sup>5</sup> *Ibíd.*, 99.

De esta tesis se derivan dos consecuencias. Por un lado – cito siempre al Card. Ratzinger – «la forma eclesiástico-local fijada por el ministerio episcopal es por necesidad la estructura fundamental que permanece a través de los tiempos»;<sup>6</sup> por otro lado, los movimientos – entendidos como corrientes de renovación evangélica que se originan gracias a una personalidad carismática y se configuran en comunidades concretas que «no dudan en considerar a la Iglesia como su humus vital sin el que ellas no podrían existir»,<sup>7</sup> – crean «un nuevo centro de vida que no elimina la estructura eclesiástico-local de la Iglesia posapostólica, pero que tampoco se solapa con ella sino que actúa en ella como fuerza revitalizadora, al tiempo que constituye una reserva a la que la Iglesia local puede recurrir».<sup>8</sup>

Desde el punto de vista eclesiológico, estas afirmaciones permiten plantear en forma pertinente y fructífera la relación entre la Iglesia local y los movimientos en el contexto vivo de la Iglesia una y católica. Efectivamente, el concepto y la percepción teológica y pastoral de la Iglesia local son así ampliados y se hacen más articulados y dinámicos; los movimientos – como además se pone de relieve en las intuiciones carismáticas de las que nacen – se perciben y comprenden como autorrealizaciones del mismo evento eclesial *en la Iglesia y para la Iglesia* una y católica y en referencia concreta a la Iglesia local.

El dato así obtenido – irrefutable desde el punto de vista histórico y argumentado críticamente desde el punto de vista teológico – adquiere una cualidad específica, inédito al menos hasta un cierto punto en el camino eclesial del siglo XX, que encuentra una confirmación autorizada en la constitución dogmática *Lumen Gentium* del Vaticano II. En ella, junto a la clara afirmación de la igual dignidad bautismal de todos

<sup>6</sup> *Ibid.*, 99.

<sup>7</sup> *Ibid.*, 105.

<sup>8</sup> *Ibid.*, 98. La afirmación se refiere al “movimiento monástico”, pero en el contexto de la intervención se amplía a todos los “movimientos” en la acepción teológica propuesta en la conferencia del Card. Ratzinger.

los cristianos en cuanto miembros del *Populus Dei* y del consecuente compromiso misionero, es necesario reconocer el alcance “iglesificante” de los carismas (cfr. n. 12). Tal doctrina por un lado florece y por otro, favorece el despertar de la vocación laical y la primavera carismática que fueron parte de las extraordinarias vicisitudes de la Iglesia católica en el siglo pasado, como preludio y preparación del nuevo milenio.<sup>9</sup>

A partir de esta constatación se hace posible una interpretación adecuada del significado que los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades asumen en el panorama católico en torno al Concilio. Y esto sin querer exagerar las cosas y viéndolas en la perspectiva de su “poder ser” antes que en aquella más compleja, que necesita un discernimiento adecuado y puntual, de su “ser de hecho”. En efecto, no se puede pensar, desde la óptica de una teología de la historia del sujeto eclesial llamada a interpretar el proponerse histórico en fidelidad a Jesucristo y bajo la acción insistente y orientadora del Espíritu Santo, que las directrices de marcha señaladas con la autoridad de un concilio ecuménico como el Vaticano II vengán de alguna manera a ser contrastadas e incluso contradichas por la donación de carismas que empujen la conciencia y la acción de los cristianos en otra dirección.<sup>10</sup> Se puede y se debe pensar al contrario – como además han invitado a hacer los Papas del post-concilio, desde Pablo VI hasta Benedicto XVI, en su magisterio – en una providencial convergencia eclesiológica en vista de la única misión: «Debo decir con claridad – subrayaba el Card. Ratzinger – que los movimientos apostólicos aparecen en la historia bajo formas siempre nuevas. Y no podría ser de otro modo ya que ellos son la respuesta del Espíritu Santo a las situaciones cambiantes en las que vive la Iglesia».<sup>11</sup>

<sup>9</sup> Cfr. P. CODA, *La “Lumen gentium” e il cammino della Chiesa quarant’anni dopo*, en: “Rassegna di Teologia”, XLVI/5 (2005), 645-661.

<sup>10</sup> Cfr. al respecto C. HEGGE, *Rezeption und Charisma*, Echter Verlag, Würzburg 1999.

<sup>11</sup> J. RATZINGER, *Los movimientos eclesiales y su lugar teológico*, cit, 104.

## 2. PERSPECTIVAS PASTORALES Y MISIONERAS

Pasamos así al segundo nivel. Tomando en cuenta el Magisterio del Vaticano II y la variada y enriquecedora diversidad de movimientos eclesiales y nuevas comunidades, pienso que podemos extraer al menos dos datos fundamentales de una consideración global que Juan Pablo II, en la *Christifideles Laici* (1988), describió tan apropiadamente como una “nueva etapa asociativa” que interesan a la totalidad del Pueblo de Dios (cfr. n. 29). El primer dato concierne a la renovación espiritual y pastoral de la vida de la Iglesia según la lógica de la *communio* y el segundo al impulso misionero del testimonio, del anuncio y de la encarnación del Evangelio en el contexto desafiante y complejo del mundo contemporáneo.

### *Para una práctica vital de la comunio como camino de fe en Cristo*

Ante todo, los movimientos eclesiales y nuevas comunidades se presentan como la oferta de un espacio del ejercicio de la experiencia cristiana en la que –sin pasar por alto la peculiaridad de las diversas vocaciones, de los diversos ministerios y carismas– se mueve explícitamente desde el reconocimiento de la *communio* de los bautizados y su vocación universal a la santidad, y como consecuencia, de la necesidad que éstas se manifiesten concretamente, a todos los niveles, en relaciones de fraternidad caracterizadas por el *novum* del Evangelio. Esto como presupuesto e intencionalidad última del evento mismo de la Iglesia como *communitas* concreta y como germen decisivo, inicio y fermento del Reino de Dios en la historia (cfr. *LG*, 5). Esta realidad se vuelve singularmente evidente en los movimientos y las comunidades eclesiales de origen laical y cuyo significado quiere permanecer originariamente *laical*.

La *communio*, en realidad, no describe solamente un espacio o una dinámica eclesiológica sino un espacio y una dinámica antropológica, porque es, en su raíz, cristológica. *Communio* es ser «uno en Cristo

Jesús» (*Gal* 3, 28), ser uno como «el Padre y yo somos una sola cosa» (*Jn* 10, 30) – según la oración de Jesús al Padre. Esta *communio*, entonces, es otro modo de decir *ser-en-Cristo Jesús* en quien se realiza el ser persona según el designio de Dios y la aspiración del hombre. Obviamente se trata de una gracia garantizada y transmitida sacramentalmente por la Iglesia pero junto a un ejercicio de vida que exige educación, compromiso y ascesis espiritual en el seguimiento de Cristo y de Cristo crucificado.

Se puede señalar que los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades constituyen las formas modernas de “ejercicios espirituales” del *ser-en-Cristo Jesús* como *communio*, que resultan abiertos y practicables para todas las vocaciones y todos los estados de vida en la Iglesia. “Ejercicios espirituales” que, una vez ejercitados en conformidad con la inspiración originaria de los carismas fundacionales, pueden ofrecer estímulos importantes y preciosas sugerencias para que la forma misma de la vida sacramental y ministerial de la Iglesia se convierta en icono cada vez más transparente de la gracia que custodia y transmite. La fe, en otras palabras, según una modalidad singularmente incisiva para nuestro tiempo, asume en los movimientos y las nuevas comunidades consistencia antropológica y visibilidad histórica y, como tal, en los límites de la condición penúltima de la vida presente, puede ser percibida y compartida, en sintonía con el testimonio apostólico contenido en el *incipit* de la primera carta de Juan: «Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído [...] visto [...] tocado, acerca de la Palabra de vida, pues la Vida se manifestó [...] os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo» (*1 Jn* 1, 1-3). Es en esta perspectiva que la espiritualidad de la *communio* debe aflorar «como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano». <sup>12</sup> Esto significa identificarla y proponerla como *forma expre-*

<sup>12</sup> JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, n. 43.

*siva y realizadora de la fe cristiana*, y al mismo tiempo, como *el esperado paradigma antropológico de nuestro tiempo* a nivel personal y social.

Con esta afirmación – me aproximo así a una primera dificultad pastoral – parece entrar en conflicto la constatación sobre la forma concreta de la vida cristiana que se configura en los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades, pues presentan un origen acentuado y una justificación carismática. Se trata del hecho de que el liderazgo carismático de por sí lleva a una concentración del principio de autoridad al interior de la asociación, que precisamente se configura así a partir de un carisma específico y una relevancia consistente. ¿Cómo podemos interpretar esta realidad? Ante todo, partiendo de la constatación de que el liderazgo carismático no sólo es sociológicamente pertinente, sino que además tiene – sobre todo en el momento fundacional – una justificación teológica. Esto consiste en el hecho que la peculiaridad de consciencia y práctica cristiana que son de por sí transmitidas del carisma al servicio de todo el cuerpo eclesial, necesitan de una fuerte impronta de ejemplaridad generativa y formativa en el Espíritu (en el sentido de aquello que está precisamente destinado a “dar forma”), para poder ser efectivamente comunicadas y asimiladas; sobre todo cuando es más marcada la originalidad con respecto al sentir común y la necesidad de una relevancia incisiva en la experiencia eclesial y social. Tal situación se convierte en patológica sólo en el momento en que la recepción del carisma de forma madura y luego de la fase fundacional – *in primis* en aquellos que se adhieren explícitamente, pero también en la resonancia y eficacia que éste despliega en el conjunto de la comunidad eclesial y en el vasto contexto cultural y social – termine cristalizando de manera centralizadora el principio de autoridad carismática, inhibiendo el despliegue de su contenido *de por sí comunitario* en una convivencia dinámica, participativa y radiante. Por otra parte, esto pone de relieve que una correcta y fecunda presencia y misión eclesial de los carismas necesita en sí misma no sólo el fidedigno discernimiento de la autoridad magisterial de la Iglesia, sino también una continua capaci-

dad de autocrítica en el Espíritu, que nazca del interior de su recepción y que conjuntamente sea estimulada y propiciada por las instancias que derivan de la más vasta y compartida autoconciencia eclesial.

A esta consideración se añade una segunda dificultad pastoral, que se debe a una peculiaridad de los movimientos de renovación eclesial, evidente por lo menos a partir de la Edad Media, y sobre la cual en su momento el teólogo Joseph Ratzinger había centrado su atención.<sup>13</sup> Se trata del hecho de que los carismas, que de por sí manifiestan una relevancia universal por el redescubrimiento del *novum* evangélico como “estilo” del seguimiento – como en la Edad Media sucedió con las órdenes mendicantes o en la modernidad con el carisma ignaciano de la Compañía de Jesús, por citar algún ejemplo –, encuentran en el ministerio petrino ejercitado por el Obispo de Roma su natural punto de referencia. Él no sólo los aprueba, sino que también – desde el punto de vista de la configuración y de la misión eclesial – les reconoce espacios propicios para su expresión y despliegue. Y con ello, adquieren nueva relevancia y un nuevo radio de acción en el mundo católico.

Sin lugar a dudas, esta coyuntura que se repite en los decenios posteriores al Vaticano II tiene consecuencias positivas. Por ejemplo, la superación de la inercia e inacción que a veces pueden cargar la realidad local de la Iglesia, así como la posibilidad de un dinamismo evangelizador más amplio y vivaz. Sin embargo, también puede tener consecuencias problemáticas e impropias, tal como dar aliciente a la afirmación de un funesto centralismo y uniformidad o al pasar por alto la naturaleza y misión propia de la Iglesia local, donde las corrientes carismáticas tienen que concebirse insertadas de un modo vital para llevar a cabo su eficacia. De alguna manera, esto se hace hoy día más evidente que en el pasado, porque una de las directrices del Concilio Vaticano II es el redescubrimiento teológico y la consecuente valorización pastoral

<sup>13</sup> Cfr. J. RATZINGER, *El nuevo pueblo de Dios. Esquemas para una Eclesiología*, Barcelona 2005.

de la Iglesia local, de la colegialidad episcopal y del principio más amplio de la sinodalidad eclesial.<sup>14</sup> Es importante resaltar la directriz teológica y pastoral de fondo – que tiene que descender con pericia y paciencia tanto estructural como operativamente a todos los niveles de la vida de Iglesia – afirmadas sintéticamente por el entonces Card. Joseph Ratzinger en su intervención citada ya varias veces: «El primado y el episcopado, la estructura eclesial-local y los movimientos apostólicos se necesitan de modo recíproco. El primado sólo puede vivir en y con un episcopado vivo. El episcopado sólo puede conservar su unidad dinámica y apostólica sintonizando con el primado. Cuando uno de los dos polos se debilita, padece la Iglesia en su totalidad».<sup>15</sup>

*Para una misión a la medida de Cristo y a la altura de los signos de los tiempos*

Llegamos así al gran tema de la misión. En este tema pienso que los movimientos tienen tres aportes que ofrecer al imperativo evangelizador, siempre actual y siempre nuevo, que resuena en el magisterio de los Pastores (desde el Concilio Vaticano II a la Exhortación apostólica de Pablo VI *Evangelii Nuntiandi*, de 1975; desde la Encíclica *Redemptoris Missio* de Juan Pablo II de 1990 a las innumerables invitaciones de Benedicto XVI).<sup>16</sup>

Ante todo el aporte de la *convicción profunda* y del *impulso espiritual* que brotan de la comunión vital con Jesús como evento decisivo y transformador de la propia existencia que abre impensables horizontes de alegría, de compromiso y profecía. Sólo quien es un espectador

<sup>14</sup> Cfr. *Atti del XIX Congresso nazionale dell'Associazione Teologica Italiana*, Campomampiero, 5-9 settembre 2005: ATI, *Chiesa e sinodalità. Coscienza, forme, processi*, a cargo de R. Battocchio e S. Noceti (Forum ATI, 3), Milano 2007.

<sup>15</sup> J. RATZINGER, *Los movimientos eclesiales y su lugar teológico*, cit., 107.

<sup>16</sup> Cfr. P. CODA, *Per una cultura della risurrezione*, en: *La Chiesa fiorisce. I movimenti e le nuove comunità*, a cargo de C. Hegge, Roma 2006, 75-89.

maravillado y agradecido de la transformación en Jesús de la propia vida y de la vida en torno a sí, puede advertir en el corazón el fuego incontenible de la amonestación paulina: «¡Ay de mí si no predicara el Evangelio!» (1 Cor 9, 16).

Un segundo aporte, sobre el que el Patriarca de Venecia Angelo Scola<sup>17</sup> en el Congreso mundial de movimientos eclesiales y nuevas comunidades del año 2006 ha llamado la atención repetidas veces, se puede sintetizar en la fórmula evangélica «¡Venid y veréis!» (Jn 1, 46). Hoy más que nunca el Evangelio se mide no sólo sobre su intrínseca fiabilidad sino también sobre la credibilidad del testigo y de su experiencia de vida personal, comunitaria y social de las cuales, en diversos modos, se hace portavoz. El «¡Venid y veréis!» implica por ello tanto una referencia a un *lugar vivido* en el que resplandece – en la fragilidad del ser humano – la luz inconfundible e incontenible de Jesucristo, como la posibilidad práctica de iniciar y recorrer paso a paso *un camino de fe* en el seguimiento del Señor. Todo esto es típico de los movimientos y las nuevas comunidades y gracias a ellos se vuelven a proponer hoy, en formas y maneras oportunamente contextualizadas, en la sensibilidad creciente y en los caminos concretos de educación en la fe propuestos por las Iglesias locales.

Finalmente, un tercer aporte se coloca en la línea de la *invención de nuevas formas y estrategias* de testimonio, diálogo, anuncio, encarnación del Evangelio y servicio a los más pobres, que estén a la altura de los signos de los tiempos, es decir, de las inéditas y frecuentemente inaccesibles, pero siempre desafiantes y a veces hasta casi prometedoras, situaciones de vida de los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Una vez más, la comunidad de los discípulos de Jesús se encuentra navegando firmemente aferrada al madero de la cruz, en alta mar. Pero la confianza

<sup>17</sup> Cfr. A. SCOLA, *Movimientos eclesiales y nuevas comunidades en la misión de la Iglesia. Prioridades y perspectivas*, en: *La belleza de ser cristiano*, a cargo del Consejo Pontificio para los Laicos, Ciudad del Vaticano 2007, 59-83.

incondicionada en Jesús, en la escucha incondicional del sople del Espíritu, no lleva a ponerse a la defensiva sobre la propia identidad, sino que invita a remar mar adentro con valentía y prudencia en sólida comunión con los Pastores para echar a manos llenas la semilla fecunda de la Palabra de Dios en el amplio campo de la historia – como nos invitó a hacer Juan Pablo II en la *Novo Millennio Ineunte*.

Todo esto es hoy día esencial para que la gran obra de la “nueva evangelización” no se reduzca a un lema o reproduzca modelos obsoletos, o se perciba como una táctica justificada de conquista o reconquista.

Es bien sabido – y me aproximo así a una dificultad pastoral relacionada con lo que hemos dicho hasta ahora – que frecuentemente, desde su aparición y en los años sucesivos de rápido desarrollo, las nuevas realidades eclesiales han sido tildadas por algunos de *espiritualismo e integrismo*, es decir de aislarse, por un lado, en la dimensión privada e interior de la experiencia de fe y, por otro lado, de convertirse en defensores del proyecto de una “nueva cristiandad” en contraste con la intención más profunda e innovadora del Concilio. La radicalidad del Evangelio, y también alguna comprensible ingenuidad e intemperancia, pueden haber sido la causa de tal crítica que, mirándolo bien, se muestra evidentemente infundada. En efecto, la nueva posición cultural y social propiciada por el Vaticano II en el contexto único de la historia humana, no obstante su pluralidad constituyente, por un lado, y por otro lado, el desarrollo en la época moderna de la forma política de la democracia – asediada hoy por los enormes desafíos que todos conocemos, con la urgente necesidad de una verdadera reflexión sobre sus fundamentos y sus desviaciones prácticas – representan un indudable y, en todo caso inexplorado, horizonte de novedad. También bajo este aspecto corresponde la puesta en evidencia por parte del Vaticano II, de la Iglesia como Pueblo de Dios y de la vocación laical de los cristianos en la sociedad. El hecho es que el Concilio ha abierto definitivamente a la Iglesia Católica el espacio de una presencia en el mundo de

la cultura y de la sociedad que no es el que se experimentaba en la Edad Media, el de la *christianitas* como sinfonía de los dos poderes (religioso y civil), ni aquél, completamente irrealizable, de la *societas perfecta* que en el tiempo de la modernidad se da como alternativa, del todo autosuficiente frente a una sociedad que se organiza en virtud de unos principios diferentes a los de la fe cristiana. Vivimos hoy en una sociedad que es por sí misma pluralista; y para garantizar tal pluralismo, en su necesaria convergencia de aquello que es esencial y “no negociable”, busca una nueva forma de laicidad; y pertenecemos a una Iglesia que – explícitamente – evita toda voluntad de hegemonía y/o de privilegio (cfr. GS n. 76) para unirse a la difícil lógica de la “levadura” evangélica. Ante estas situaciones, el impulso y la inspiración carismática de la que los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades son portadores y artesanos pueden ser orientados en dos direcciones diferentes. No obstante surgiendo ambos del mismo impulso que emerge vitalmente de la experiencia histórica del cristiano en la fuente bautismal: el evento pascual de Jesucristo muerto y resucitado que en el Espíritu configura a sí, aquí y hoy, la conciencia y la praxis de los discípulos.

La primera dirección es la del renovado impulso y energía para dar rostro concreto e incisivo a la acción de los cristianos en la sociedad como *aquella sal y levadura* (cfr. Mt 5, 13 y Lc 13, 20-21), sin las cuales la historia humana está trágicamente destinada a perder el sentido y la orientación. Esto comporta la adquisición del cuadro teológico de referencia – a propósito de la presencia y del actuar de los cristianos en el mundo – que el Vaticano II ha delineado en la Constitución pastoral *Gaudium et Spes* y en el Decreto *Apostolicam Actuositatem*, junto a la adquisición del significado positivo de la “laicidad” de las realidades temporales, que encuentra su fundamento en el principio de la libertad religiosa formulado por la *Dignitatis Humanae*. Sin disminuir con esto la tarea exigente pero fascinante e ineludible de *extraer de las “entrañas” mismas de la fe cristiana* – como amaba repetir Antonio Rosmini – y *junto al ejercicio de un dialogo en todo campo*, la imagen del hombre y de

la sociedad que es más conforme con el designio de Dios y por lo tanto responde más profundamente a las verdaderas aspiraciones de hoy.

Una segunda dirección, en definitiva opuesta, podría ser la de trabajar más o menos conscientemente por “reconquistar” la posición hegemónica del catolicismo, con la intención de servir así a la causa del Evangelio, incluyendo todo lo que esta estrategia puede comportar a nivel de opciones y estrategias culturales, sociales y políticas.

He llevado el discurso a los extremos, aspirando así a una simplificación de las posibles posiciones que en realidad son más diversas y complejas. Pero es indudable que el problema de fondo a menudo es éste. Precisamente en esto la acción de los discípulos de Jesús está llamada a realizar hoy su original, específico e insustituible aporte: instaurar la fe cristiana en la propia cultura con el propio testimonio social, como *matriz activa y crítica de un humanismo integral (a la medida de Jesucristo) y de auténtica democracia* vigorizada por los principios vitales de verdad, libertad, justicia, y solidaridad. Surge aquí, entre otras cosas, una realidad muchas veces descuidada: cómo y cuándo una vida eclesial, empapada de verdadera comunión y real corresponsabilidad, puede ser levadura en la sociedad civil, tónico creativo y crítico de la praxis participativa propia de la democracia.

### 3. PARA QUE EL MUNDO RECIBA ESPERANZA

Una palabra conclusiva. Lo que el pensar, desear y actuar de los hombres y las mujeres de nuestro tiempo esperan, es la transparencia – vista, tocada y saboreada – de Dios, del Dios vivo y verdadero, en la vida del hombre y de la creación. Es el hacerse carne del Verbo. Es su carne crucificada y resucitada. Es el cuerpo de Cristo entregado por nosotros en la Eucaristía. Es la comunidad de los discípulos, sus miembros vivos. Con insistencia, Juan Pablo II nos dirigió a todos esta invitación: «En un contexto en el que la tentación del activismo llega fácilmente también al ámbito pastoral, se pide a los cristianos en Europa que sigan siendo trans-

parencia real del Resucitado, viviendo en íntima comunión con Él». <sup>18</sup> La forma de la *communio*, vivida con radicalidad y simplicidad en las nuevas realidades eclesiales, es la posibilidad para la misión de la Iglesia hoy, en el anuncio alegre y siempre nuevo del Evangelio: porque constituye el *humus* vital y fértil de una inexplorada *cultura de la resurrección*. En ella, nutriéndose de la savia vital que brota de las raíces trinitarias del misterio de la salvación, es superada – así escribió años atrás el teólogo Ratzinger – una forma de pensamiento individualista y abstracto que aparece al alba un nuevo modo de percibir, gustar, narrar, vivir y pensar la realidad: Dios y el hombre, que se unen en Cristo crucificado y resucitado, transfigurado y transfigurador de cada hombre en el Espíritu Santo. <sup>19</sup>

Aflora hoy en la Iglesia – gracias a los movimientos y nuevas comunidades – un pensar, una manera artística y técnica, un actuar ético y social que encuentra su plena expresión en la *relación viva* con Dios, consigo mismo, con los otros, con las cosas. Un pensar, un actuar no posesivo ni excluyente sino receptivo y acogedor. Un pensar, un actuar modelado en María, la Madre de Dios y de la humanidad nueva en Cristo. Aflora una nueva percepción – es quizás el despertar comunitario del “sentido espiritual” – de Dios que se revela a mí, a nosotros como *Abbá*: en Cristo crucificado y resucitado siempre vivo y cercano en el sople del Espíritu.

Aflora un nuevo símbolo, que no pospone simplemente el inaprensible más allá, sino que hace presente y visible en las obras y en los días del hombre la experiencia de Dios que en Cristo ha tomado definitivamente morada entre nosotros, en la espera deseosa e implorada que Él venga “para que Dios sea todo en todo” (cfr. *1 Co* 15, 28). Aquí se halla y de aquí se irradia *la verdadera esperanza del mundo*. «Llegar a conocer a Dios, al Dios verdadero, eso es lo que significa recibir esperanza». <sup>20</sup>

<sup>18</sup> JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Ecclesia in Europa*, n. 27.

<sup>19</sup> Cfr. J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, Salamanca 2005. Cfr. E. BISER, *Svolta della fede. Una prospettiva di speranza*, Brescia 1989.

<sup>20</sup> BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Spe Salvi*, n. 3.



## Movimientos y nuevas comunidades en las Iglesias particulares

Don ARTURO CATTANEO\*

El 30 de mayo de 1998, vísperas de Pentecostés, Juan Pablo II se dirigía a los movimientos eclesiales y a las nuevas comunidades recordando que su nacimiento y difusión “han aportado a la vida de la Iglesia una novedad inesperada, a veces incluso sorprendente”, pero también “ha suscitado interrogantes, malestares y tensiones”. El Papa observó que se trató de “un período de prueba” y de discernimiento, añadiendo: «Hoy ante vosotros se abre una etapa nueva: la de la madurez eclesial».<sup>1</sup>

Diría que transcurridos ya diez años desde entonces, esta “madurez” – gracias también a la solicitud de Benedicto XVI – se está consolidando. Podemos verlo especialmente en lo que se refiere a la inserción de los movimientos en las Iglesias particulares.<sup>2</sup> Naturalmente, esto no significa que todos los problemas hayan sido resueltos, porque la Iglesia – como organismo vivo – exige que cada realidad sea renovada continuamente. Sobre el tema existe una amplia bibliografía y sobre ello han hablado, en diversas ocasiones, tanto Juan Pablo II como Benedicto XVI. En particular este último – cuando era Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe – se ocupó del tema en una conferencia pronunciada en la inauguración del Congreso Mundial de los Movi-

\* Docente ordinario de Derecho Canónico en el Instituto San Pío X de Venecia.

<sup>1</sup> JUAN PABLO II, *Discurso en el encuentro mundial de los movimientos*, en: “L'Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 5 de junio de 1998, 14.

<sup>2</sup> Siguiendo las huellas de Vaticano II, utilizaré esta expresión como sinónimo de Iglesia local (cuyo modelo es la diocesana).

mientos Eclesiales que tuvo lugar en Roma en mayo de 1998.<sup>3</sup> En la presente conferencia intentaré ofrecer una síntesis de varias reflexiones, dando particular atención a la perspectiva de la responsabilidad del obispo diocesano al promover tal inserción. Evidentemente, con ello no quiero afirmar que esta responsabilidad es sólo de los obispos; les corresponde también a los presbíteros, primeros colaboradores del obispo, y a los fieles. Todos deben – como observaba el cardenal Ratzinger – «deben someterse a una educación por el Espíritu Santo», para que puedan «sintonizar interiormente con el pluralismo de la fe vivida. Cada una de las partes [movimientos y comunidad local] debe aprender de la otra a dejarse purificar, a soportarse y a dar con aquellas actitudes de las que habla Pablo en el Himno a la Caridad (1 Co 13, 4 ss.)».<sup>4</sup> El entonces prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe reconocía que esta inserción no se da sin dificultades y que se trata de un desafío ante el cual no se puede «dar sencillamente una receta».<sup>5</sup> Además advirtió que, si bien las reglas son necesarias, mucho depende de las personas. La experiencia enseña que «si las personas – el párroco, los grupos y, en fin, el obispo – están disponibles, las soluciones se encuentran».<sup>6</sup> Las dificultades proceden con frecuencia de los prejuicios, incomprensiones o del parroquialismo de parte de los fieles de la comunidad local, por un lado, y, por otro, de las imprudencias, inexperiencia o exuberancia de los miembros de los movimientos.<sup>7</sup>

<sup>3</sup> J. RATZINGER, *Los movimientos eclesiales y su lugar teológico* en: “Communio” (Es) 21 (1999), 87-108.

<sup>4</sup> *Ibid.*, 107.

<sup>5</sup> J. RATZINGER, *Los movimientos, la Iglesia, el mundo*, en: *Los movimientos eclesiales en la solicitud pastoral de los obispos*, del *Pontificium Concilium pro Laicis*, Ciudad del Vaticano 2000, 229.

<sup>6</sup> *Ibid.*, 230.

<sup>7</sup> He recordado las diversas exigencias que los movimientos deben tener en cuenta con miras a su inserción armónica en la Iglesia local en el artículo *I movimenti eclesiali: aspetti ecclesilogici*, en “*Annales teologici*” 11 (1997), 401-427. En este artículo ilustro los siguientes puntos: la unidad con el obispo diocesano, el enraizamiento del carisma en la realidad social y en la pastoral local, la estima por las otras realidades eclesiales, el espíritu

Estas dificultades se pueden superar principalmente con el diálogo animado por la caridad, con un poco de paciencia y de buena voluntad para comprender y hacerse comprender.<sup>8</sup> Es también deber del obispo ayudar a los movimientos – veremos luego en qué modo – a insertarse cada vez mejor en la Iglesia particular, por su propio bien y por el bien de la Iglesia. Ellos constituyen de hecho – como observó Juan Pablo II – “un verdadero don de Dios para la nueva evangelización y para la actividad misionera propiamente dicha”.<sup>9</sup> Además no olvidemos que los carismas no existen “en estado puro”, sino que están siempre vinculados por un elemento humano, haciendo necesaria una continua obra de purificación.<sup>10</sup> Es por ello, que del obispo se exige no sólo la promoción de las riquezas carismáticas, sino también el discernimiento, la vigilancia y la corrección de eventuales abusos y errores.

Siguiendo la enseñanza paulina (cfr. *1 Ts* 5,12 y 19-21) en el n.12 de la *Lumen Gentium*, el Vaticano II recordó que a los Pastores corresponde el juicio sobre la autenticidad de los carismas y su ordenado ejercicio, sin por ello olvidar que los Pastores tienen también la responsabilidad de no «extinguir el Espíritu, de examinarlo todo y quedarse con lo bueno». El magisterio sucesivo exhortó a los obispos a «acompañar

de servicio sin caer en el protagonismo, el espíritu de colaboración evitando la formación de “ghettos”, la necesidad de una formación integral y la transparencia en el modo de actuar y de informar (cfr. 421-426).

<sup>8</sup> Recuerdo aquí la advertencia de Juan Pablo II: «Para edificar solidariamente la casa común es necesario, además, que sea depuesto todo espíritu de antagonismo y de contienda y que se compita más bien en la estimación mutua (cfr. *Rom* 12, 10), en el adelantarse en el recíproco afecto y en la voluntad de colaborar, con la paciencia, la clarividencia y la disponibilidad al sacrificio que ésto a veces pueda comportar» (*Discurso al Convenio de la Iglesia italiana en Loreto*, 10 de abril de 1985, cita tomada de la Exhortación apostólica *Christifideles Laici*, n. 31).

<sup>9</sup> JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris Missio*, n. 72.

<sup>10</sup> Cfr. J. CASTELLANO, *Carismi per il terzo millennio. I movimenti ecclesiali e le nuove comunità*, Roma 2001, 13 y G. CARRIQUIRY, *Los movimientos eclesiales en el contexto religioso y cultural actual*, en: *Los movimientos eclesiales en la solicitud pastoral de los obispos*, cit., 49.

la labor de discernimiento con la guía y, sobre todo, con el estímulo a un crecimiento de las asociaciones de los fieles laicos en la comunión y misión de la Iglesia». <sup>11</sup> Un punto de partida adecuado para enmarcar debidamente el tema – enfocando los diversos aspectos de la responsabilidad del obispo – me parece que es la incisiva definición de Iglesia particular formulada en el Decreto conciliar sobre el ministerio pastoral de los obispos *Christus Dominus*. <sup>12</sup> El papel del obispo es indicado como el de reunir (*congregare*) la porción del Pueblo de Dios por medio del Evangelio y de la eucaristía en el Espíritu Santo, de tal modo que «constituye una Iglesia particular, en la que verdaderamente está presente y obra la Iglesia de Cristo, que es una, santa, católica y apostólica». El Catecismo de la Iglesia Católica ha recordado que estos cuatro atributos «inseparablemente unidos entre sí indican rasgos esenciales de la Iglesia y de su misión. La Iglesia no los tiene por ella misma; es Cristo, quien, por el Espíritu Santo, da a la Iglesia el ser una, santa, católica y apostólica, y Él es también quien la llama a ejercitar cada una de estas cualidades» (n. 811).

Unidad, santidad, catolicidad y apostolicidad – según la lógica del “ya pero todavía no” – fueron donadas a la Iglesia desde sus inicios y de modo indefectible, con la garantía de jamás fallar. <sup>13</sup> La Iglesia es siempre llamada – siguiendo los impulsos que continuamente recibe de Cristo y de su Espíritu – a actuarlas incesantemente y a hacerlas crecer.

<sup>11</sup> JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Christifideles Laici*, n. 31.

<sup>12</sup> CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Decreto sobre el ministerio pastoral de los obispos en la Iglesia *Christus Dominus*, n. 11: «La diócesis es una porción del Pueblo de Dios que se confía a un Obispo para que la apaciente con la cooperación del presbiterio, de forma que unida a su pastor y reunida por él en el Espíritu Santo por el Evangelio y la Eucaristía, constituye una Iglesia particular, en la que verdaderamente está y obra la Iglesia de Cristo, que es una, santa, católica y apostólica».

<sup>13</sup> Como afirma la Declaración *Dominus Iesus* de la Congregación para la Doctrina de la Fe, «las promesas del Señor de no abandonar jamás a su Iglesia (cfr. *Mt* 16, 18; 28, 20) y de guiarla con su Espíritu (cfr. *Jn* 16, 13) implican que, según la fe católica, la unicidad y la unidad, como todo lo que pertenece a la integridad de la Iglesia, nunca faltaran» (n. 16).

Se trata, por ello, de cuatro aspectos, mutuamente relacionados, de la misión de la Iglesia y por lo tanto de cada fiel, pero del obispo diocesano de modo particular. Desde la perspectiva de la promoción de aquella unidad, catolicidad y apostolicidad – que deben caracterizar a la Iglesia de Cristo, por consiguiente cada Iglesia particular<sup>14</sup> – se ilumina también la responsabilidad del obispo en la inserción de los movimientos. Su tarea puede ser comprendida en efecto como la promoción – en la propia Iglesia particular – de la unidad en la pluralidad; de la catolicidad en el sentido de apertura a la Iglesia universal y de “encarnación” de la misma en ella; así como de la apostolicidad que implica la complementariedad entre institución y carisma. Obrando así, el obispo contribuirá a la santidad de su Iglesia particular como primer servidor del Espíritu. Mi exposición estará, entonces, articulada de acuerdo a estos cuatro puntos.

#### 1. LA UNIDAD DE LA IGLESIA PARTICULAR (INTEGRACIÓN DE LAS LEGÍTIMAS DIVERSIDADES)

La tarea que le fue confiada al obispo en la Iglesia particular ha sido sintetizada así por el Concilio: «Cada Obispo es el principio y fundamento visible de unidad en su propia Iglesia». <sup>15</sup> Por más que el papel del obispo sea primordial en la Iglesia particular, éste no está por encima de ella, sino a su servicio y además es su primer servidor. <sup>16</sup> El

<sup>14</sup> El Vaticano II enseña que cada Iglesia particular debe ser formada «a imagen de la Iglesia universal» (*Lumen Gentium* n. 23) y debe «representar lo mejor que pueda a la Iglesia universal» (*Ad Gentes* n. 20).

<sup>15</sup> CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen Gentium*, n. 23. Con justicia se ha observado que el texto dice “en” y no “de”: cfr. G. CANOBBIO, *Il vescovo visibile principio e fondamento dell'unità nella Chiesa particolare*, en: AA.VV., *Il vescovo e la sua Chiesa*, a cargo de G. Canobbio y otros, Brescia 1996, 70.

<sup>16</sup> El Concilio ha recordado que “*Episcopi igitur communitatis ministerium cum adiutoribus presbyteris et diaconis susceperunt*” (*Lumen Gentium*, n. 20).

servicio del obispo a la unidad debe actuarse con la conciencia de que la diversidad de ministerios, carismas, formas de vida y de apostolado no representan un obstáculo para la unidad de la Iglesia particular, sino una verdadera riqueza. Efectivamente, se considera que el carácter de comunión, propio de la Iglesia, comporta, por una parte, «la más sólida unidad y, por otra, una pluralidad y una diversificación, que no obstaculizan la unidad».<sup>17</sup>

En una de las conferencias que el Cardenal Ratzinger pronunció en el año 1990 a los obispos de Brasil, se refirió a la responsabilidad de los obispos de promover la unidad en la pluralidad, tarea que corresponde – en modo particular – al sucesor de Pedro, quién «debe ejercer su ministerio de modo que no sofoque los dones de las Iglesias particulares ni los fuerce a seguir una falsa uniformidad, sino que los deje ser eficaces en el intercambio vivificador del todo».<sup>18</sup> Pero también los obispos – proseguía Ratzinger – «han de atenerse a las reglas de San Pablo: “No extingáis el espíritu [...] examinalo todo, retened lo que es bueno” (1 Ts 5, 19.21). Tampoco aquí puede haber ningún uniformismo de planes pastorales, sino que hay que dejar espacio a la multiplicidad, no raras veces indudablemente fatigosa, de los dones de Dios; dejando a salvo el criterio de la unidad de la fe. A ello se puede añadir, en cuanto a las formas humanas, no más de lo necesario para la tolerancia y para una buena convivencia».<sup>19</sup> Con ocasión de la mencionada charla sobre los movimientos eclesiales, Ratzinger recordó a los obispos otra vez «que no deben obsesionarse por uniformidad alguna en las planificaciones y modos pastorales. No deben convertir sus propios planes pastorales en la medida de lo que le está permitido obrar al Espíritu

<sup>17</sup> CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Carta *Communiois Notio*, n. 15. En la frase sucesiva el texto observa: «Esta pluralidad se refiere sea a la diversidad de ministerios, carismas, formas de vida y de apostolado dentro de cada Iglesia particular, sea a la diversidad de tradiciones litúrgicas y culturales entre las distintas Iglesias particulares».

<sup>18</sup> J. RATZINGER, *La Iglesia, una comunidad siempre en camino*, Madrid 1992, 59.

<sup>19</sup> *Ibid.*, 60.

Santo. El exceso de planificaciones podría hacer que las Iglesias resultaran impermeables al Espíritu de Dios, a la fuerza de la que ellas viven. No puede ser que todo se someta a una organización unitaria».<sup>20</sup>

Una comprensión estrecha de la unidad conduciría a un “uniformismo” pastoral que haría difícil la inserción y la acción apostólica de los diversos movimientos. En este sentido el canon 394 § 1 del Código de Derecho Canónico dice: «Fomente el Obispo en la diócesis las distintas formas de apostolado» y en el § 2 añade «exhórteles a que participen en las diversas iniciativas de apostolado y les presten ayuda, según las necesidades de lugar y de tiempo». Es menester diferenciar diligentemente la unidad del uniformismo. Sobre ello se ha observado que la «tentación de la uniformidad, del monolitismo, del concordismo es antieclesial justamente porque transforma la comunión en un monismo».<sup>21</sup> Sería también poco eclesial la actitud – que podemos llamar “diocesano” – según la cual sería legítimo únicamente lo que es organizado por los organismos diocesanos. La promoción de la unidad en la pluriformidad no es una tarea exclusiva de la Jerarquía, sino que involucra a todos los miembros del Pueblo de Dios, todos deben estar abiertos a la multiplicidad de las formas de vida cristiana suscitadas por el Espíritu Santo. He aquí porqué «el olvido del Espíritu Santo como principio de unidad y diversidad, condujo a una concepción unitaria y uniformizante de la vida eclesial. (...) Así, la renovación de la pneumatología es la clave para poder reanimar las Iglesias particulares».<sup>22</sup> En este sentido el Concilio en el n. 4 del decreto *Ad Gentes* dijo que «El Espíritu Santo “unifica en la comunión y en el servicio y provee de diversos dones jerárquicos y carismáticos” (LG, n. 4) a toda la Iglesia a través de los tiempos, vivificando las instituciones eclesiásticas como

<sup>20</sup> ID., *Los movimientos eclesiales y su lugar teológico*, cit., 107.

<sup>21</sup> J.M.R. TILLARD, *L'Église de Dieu est une communion*, en: “Irenikon” 53 (1980), 457.

<sup>22</sup> H.-M. LEGRAND, *Implicazioni teologiche della rivalorizzazione delle Chiese locali*, en: “Concilium” 8,1 (1972), 80.

alma de ellas e infundiendo en los corazones de los fieles el mismo impulso de misión del que había sido llevado el mismo Cristo». Realizar siempre y cada vez más plenamente todo eso constituye ciertamente una misión que – como observó Juan Pablo II – «está estrechamente unida a la capacidad de la comunidad cristiana de acoger todos los dones del Espíritu. La unidad de la Iglesia no es uniformidad, sino integración orgánica de las legítimas diversidades».<sup>23</sup> La tarea del obispo puede ser entonces, considerada como servicio y promoción de la «integración orgánica de las legítimas diversidades».

Por lo que se refiere a la inserción de los movimientos en la Iglesia particular, el obispo se preocupará por ofrecer orientaciones, indicar prioridades pastorales, promover la coordinación de las varias formas de apostolado<sup>24</sup> y vigilar para que se dé un armónico desarrollo de la acción apostólica de los varios movimientos; el obispo, además de invitarlos a participar de la delegación diocesana de apostolado seglar, podrá pedirles también que colaboren con determinadas iniciativas en el ámbito de la pastoral diocesana, pero siempre en el delicado respeto de las características propias de cada carisma, buscando valorar la especificidad de los diversos movimientos.

## 2. LA CATOLICIDAD DE LA IGLESIA PARTICULAR

El principal progreso de la reflexión eclesiológica del Vaticano II sobre la Iglesia particular puede ser sintetizado diciendo que en ella «verdaderamente está y obra la Iglesia de Cristo, que es una, santa, católica y apostólica».<sup>25</sup> Aquí emerge un reconocimiento importante de

<sup>23</sup> JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, n. 46.

<sup>24</sup> Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Decreto sobre el ministerio pastoral de los obispos en la Iglesia *Christus Dominus*, n. 17.

<sup>25</sup> *Ibid.*, 11. Ello ha sido reforzado en otros textos conciliares que afirman la presencia – *vere adest* – de la Iglesia en la Iglesia local (*Lumen Gentium*, n. 26) y la manifestación –

la relación de mutua interioridad entre Iglesia universal y particular.<sup>26</sup> El tema fue profundizado por la eclesiología post-conciliar<sup>27</sup> y fue recogido en numerosos textos del magisterio sucesivo, entre ellos recordamos la exhortación apostólica *Christifidelis Laici* que abre el acápite «Iglesias particulares e Iglesia universal» con esas palabras: «Para poder participar adecuadamente en la vida eclesial es del todo urgente que los fieles laicos posean una visión clara y precisa de la *Iglesia particular en su relación originaria con la Iglesia universal*».<sup>28</sup> Es, sin duda, parte de la tarea del obispo hacer que sus fieles – y sobre todo los presbíteros – tengan esta «visión clara y precisa de la Iglesia particular», la visión – en otras palabras – de su catolicidad.<sup>29</sup>

*praecipuam manifestationem* (*Sacrosanctum Concilium*, n. 41), *perspicue manifestetur* (*Christus Dominus*, n. 22) – de la Iglesia particular. Otro texto afirma que la Iglesia particular debe representar lo mejor que pueda a la Iglesia universal (*Ad Gentes*, n. 20). El Vaticano II enseña además que la Iglesia particular es «cada una en su lugar, el Pueblo nuevo llamado por Dios en el Espíritu Santo y total plenitud» (*Lumen Gentium*, n. 26).

<sup>26</sup> Esta relación aparece sintetizada en el siguiente texto: «cada Obispo es el principio y fundamento visible de unidad en su propia Iglesia, formada a imagen de la Iglesia universal; y de todas las Iglesias particulares (*in quibus et ex quibus*) queda integrada la una y única Iglesia católica» (*Lumen Gentium*, n. 23). El valor eclesiológico de la fórmula “*in quibus et ex quibus*” es sobre todo el de expresar de modo extremadamente sintético la inseparabilidad de esta mutua relación que exige tener presente sea el hecho de que la Iglesia universal se constituye de Iglesias particulares (“*ex quibus*”), sea el hecho de que en la Iglesia particular está presente la Iglesia universal (“*in quibus*”). Consecuentemente, la Iglesia universal no es una mera *federación* de Iglesias particulares ni mucho menos la Iglesia particular es una simple *parte* de la Iglesia universal, como se refleja en la elección del término “*portio*” en el ya mencionado texto de *Christus Dominus*, n. 11.

<sup>27</sup> Una síntesis puede encontrarse en mi libro *La Chiesa locale. I fondamenti ecclesiologicali e la sua missione nella teologia postconciliare*, Città del Vaticano 2003, 124-130.

<sup>28</sup> JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Christifideles Laici*, n. 25. Entre las demás afirmaciones del magisterio postconciliar, recuerdo la siguiente afirmación de la Exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi*: “Una Iglesia particular que se desgajara voluntariamente de la Iglesia universal perdería su referencia al designio de Dios y se empobrecería en su dimensión eclesial” (n. 62).

<sup>29</sup> El término “católico” viene del griego *katholikós*, configuración adjetivada formada sobre la locución adverbial *kath’bólon* que significa “universalmente, en todo, absolutamente, enteramente, según el todo o extendido al todo”. Esta palabra está compuesta

En virtud de la mutua interioridad entre Iglesia universal y particular, la catolicidad no es sólo una característica de la Iglesia universal, sino que lo es también de cada Iglesia particular y, así como ello constituye una tarea para la Iglesia universal, lo es también para la Iglesia particular.<sup>30</sup> Es interesante notar que el *Catecismo de la Iglesia Católica* encabeza los cuatro numerales dedicados a la Iglesia particular (832-835) con el significativo título «Cada una de las Iglesias particulares es “católica”». Ello tiene una importancia decisiva a propósito de la inserción de los movimientos eclesiales en las Iglesias particulares. Es fundamental evitar diferenciar estas dos entidades *sicut aliud et aliud*, ya que los movimientos – como toda realidad eclesial – existen y viven *en* la Iglesia particular y son una riqueza y potencia apostólica para ella. La mutua interioridad entre Iglesia particular e Iglesia universal no es una cuestión especulativa y debe forjar la conciencia eclesial de los fieles, de esta interioridad surgirán frutos de caridad, comunión, diálogo, espíritu de servicio y de colaboración.

En la tarea de realizar la catolicidad de la Iglesia particular es posi-

por la preposición *katá* (cuyo valor fundamental, en particular, con el acusativo, es “conforme a, hacia, según”) y por el adjetivo *bólos* (que significa “el todo no dividido, el todo completo”). El adjetivo *katholikós* si bien mantiene una clara correspondencia con el latino *universalis* (en Cicerón y en lenguaje filosófico *tò hólon* se vuelve *universum*, en plural *holoi = universi*), tuvo en latín la superación como préstamo, especialmente cuando fue aplicado a la Iglesia “católica”. Por su fuerte valencia y por el uso hecho por los Padres, el término se reveló, de hecho, apropiado para expresar cómo en la Iglesia las partes y la diversidad deban ser, precisamente, “según el todo”, con una unidad hecha de plenitud que – en la visión cristiana – debe ser continuamente realizada y se fundamenta sobre la plenitud de la gracia de Cristo.

<sup>30</sup> En diversas ocasiones el Concilio habla de la “catolicidad” no sólo como un don del Señor, sino también como una tarea de la Iglesia que: “enviada por Dios a las gentes para ser “el sacramento universal de la salvación”, obedeciendo el mandato de su Fundador (cfr. *Mc* 16, 15), por exigencias íntimas de su misma catolicidad, se esfuerza en anunciar el Evangelio a todos los hombres” (*Ad Gentes*, n. 1). La Iglesia está además llamada a alcanzar, a penetrar y a asumir las diversidades humanas “en la plenitud católica” (*Ad Gentes*, n. 6) y “a recapitular la Humanidad entera con todos sus bienes, bajo Cristo como Cabeza en la unidad de su Espíritu” (*Lumen Gentium*, n. 13).

ble distinguir dos aspectos: su apertura a la Iglesia universal y su «encarnación» en ella. Ambos aspectos tienen importantes repercusiones en el tema que estamos tratando.

### *La apertura de la Iglesia particular a la universal*

La catolicidad de la Iglesia particular y su necesaria apertura a la Iglesia universal tiene múltiples implicaciones, como se percibe en las siguientes palabras de Juan Pablo II «Exhorto a todas las Iglesias, a los Pastores, sacerdotes, religiosos y fieles a *abrirse a la universalidad de la Iglesia* evitando cualquier forma de particularismo, exclusivismo o sentimiento de autosuficiencia». <sup>31</sup> Esta apertura a la «universalidad de la Iglesia» tiene una relevancia especial para el tema que estamos tratando. Una de las características predominantes de los nuevos movimientos eclesiales es, precisamente, su dimensión universal, <sup>32</sup> como demuestra, entre otras cosas, el hecho de que muchos de ellos han sido ya reconocidos por el Consejo Pontificio para los Laicos. Como realidad de la Iglesia universal, en virtud, precisamente, de la mencionada mutua interioridad, los movimientos son llamados a desplegarse en las singulares Iglesias particulares, enriqueciéndolas y preservándolas del peligro del “particularismo” o del “localismo”. Las consecuencias

<sup>31</sup> JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris Missio*, n. 85. Un ejemplo de esta insuficiente apertura a la Iglesia universal ha sido recordado por Ratzinger a propósito de una antigua polémica parisina entre el clero secular y los representantes de los nuevos movimientos (las órdenes mendicantes): “Una idea empequeñecida y empobrecida de la Iglesia que impone como absoluta la estructura eclesiástico-local no puede tolerar el nuevo estado de proclamadores que, a su vez y por necesidad, encontraron su respaldo en el titular de un ministerio eclesiástico-universal, en el Papa, como garante del envío misionero y de la edificación de la única Iglesia”: J. RATZINGER, *Los movimientos eclesiales y su lugar teológico*, cit., 102.

<sup>32</sup> Bajo este punto de vista, se trata de un fenómeno similar al originado por los institutos de vida consagrada. Sobre la cuestión cfr. S. RECCHI, *Gli istituti di vita consacrata: segno dell'universalità nella Chiesa particolare*, en: “Quaderni di diritto ecclesiale” 9 (1996), 58-65.

operativas de esta apertura se explican así: «La pluriformidad de la *communio* que es la Iglesia universal reaparece como exigencia de fondo y, por lo tanto, como tarea, en el misterio de la Iglesia particular [...]. Los diversos carismas, las múltiples vocaciones, el ministerio presbiteral y diaconal, el testimonio de la vida consagrada, la acción apostólica de las instituciones jerárquicas de naturaleza supradiocesana, en resumen, todas las riquezas vitales y estructurales de la Iglesia universal, todas las exigencias de su misión en el mundo, *existunt, insunt et operantur* en la realidad concreta de la Iglesia local». <sup>33</sup> Para la adecuada inserción de los movimientos, uno de los presupuestos fundamentales, quizás aún no suficientemente alcanzado, consiste en la asimilación y aplicación pastoral de las consecuencias de la mencionada intrínseca apertura de la Iglesia particular a la universal, tanto por parte de la comunidad local, como de los mismos movimientos. <sup>34</sup>

En la realización de la catolicidad de la Iglesia particular, el obispo desarrolla un rol importante. Él ejerce la función de mediador entre la Iglesia universal y la Iglesia particular. Por un lado, él representa a su Iglesia en el ámbito de la *communio Ecclesiarum* y, por otro, a la Iglesia universal en el ámbito de la misma Iglesia. <sup>35</sup> El obispo garantiza que en

<sup>33</sup> P. RODRÍGUEZ, *La "communio" nella Chiesa locale*, en: "Studi Cattolici", 331 (1988), 556.

<sup>34</sup> Por lo que se refiere a los movimientos se hizo esta observación: "Las reiteradas invitaciones del Concilio y de los Pontífices con respecto a las agregaciones eclesiales, a fin de establecer una relación cordial de colaboración con la autoridad pastoral, corren el riesgo de introducir estrategias de compromiso que sirven para contener los excesos, pero que no proporcionan una efectiva 'pedagogía' de introducción al sentido de Iglesia como realidad histórica": F.G. BRAMBILLA, *Le aggregazioni ecclesiali nei documenti del magistero dal Concilio fino ad oggi*, en: "La Scuola Cattolica" 116 (1988), 509.

<sup>35</sup> Cfr. K. MÖRSORF, *L'autonomia della Chiesa locale*, en: AA.VV., *La Chiesa dopo il Concilio*, Atti del Congresso Internazionale di Diritto Canonico celebrato a Roma 14-19 gennaio 1970, Milano 1972, vol. I, 163-185; original en alemán en: "Archiv für katholisches Kirchenrecht" 138 (1969), 388-405; publicado también en: "Il Diritto Ecclesiastico" 83 (1972), 278; L. GEROSA, *El Obispo, punto de convergencia de las dimensiones universal y particular de la Iglesia*, en: AA.VV., *Iglesia universal e Iglesias particulares*, Actas del IX Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra, a cargo de P. Rodríguez, Pamplona 1989, 431-444.

la porción del Pueblo de Dios que le fue encargada se haga presente la universalidad del misterio de la Iglesia, es decir, el cuerpo episcopal, siempre reunido junto a su cabeza.<sup>36</sup> Para la integración de los movimientos pastorales en la Iglesia particular, las parroquias desarrollan un papel de grande importancia; el obispo se esforzará por hacer que éstas sean cada vez más células vivas en el organismo eclesial y que se establezca una sana simbiosis entre ellas y la vitalidad de los movimientos. Con este objetivo, debe ser superada la tendencia a considerarse “en competencia”; se debe, al contrario, buscar el modo por el cual las parroquias se abran a los movimientos, con la conciencia que parroquia y movimientos tienen funciones diversas, pero, en un cierto sentido, complementarias.<sup>37</sup>

### *En la Iglesia particular se «encarna» la Iglesia universal*

En virtud de la mutua interioridad entre Iglesia universal y particular, no sólo la Iglesia particular debe ser abierta a la universal, sino que ésta

<sup>36</sup> Cfr. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Carta *Communio in notio*, n. 13.

<sup>37</sup> Al respecto JUAN PABLO II observó: “Es necesario por ello que la parroquia sea una comunidad abierta a todas estas iniciativas de irradiación religiosa y de apostolado de ambiente que no tienen o no pueden tener a la parroquia como punto de partida” (*Discurso a la Plenaria de la Congregación para el Clero*, 20 de octubre 1984, en: “Insegnamenti” VII, 2 [1984], 986). Sobre el tema cfr. mi aporte *La parrocchia come una “comunità delle comunità”*, en: *Riscoprire il vero volto della parrocchia*, a cargo del Pontificium Consilium pro Laicis, Città del Vaticano 2005, 135-156. Cfr. también A. CATTANEO, *Per un proficuo rapporto fra parrocchia e movimenti*, en: “Annales teologici” 20 (2005), 397-417. G. Feliciani observó que la concepción de una parroquia como “comunidad de comunidades” tiene un indiscutible valor pastoral, recuerda que ella debe ser abierta a las más variadas realidades: “desde la familia al grupo de Acción Católica, de las confraternidades a los grupos que asumen la responsabilidad por la animación litúrgica, de las iniciativas de caridad, de la ayuda a las misiones”. Pero ello –precisa Feliciani con razón– no debe “llevar a considerar la parroquia como una especie de confederación de grupos y comunidades”. Ello conduciría a graves consecuencias como “la marginación del parroquiano que, tal vez, no participase de ningún grupo”: G. FELICIANI, *Comunità parrocchiali e movimenti ecclesiali*, en: “Periodica” 93 (2004), 613-614.

debe – por decirlo de alguna manera – «encarnarse»<sup>38</sup> en la local. En este sentido, el obispo deberá promover el arraigo de varios carismas en la vida de la Iglesia particular. La universalidad característica de los movimientos no debe hacerles olvidar que la Iglesia posee también una esencial dimensión particular. Los movimientos serán por ello plenamente eclesiales también en la medida que se arraiguen en las diversas Iglesias particulares. La visión universal de la Iglesia, que representa uno de los aportes preciosos de los movimientos a las Iglesias particulares, se deformaría transformando una visión platónicamente *universalista*, y ello iría en menoscabo de la atención hacia la realidad y los problemas de la Iglesia particular. También esto es amor por la Iglesia. Por ello sería problemático el caso en el que un movimiento eclesial quisiera “exportar” o “imponer” la propia experiencia, nacida y desarrollada con características propias de una nación, en otros países o continentes en donde la situación social y cultural es muy diversa, sin la necesaria inculturación y sin prestar atención al camino pastoral realizado por las respectivas Iglesias particulares.<sup>39</sup> Los miembros de los movimientos, permaneciendo fieles a su carisma, deberán entonces buscar implantarlo creativamente en la vida de la respectiva Iglesia particular.<sup>40</sup> El campo de acción eclesial propio de los fieles laicos es, efectivamente, el de la vida familiar, social, profesional, política, cultural, deportiva, etc.<sup>41</sup> Con esta presencia capilar en la vida de la diócesis ellos evitarán que el carisma del movimiento aparezca en ella como un cuerpo extraño. Es algo análogo a la inserción en una orquesta de un nuevo instrumento musical que, si bien conserva las propias características, se adapta a las demás particularidades con la fina-

<sup>38</sup> Cfr. PABLO VI, Exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi*, n. 62.

<sup>39</sup> Cfr. P. CODA, *I movimenti ecclesiali. Una lettura ecclesiologica*, en: “Lateranum” 57 (1991), 143.

<sup>40</sup> He tratado el tema en el artículo *Inculturazione e Chiesa locale: valore e limiti di una sinergia*, en: “Annales teologici” 15 (2001), 201-238.

<sup>41</sup> Cfr. A. CATTANEO, *I laici: precisarne l'identità per promuoverne la missione*, en: AA.VV., *Prendere il largo con Cristo. Esortazioni e lettere di Giovanni Paolo II* (con G. Borronovo), Siena 2005, 55-69.

lidad de producir una verdadera sinfonía,<sup>42</sup> y ello gracias a la dirección del maestro de la orquesta que, en nuestro caso, es el obispo.

En lo que se refiere a la responsabilidad del obispo, es importante recordar las numerosas advertencias a los Pastores expresadas en el último Concilio: ellos deben respetar, alentar y promover la libertad, la responsabilidad y las iniciativas de los fieles laicos, de modo particular en el perfeccionamiento cristiano de las realidades temporales;<sup>43</sup> el obispo no debe, entonces, limitarse al discernimiento de los carismas, sino que debe acompañar esta función tal como dice la exhortación apostólica *Christifidelis Laici* en el n. 31: «con la guía y, sobre todo, con el estímulo a un crecimiento de las asociaciones de los fieles laicos en la comunión y misión de la Iglesia».

Los carismas que están en el origen de los movimientos eclesiales son un don hecho contemporáneamente a la Iglesia universal y a la Iglesia particular; por ello, los obispos –recordando el deber de no extinguir el Espíritu, sino de quedarse con todo lo bueno (cfr. *1 Ts* 5, 19.21)– solamente por razones realmente graves podrían rehusarse a acoger en la diócesis un movimiento aprobado por la Santa Sede.<sup>44</sup> Ciertamente el obispo deberá velar sobre la inserción armónica de los carismas en la pastoral diocesana y, al mismo tiempo, debe concebirse como «custodio paternal del bien de aquel singular carisma que debe considerar como a él confiado, como un bien de su Iglesia, que debe salvaguardar fraternalmente, pues el Espíritu Santo se lo ha confiado para la santidad suya y de su comunidad».<sup>45</sup>

<sup>42</sup> Benedicto XVI, hablando a los obispos alemanes, los exhortó a valorar los movimientos eclesiales: “comprendiendo que en la Iglesia existen muchos caminos y que todos juntos forman una sinfonía de la fe” (BENEDICTO XVI, *Discurso a los miembros de la Conferencia Episcopal Alemana*, en: “L'Osservatore Romano”, 24 de agosto de 2005, 5).

<sup>43</sup> Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Lumen Gentium*, n. 3; *Christus Dominus*, n. 16; *Presbyterorum Ordinis*, n. 9; *Ad Gentes*, n. 21; *Apostolicam Actuositatem*, n. 24.

<sup>44</sup> Cfr. J. CASTELLANO, *Movimenti ecclesiali. Una presenza carismatica nella Chiesa di oggi*, en: “Rivista di Vita Spirituale” 41 (1987), 513.

<sup>45</sup> A. SICARI, *Unità e pluriformità nella Chiesa*, en: AA.VV., *I laici e la missione della Chiesa*, Milano 1987, 80.

### 3. LA APOSTOLICIDAD DE LA IGLESIA PARTICULAR (COMPLEMENTARIEDAD ENTRE INSTITUCIÓN Y CARISMA)

En su célebre conferencia sobre el lugar teológico de los movimientos, el cardenal Ratzinger eligió como eje de sus reflexiones la categoría de la sucesión apostólica. En ella, el cardenal identifica diversos aspectos de grande envergadura para la integración de los movimientos en las Iglesias particulares, como son la dimensión universal inherente al ministerio eclesial<sup>46</sup> y la dimensión misionera; pero su atención se concentra en la complementariedad entre institución y carisma. Sugiere ampliar y profundizar el concepto de sucesión apostólica para descubrir en su núcleo «la estructura sacramental de la Iglesia, en la cual ella recibe siempre de nuevo la herencia de los apóstoles, el legado de Cristo. En virtud del sacramento, en el cual Cristo opera por la fuerza del Espíritu Santo, ella se distingue de todas las demás instituciones. El sacramento significa que la Iglesia vive y es continuamente recreada por el Señor, como «criatura del Espíritu Santo».<sup>47</sup> En la sucesión apostólica deben estar presentes los dos com-

<sup>46</sup> Sobre ello, el cardenal observa que «el concepto de la sucesión apostólica alberga una vertiente que va más allá del ministerio centrado exclusivamente en la Iglesia local. Ella no puede agotarse en éste. El elemento universal que va más allá de los servicios a una Iglesia local sigue siendo indispensable» (J. RATZINGER, *Los movimientos eclesiales y su lugar teológico*, cit., 97). Regresa sobre el argumento más adelante precisando que «en la Iglesia debe haber siempre, también, servicios y misiones que no sean de naturaleza estrictamente eclesiástico-local, sino que sirvan al cuidado del conjunto y a la propagación del Evangelio. El Papa está referido a estos servicios y ellos a él; y en la co-relación de ambos tipos de misiones se realiza la sinfonía de la vida de la Iglesia. La era apostólica normativa señala de modo inequívoco a cada uno que ese componente es irrenunciable para la vida de la Iglesia. El sacramento del Orden, el sacramento de la sucesión entra necesariamente en esta forma estructural, pero está rodeado – más aún que en las Iglesias locales – de servicios múltiples. Y al pensar en ellos no hay que pasar por alto la participación de las mujeres en el apostolado de la Iglesia. Podemos resumirlo todo diciendo que la finalidad del primado del sucesor de Pedro es garantizar este componente esencial de la vida de la Iglesia e integrarlo en un contexto armónico con las estructuras eclesiástico-locales», *ibid.*, 104.

<sup>47</sup> *Ibid.*, 103.

ponentes del sacramento inseparablemente unidos: el elemento encarnacional-cristológico (misterio pascual de Cristo) y el componente cristológico-pneumatológico (el hacerse presente de aquel evento) «por la fuerza del Espíritu Santo [...] que garantiza a la vez la novedad y la continuidad de la Iglesia viva».<sup>48</sup> La constitución sacramental de la Iglesia es entonces radicalmente determinada en el sentido cristológico-pneumatológico. Ratzinger continúa diciendo que «no podemos huir en una pneumatología etérea; jamás debemos dejar a nuestras espaldas el pisar tierra de la encarnación, del actuar de Dios en la historia. Pero, a la inversa, eso único se comunica en el don del Espíritu Santo, que es el Espíritu de Cristo resucitado».<sup>49</sup> Entre institución y carisma no puede existir una oposición – como tampoco la hay entre Cristo y su Espíritu – sino complementariedad, cuya realización le corresponde en modo particular al obispo diocesano, que debe evitar un desarrollo excesivo y burocrático de la dimensión institucional en menoscabo de aquélla carismática.

Al reflexionar sobre la inserción de los movimientos en las Iglesias particulares hay una tentación de referirse de modo inapropiado al binomio institución-carisma, dejándose llevar por una dialéctica claramente inaceptable. Las reflexiones propuestas por Ratzinger son por ello de grande valor para orientarnos hacia una comprensión más armoniosa de tal binomio, que debe ser visto a la luz de la complementariedad existente entre Cristo y su Espíritu. La doble misión del Hijo y del Espíritu se encuentra, efectivamente, no sólo en el origen de la Iglesia y de su fundación, sino que continúa a determinar su vida como «sacramento de salvación» (cfr. *Lumen Gentium*, n. 48) y pueblo que tiene acceso al Padre por Cristo en el Espíritu. La simultánea y complementaria acción de Cristo y de su Espíritu determina por lo tanto la constitución de la Iglesia, haciéndola al mismo tiempo caris-

<sup>48</sup> *Ibid.*

<sup>49</sup> *Ibid.*, 92.

mática e institucional. En la eclesiología del Concilio el haber prestado más atención a la acción del Espíritu hizo recordar, tras las huellas de las enseñanzas de san Pablo sobre los carismas, que la Iglesia no se edifica sólo con los medios instituidos por Cristo, sino también con la variedad de dones carismáticos que el Espíritu distribuye, para que contribuyan al «crecimiento del cuerpo para su edificación en el amor (cfr. *Ef* 4, 16)», según lo que ha sido ya afirmado en el n. 3 de la *Apostolicam Actuositatem*. En diversas ocasiones Juan Pablo II resaltó que el aspecto institucional y el carismático de la Iglesia «son coesenciales».<sup>50</sup> Se debe entonces afirmar que en cada realidad de la Iglesia se encuentra tanto la dimensión institucional como la carismática, si bien en grados diversos. Sería por lo tanto equivocado concebir las estructuras pastorales diocesanas como meras organizaciones institucionales, de la misma manera que sería un error colocar a los movimientos eclesiales en un ámbito puramente carismático sin referencias institucionales.<sup>51</sup> En esta perspectiva se comprende también por qué Juan Pablo II habló de la Iglesia como si fuera un «movimiento», recordando que desde el amor del Padre «comienza la misión del Hijo y la misión del Espíritu Santo. La Iglesia, que nació de esta

<sup>50</sup> El Papa lo afirmó en 1987 observando que los dos aspectos “son coesenciales y contribuyen a la vida, a la renovación, a la santificación, si bien en modo diverso”. Más adelante precisaba que se necesita “evitar siempre aquella eludible contraposición entre carisma e institución, que es nociva sea para la unidad de la Iglesia como para la credibilidad de su misión en el mundo, y para la propia salvación de las almas”: JUAN PABLO II, *Crescita comune nell'unità. Ai movimenti ecclesiali riuniti per il secondo Colloquio internazionale*, en: “Insegnamenti” X, 1 (1987), 478. Sobre el tema cfr. A. SCOLA, *La realtà dei movimenti nella Chiesa universale e nella Chiesa locale*, en: AA.VV., *I movimenti nella Chiesa*, cit. principalmente 109-119; Scola trató de nuevo el tema en su conferencia en el II Congreso Mundial de los Movimientos Eclesiales y Nuevas Comunidades (31 de mayo – 2 de junio de 2006): *Movimientos eclesiales y nuevas comunidades en la misión de la Iglesia. Prioridades y perspectivas*, en: *La belleza de ser cristiano. Los Movimientos en la Iglesia*, a cargo del Pontificio Concilium pro Laicis, Ciudad del Vaticano 2007, especialmente 62-66.

<sup>51</sup> En este sentido cfr. A. SCOLA, *Movimientos eclesiales y nuevas comunidades en la misión de la Iglesia*, cit., 65-66.

misión, se encuentra “*in statu missionis*”. Ella es un “movimiento” que penetra en los corazones y en las conciencias». <sup>52</sup>

Para aclarar ulteriormente la complementariedad entre las dos dimensiones es importante además reconocer su recíproca inmanencia, en el sentido que la institución pulsa el carisma y éste presupone e implica la institución. En la Iglesia la institución no es una mera distribución de incumbencias y funciones; ella tiene un signo sacramental, de donde brota una múltiple acción del Espíritu. La importancia de que el ministerio sagrado fuera entendido y vivido “carismáticamente” fue subrayada por Ratzinger, quien observó, entre otras cosas, que solamente así «no se produce esclerosis institucional; se da, entonces, una apertura al carisma, una especie de ‘clima’ propicio para el Espíritu Santo y para su acción [...] y se encontrarán caminos para colaboración fructífera en el discernimiento de los espíritus». <sup>53</sup> El cardenal quiso alertar sobre el peligro inherente a una excesiva institucionalización; la Iglesia ciertamente necesita estructuras organizativas e incluso de los derechos humanos, pero si tales instituciones «resultan demasiado numerosas o excesivamente fuertes dañan al orden y a la vitalidad de su naturaleza espiritual. La Iglesia debe revisar de continuo su propio entramado de instituciones a fin de que éste no se convierta en un lastre pesado ni en una coraza que asfixie su auténtica vida espiritual». <sup>54</sup> En la

<sup>52</sup> JUAN PABLO II, *Homilía de la santa misa para los participantes en el simposio “Movimientos en la Iglesia”*, en: “L’Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 4 de octubre de 1981, 11. En el *Regina Coeli* del 4 junio de 2006, día de Pentecostés, Benedicto XVI concluyó la oración diciendo: «Toda la Iglesia, como solía decir el Papa Juan Pablo II, es un único gran movimiento animado por el Espíritu Santo, un río que atraviesa la historia para regarla con la gracia de Dios y hacerla fecunda en vida, bondad, belleza, justicia y paz», en: “L’Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 9 de junio de 2006, 7.

<sup>53</sup> J. RATZINGER, *Los Movimientos eclesiales y su lugar teológico*, cit., 91.

<sup>54</sup> *Ibid.*, 90. En la misma conferencia Ratzinger precisó además que «En términos generales, la Iglesia debe procurar que los órdenes administrativos que ella misma crea tengan la mayor delgadez posible. No debe institucionalizarse en exceso, sino permanecer siempre abierta a las llamadas impredecibles del Señor». Ratzinger también habló «del peligro de una excesiva institucionalización» dialogando con los obispos en el Seminario

íntima relación entre institución y carisma se manifiesta entonces la acción conjunta de Cristo y de su Espíritu, de modo tal que la comunión eclesial es siempre configurada como «comunión “orgánica”, análoga a la de un cuerpo vivo y operante. En efecto, está caracterizada por la simultánea presencia de la *diversidad* y de la *complementariedad* de las vocaciones y condiciones de vida de los ministerios, de los carismas y de las responsabilidades». <sup>55</sup>

La necesaria y fecunda confluencia entre institución y carisma se manifiesta de modo casi paradigmático en la elaboración de los estatutos (cfr. can. 299 § 3 y 304 § 1 del *Código de Derecho Canónico*) de las varias realidades eclesiales de origen carismática. La redacción y aprobación <sup>56</sup> de los estatutos es, en realidad, fruto de un proceso sinérgico entre Pastores y los poseedores de un carisma originario. Una tarea particularmente delicada la tiene el obispo diocesano, a quien corresponde el primer reconocimiento de un movimiento; él tendrá no sólo que verificar que los estatutos no contengan nada que se oponga a las exigencias de la comunión, sino que contengan también todo aquello que exige un ordenado desarrollo de la vida asociativa según la espiritualidad específica del movimiento. <sup>57</sup> El papel de las específicas normas estatutarias debe ser visto no sólo en el momento del nacimiento (y por lo tanto del reconocimiento del carisma), sino también en el sentido de ofrecer un canal apropiado para su desarrollo ordenado y eficaz. El vigilar que esto

promovido por el Consejo Pontificio para los Laicos (16-18 de junio de 1999): J. RATZINGER, *Los movimientos, la Iglesia, el mundo*, en: *Los movimientos eclesiales en la solicitud pastoral de los obispos*, a cargo del Pontificium Consilium pro Laicis, Ciudad del Vaticano 2000, 252.

<sup>55</sup> JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Christifideles Laici*, n. 20.

<sup>56</sup> Esto vale para las asociaciones públicas de fieles (cfr. *Código de Derecho Canónico* can. 301 y 314). Para las asociaciones privadas corresponde la *recognitio*, es decir el nulla osta, por la competente autoridad eclesiástica.

<sup>57</sup> Sobre el tema cfr. G. FELICIANI, *Los movimientos eclesiales y las tareas del obispo diocesano*, en: *Los movimientos eclesiales en la solicitud pastoral de los obispos*, a cargo del Pontificium Consilium pro Laicis, Ciudad del Vaticano 2000, 214-215.

sucedan es, por un lado, tarea de la Santa Sede y de los obispos diocesanos<sup>58</sup> y, por otro, también es competencia de los responsables de las asociaciones y de los institutos. La mayor parte de los movimientos eclesiales son reconocidos hoy como asociaciones privadas de fieles, pero en realidad – por lo menos muchos de ellos<sup>59</sup> – parecen ir más allá de lo que el *Código de Derecho Canónico* ha previsto con los cánones 298-329. Se entiende, entonces, la importancia de los estatutos. Éstos tienen, de hecho – y esto ya ha sido señalado –, «la función de suplir la insuficiencia del derecho universal respecto a ellos».<sup>60</sup> Algunos han auspiciado la creación de una “ley-marco” para todos los movimientos. Sin embargo, esto no es algo que se pueda realizar tan fácilmente en vista de la gran diversidad que existe entre los movimientos.<sup>61</sup>

#### 4. LA SANTIDAD DE LA IGLESIA PARTICULAR. EL OBISPO, SERVIDOR DEL ESPÍRITU

He dejado para el final la consideración sobre la santidad, porque es apropiada para concluir nuestras reflexiones. El obispo, en la promo-

<sup>58</sup> Cfr. los cánones 305 § 1, 323 § 2, 325 § 1, 586 § 2, 628 etc. A propósito de los institutos misioneros la *Redemptoris Missio* resalta que los movimientos nacieron para enriquecer a la Iglesia «con sus propias características en conformidad con su espíritu peculiar y su misión específica y los mismos obispos son custodios de esta fidelidad al carisma originado» (JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris Missio*, n. 66).

<sup>59</sup> Me refiero a aquellos movimientos en los cuales el seguimiento del carisma significa un compromiso vocacional y tendencialmente omnicompreensivo en la vida de sus miembros.

<sup>60</sup> S. RECCHI, *La configurazione canonica dei movimenti ecclesiali. Prospettive*, en: AA.VV., *Fedeli. Associazioni. Movimenti*, a cargo del Gruppo Italiano Docenti di Diritto Canonico (Quarderni della Mendola 10), Milano 2002, 224.

<sup>61</sup> Sobre tal hipótesis “ley-marco” se observó que “suscita notables incertidumbres” por la falta de homogeneidad entre los movimientos: G. FELICIANI, *Quale statuto canonico per le nuove comunità?*, en: “Informationes SCRIS”, 20 (2000), 145. Sobre el tema cfr. también las observaciones críticas de M. DELGADO, *Movimenti ecclesiali. Ministero petrino e apostolicità della Chiesa*, Roma 2007, 50-51.

ción de la unidad, de la catolicidad y de la apostolicidad de la Iglesia particular a él confiada, aparece como el primer ministro del Espíritu santificador.

El obispo diocesano desempeña una función de moderador, función de *episkopé*, al servicio del Espíritu de Cristo, vigilando de tal modo que las diversas iniciativas apostólicas originadas por los carismas se desarrollen en concordia y contribuyan a la edificación de la Iglesia, en la fidelidad a la tradición apostólica. Su potestad no es entendida como el centro de cuya plenitud emanan todos los ministerios e iniciativas apostólicas de su Iglesia, sino como el centro que unifica, coordina, alienta, promueve y modera, siempre con la conciencia de la responsabilidad de favorecer la acción multiforme del Espíritu.<sup>62</sup> En tal perspectiva debe ser leída la afirmación de la *Lumen Gentium* según la cual a los obispos diocesanos corresponde regular «todo cuanto pertenece al culto y a la organización del apostolado» (n. 27). Esta afirmación no debe ser comprendida en el sentido de que el obispo tenga que gobernar el apostolado realizado por cada fiel o grupo de fieles de la diócesis, lo cual sería, entre otras cosas, una pretensión irrealizable. En efecto, debe considerarse que el objeto de la tarea de regular no es directamente el apostolado, sino el orden del apostolado. No es lo mismo decir «regular el apostolado» que decir «regular el orden del apostolado», que significa procurar que las actividades apostólicas se desarrollen ordenadamente. La misma idea reaparece en otros textos conciliares que se refieren a la misión de la jerarquía respecto al apostolado.<sup>63</sup> Es además significativo que el texto conciliar haya usado el termino «regu-

<sup>62</sup> Cfr. E. LANNE, *L'Évêque et les autres ministères*, en : "Irenikon" 48 (1975), 196.

<sup>63</sup> En el Decreto sobre el apostolado de los laicos *Apostolicam Actuositatem* encontramos las dos siguientes afirmaciones: "Non minus necessaria est cooperatio inter varias apostolatus incepta, congrue ab Hierarchia ordinata" (n. 23) y esta otra: "Hierarchie est laicorum apostolatum fovere, principia et subsidia spiritualia praeberere, eiusdem apostolatus exercitium ad bonum commune Ecclesiae ordinare" (n. 24). Sobre el tema, cfr. P. GOYRET, *El Obispo, pastor de la Iglesia. Estudio teológico del munus regendi en Lumen Gentium 27*, Pamplona 1998, 257-259.

lar». El sentido de esta misión del obispo es explicitado en el decreto conciliar sobre la función pastoral de los obispos *Christus Dominus* en los términos de «coordinación e íntima conexión de todas las obras apostólicas» (n. 17). A tal fin el obispo establecerá las grandes directrices que servirán a orientar y promover las diversas iniciativas apostólicas y vigilará para que todo (en la variedad de vocaciones y carismas) contribuya a la edificación de la Iglesia. Ello implica evidentemente que, en caso necesario, el obispo podrá (o deberá) intervenir ejercitando su potestad de gobierno para evitar un pluralismo disolvente.

En esta tarea de regularizador, el obispo ejercerá su potestad de gobierno en la medida en que las diversas personas e iniciativas apostólicas se vinculen a él, incluso jurídicamente. En una diócesis encontramos, de hecho, una grande variedad de situaciones personales e institucionales que reflejan la pluriformidad de la vida eclesial. Evidentemente la misión del obispo en la Iglesia particular no se limitará al ejercicio jurídicamente vinculante de la potestad de jurisdicción, sino que incluirá consejos, palabras de estímulo o exhortaciones que los movimientos, como todos en la diócesis, acogerán con espíritu filial.

Me parece que un buen modo de concluir es recordar las palabras con las cuales el cardenal Ratzinger terminó su conferencia en el Congreso mundial de los movimientos en 1998. En ella expresaba su «agradecimiento y el gozo. Agradecimiento porque el Espíritu Santo sigue actuando también hoy en la Iglesia y le regala nuevos dones con los que ella experimenta de nuevo la alegría de ser joven (*Sal* 42, 4). Agradecimiento por las muchas personas, jóvenes y adultas, que dan el sí a la llamada del Espíritu y se lanzan gozosas y confiadas al servicio del Evangelio. Agradecimiento por los obispos que se abren a los nuevos caminos, les crean espacios en sus Iglesias locales, son pacientes en el empeño de superar las polarizaciones y cooperan para dar con su forma recta».<sup>64</sup>

<sup>64</sup> J. RATZINGER, *Los movimientos eclesiales y su lugar teológico*, cit., 108.



## Movimientos eclesiales y ministerio petrino:

«Os pido que seáis, aún más, mucho más,  
colaboradores en el ministerio apostólico universal  
del Papa» (Benedicto XVI)

Mons. JOSEF CLEMENS\*

### 1. EL CONTEXTO DE LA CITA

El tema que trataré se remonta a una frase de la homilía pronunciada por Benedicto XVI el 3 de junio de 2006 ante millares de miembros y amigos de movimientos eclesiales y nuevas comunidades reunidos para las Vísperas de la vigilia de Pentecostés en la plaza San Pedro, en Roma. La cita se encuentra al final de la homilía, después de una profunda meditación sobre el Espíritu Santo y sus dones de vida, libertad y unidad; es la única vez en su discurso que el Santo Padre se dirige *directamente* a las nuevas realidades eclesiales para confiarles una “tarea particular” que desde hace muchos años tiene presente en su corazón.<sup>1</sup> La cita completa es ésta: «Queridos amigos, os pido que seáis, aún más, mucho más, colaboradores en el ministerio apostólico universal del Papa, abriendo las puertas a Cristo. Éste es el mejor servicio de la Iglesia a los hombres y de modo muy especial a los pobres, para que la vida de la persona, un orden más justo en la sociedad y la convivencia pacífica entre las naciones, encuentren en Cristo la “piedra angular” sobre la

\* Secretario del Consejo Pontificio para los Laicos.

<sup>1</sup> Cfr. BENEDICTO XVI, *Homilía durante el encuentro con los movimientos eclesiales en la Vigilia de Pentecostés*, en: “L'Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 9 de junio de 2006, 6.; cfr. también J. RATZINGER, *Los movimientos eclesiales y su lugar teológico*, en: “Communio” (Es) 21 (1999), 87-108.

cual construir la auténtica civilización, la civilización del amor. El Espíritu Santo da a los creyentes una visión superior del mundo, de la vida, de la historia y los hace custodios de la esperanza que no defrauda».<sup>2</sup>

Notamos, en primer lugar, que el Santo Padre precisa su petición de colaboración indicando un *aspecto específico* de su mandato apostólico *misionero*, lo que presupone una valoración muy positiva del servicio que los movimientos ofrecen a la evangelización.<sup>3</sup> El Papa, utilizando una expresión muy querida por su predecesor, el siervo de Dios Juan Pablo II, y que ya había tomado en la homilía de la misa de inicio de su ministerio petrino, nos pide que demos todo de nosotros de modo que se abran «las puertas a Cristo», es más que se abran «de par en par».<sup>4</sup>

Las reflexiones del cardenal Ratzinger y las del papa Benedicto XVI, son igualmente parte de mi conferencia; parafraseando una máxima agustiniana deseo decir: *cardinalis papae interpretes!*<sup>5</sup> Por ello no hago alguna distinción entre el pensamiento del teólogo y cardenal Joseph Ratzinger y el del papa Benedicto XVI. La sentencia atribuida al Papa Pío II (Enea Silvio Piccolomini, 1405-1465), *Aeneam reícite, Pium suscípíte!* – *Rechazad a Enea, acoged a Pío* – no vale absolutamente para el actual Pontífice.<sup>6</sup> Es más, me permito decir: *Suscipiéntes Josephum, Benedictum suscípimus*, es decir: *Acogiendo a Joseph, acogemos a Benedicto*.

Quisiera presentar, como breve introducción, algunos *conceptos claves* del pasaje en cuestión, ilustrando así el contexto de nuestro tema.

<sup>2</sup> BENEDICTO XVI, *Homilía durante la Vigilia de Pentecostés*, en: “L’Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 9 de junio de 2006, 6.

<sup>3</sup> Cfr. J. RATZINGER, *El Nuevo Pueblo de Dios*, Barcelona 1972, 410-446.

<sup>4</sup> Cfr. JUAN PABLO II, *Homilía en el comienzo de su pontificado*, en: “L’Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 29 de octubre de 1978, 4: «¡No temáis! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo!»; BENEDICTO XVI, *Homilía durante la santa misa en el solemne inicio del ministerio petrino*, en: “L’Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 29 de abril de 2005, 6ss.

<sup>5</sup> Cfr. AGUSTÍN DE HIPONA, *Contra Felicem manichaeum* 1, 19.

<sup>6</sup> Cfr. PÍO II, Bula “*In minoribus agentes*” (26 de abril de 1463). Papa Pío II rechaza en esta “bula de retractación” la doctrina del conciliarismo que había sustentado anteriormente.

*Los movimientos como dones del Espíritu Santo*

Siguiendo al cardenal Ratzinger usaré el termino “ movimiento ” para indicar todas las (nuevas) realidades eclesiales (comunidad, movimiento, asociación, camino, fraternidad), la mayor parte de las cuales nacieron y crecieron durante los últimos cuarenta años, después del Concilio Vaticano II.<sup>7</sup> El cardenal insiste mucho en el hecho de que los movimientos son *dones del Espíritu Santo* a la Iglesia de hoy, *signos de esperanza y elementos* verdaderamente *vivificantes* en el periodo post-conciliar.<sup>8</sup> Su origen pneumatológico constituye *el* presupuesto y *el* fundamento de sus reflexiones: « Pero entonces se dio de repente algo con lo que nadie había contado. Diríase que el Espíritu Santo había tomado de nuevo la palabra ».<sup>9</sup> Por ello nadie, ni siquiera la autoridad eclesial está en condiciones de programar y organizar estas nuevas “ irrupciones ” en la Iglesia. « Tienen que ser donados y de hecho lo son ».<sup>10</sup> La insistencia

<sup>7</sup> Cfr. J. RATZINGER, *Los movimientos eclesiales y su lugar teológico* en: “ Communio ” (Es) 21 (1999), 87-108; cfr. CH. HEGGE, *Rezeption und Charisma* [Forschungen zur Kirchenrechtswissenschaft 29], Würzburg 1999.

<sup>8</sup> Cfr. J. RATZINGER, *Democratizzazione della Chiesa. Trent'anni dopo*, en: J. RATZINGER – H. MAIER, *Democratizzazione della Chiesa. Possibilità e limiti* (Giornale di Teologia 312), Brescia 2005, 107; A. CATTANEO, *I movimenti eclesiali. Aspetti ecclesiológicos*, en: “ Annales teologici ” 11 (1997), 401ss.

<sup>9</sup> J. RATZINGER, *Los movimientos eclesiales y su lugar teológico*, cit., 88; cfr. ID., *Informe sobre la fe*, Madrid 1985, 19-20: « Lo que a lo largo y ancho de la Iglesia universal resuena con tonos de esperanza – y esto sucede justamente en el corazón de la crisis de la Iglesia en el mundo occidental – es la floración de nuevos movimientos que nadie planea ni convoca y surgen de la intrínseca vitalidad de la fe. En ellos se manifiesta – muy tenuemente, es cierto – algo así como una primavera pentecostal en la Iglesia [...] Cada vez encuentro más grupos de jóvenes resueltos y sin inhibiciones para vivir plenamente la fe de la Iglesia y dotados de un gran impulso misionero. La intensa vida de oración presente en estos Movimientos no implica un refugiarse en el intimismo o un encerrarse en una vida “ privada ”. En ellos se ve simplemente una *catolicidad* total e indivisa. La alegría de la fe que manifiestan es algo contagioso y resulta un genuino y espontáneo vivero de vocaciones para el sacerdocio ministerial y la vida religiosa »; ID., *¿Democracia en la Iglesia?*, cit., 107. Cfr. BENEDICTO XVI, *Discurso del Santo Padre Benedicto XVI a la fraternidad de Comunión y Liberación en el XXV aniversario de su reconocimiento pontificio*, 24 de marzo de 2007.

<sup>10</sup> J. RATZINGER, *Los movimientos eclesiales y su lugar teológico*, cit., 104.

sobre el carácter de “don” se sitúa implícitamente en contra de ciertos esfuerzos de renovar la vida eclesial mediante una potenciación de los varios ministerios eclesiales o de una programación pastoral exasperada que en algunas Iglesias locales son fruto de una sobrevaloración de la utilidad pastoral de comisiones y consejos.<sup>11</sup> El cardenal Ratzinger está convencido de que la “burocratización” de la Iglesia no sólo no favorece el ingreso de los dones del Espíritu Santo, sino que erige más bien una “barrera” a su acción.<sup>12</sup> Su continua advertencia al burocratismo va contra el intento del hombre de querer atrapar la «cosa» de Dios.

### *Los movimientos y la evangelización*

Aproximadamente un año después de la clausura del Concilio Vaticano II, el entonces profesor de Dogmática e Historia del Dogma en Tubinga dedicó un estudio a las declaraciones sobre la misión en los documentos conciliares exceptuando el decreto *Ad Gentes*.<sup>13</sup> Comentando el decreto sobre el apostolado de los laicos (*Apostolicam Actuositatem*) insiste en la necesidad de una renovada toma de conciencia del carácter *dinámico* y *misionero* del ser cristiano: «El ser cristiano mismo es, como tal, un movimiento hacia fuera. Está marcado, pues en su esencia con el sello misionero y debe, por tanto, producir necesariamente una actividad exterior como realización de su más profunda

<sup>11</sup> Cfr. ID., *¿Democracia en la Iglesia?*, cit., 108-109; cfr. ID., *Informe sobre la fe*, cit., 20; cfr. también ID., *Los Movimientos, la Iglesia, el Mundo*, en: *Los Movimientos eclesiales en la solicitud pastoral de los obispos*, a cargo del *Pontificum Consilium pro Laicis*, Ciudad del Vaticano 2000, 252.

<sup>12</sup> Cfr. ID., *Los movimientos eclesiales y su lugar teológico*, cit., 96; ID., *¿Democracia en la Iglesia?*, cit., 108: “Infelizmente debo decir que, en su conjunto, la libertad de estas iniciativas es indebidamente limitada en Alemania. Entre nosotros domina la organización. Todo debe tener su orden. Todo debe entrar en las estructuras previstas. Todo lo espontáneo molesta y es marginado” (*Tdt*).

<sup>13</sup> Cfr. ID., *Konzilsaussagen über die Mission au erhalb des Missionsdekrets*, en: *Mission nach dem Konzil*, editado por J. Schütte, Mainz 1967, 21-47.

esencia». <sup>14</sup> Estudiando este y otros aportes, se impone la convicción de que el joven profesor Ratzinger ha desarrollado su teología en continuo “diálogo” con los textos conciliares, un juicio que vale hasta el día de hoy. Creo poder afirmar que ningún otro evento eclesial ha influenciado tan fuertemente su pensamiento teológico como el Concilio, en el que participó como perito a los treinta y ocho años de edad.

Una de las grandes esperanzas que el profesor vincula al “evento concilio” es el redescubrimiento de la dimensión misionera de la existencia cristiana. La acogida abierta de los movimientos por parte del arzobispo de Munich y Frisinga y la valoración tan positiva del cardenal Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe se explican a la luz de esta esperanza. Refiriéndose a los desarrollos postconciliares, en el libro entrevista *Informe sobre la fe* (1985) es donde por primera vez toma públicamente una posición sobre los movimientos eclesiales y lo hace explícitamente: «Lo que abre a la esperanza a nivel de Iglesia universal [...] es el surgimiento de nuevos movimientos [...] se manifiesta en ellos [...] algo como una estación de Pentecostés en la Iglesia». <sup>15</sup>

En la homilía de la vigilia de Pentecostés, el papa Benedicto XVI hace suyo otro deseo del decreto conciliar *Apostolicam Actuositatem* (en los números 10 y 13) sobre los laicos, es decir, sobre su activa presencia en ambientes *cerrados* o *lejanos* de la Iglesia. <sup>16</sup> A partir del momento en que muchos de nuestros contemporáneos ya no son alcanzados por la

<sup>14</sup> Cfr. ID., *Nuevo Pueblo de Dios*, cit., 431.

<sup>15</sup> ID., *Informe sobre la fe*, cit., 19.

<sup>16</sup> Cfr. BENEDICTO XVI, *Homilía de la Vigilia de Pentecostés*, en: “L’Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 9 de junio de 2006, 6: «El Espíritu Santo quiere la unidad, quiere la totalidad. Por eso, su presencia se demuestra finalmente también en el impulso misionero. Quien ha encontrado algo verdadero, hermoso y bueno en su vida – el único auténtico tesoro, la perla preciosa – corre a compartirlo por doquier, en la familia y en el trabajo, en todos los ámbitos de su existencia. Lo hace sin temor alguno, porque sabe que ha recibido la filiación adoptiva; sin ninguna presunción, porque todo es don; sin desalentarse, porque el Espíritu de Dios precede a su acción en el “corazón” de los hombres y como semilla en las culturas y religiones más diversas».

Palabra de Dios, existe una urgente necesidad de hombres y mujeres que se pongan a disposición como “ abre caminos ” en los diversos ambientes de la vida,<sup>17</sup> pues la secularización cada vez más acentuada podría empujar a los mismos cristianos hacia otro “ movimiento ”, es decir, a retirarse en un círculo cerrado. Pero el cristiano no puede olvidarse de que le fue confiada una *misión universal*, « pues está siempre en juego el Dios Creador, el Dios de todos. Y si no hemos conocido por gracia, su voz, su Revelación, tenemos la responsabilidad de hacer resonar ese mensaje en el mundo ».<sup>18</sup> El cardenal continúa: « Me parece, por lo tanto, pertinente conciliar estos dos aspectos del momento actual: reconocer que es un momento difícil, en el sentido de que nos encaminamos hacia un cristianismo minoritario que ya no se identifica con la cultura común, y, con mayor razón, ser conscientes de que el Evangelio nos concierne a todos [...]; en ese doble desafío los movimientos pueden ser de gran ayuda gracias a su impulso misionero ».<sup>19</sup> Esta responsabilidad “ universal ” resuena en la homilía de las primeras Vísperas de Pentecostés. El compromiso de “ abrir puertas ” se opone a dos experiencias desalentadoras del período postconciliar, es decir, una cierta concepción de la teología como una disciplina puramente académica « que estaba perdiendo cada vez más el entusiasmo por la fe » y la ya mencionada burocratización de la Iglesia que ya no servía para abrir las

<sup>17</sup> Cfr. J. RATZINGER, *Los Movimientos, la Iglesia, el Mundo*, cit., 255; cfr. BENEDICTO XVI, *Mensaje a los participantes en el II Congreso de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades*, 22 de mayo de 2006: « Llevad la luz de Cristo a todos los ambientes sociales y culturales en los que vivís [...] Iluminad la oscuridad de un mundo trastornado por los mensajes contradictorios de las ideologías. [...] Llevad a este mundo turbado el testimonio de la libertad con la que Cristo nos ha liberado (cfr. Ga 5, 1) » (en: “ L’Osservatore Romano ”, ed. en lengua española, 9 de junio de 2006, 3). Cfr. ID. *Encuentro con religiosos, religiosas, seminaristas y representantes de los movimientos eclesiales en el Santuario de Jasna Gora en Chestokowa*, 26 de mayo de 2006; cfr. ID., *Encuentro con los sacerdotes de la diócesis de Albano*, 31 de agosto de 2006.

<sup>18</sup> J. RATZINGER, *Los Movimientos, la Iglesia, el Mundo*, cit., 255. Cfr. ID., *Dios y el mundo. Creer y vivir en nuestra época*, Barcelona 2005, 418-419.

<sup>19</sup> *Ibid.*

puertas a la fe y que la reducía «a grupos cerrados, satisfechos de sí mismos»,<sup>20</sup> Tales tendencias produjeron el efecto contrario de lo que el teólogo Ratzinger esperaba de la renovación conciliar. El cardenal por ello saluda con entusiasmo la fuerza contracorriente de los movimientos «como un gesto de Dios», y sigue: «veía que el Concilio daba frutos, que el Señor estaba presente en su Iglesia y que allí donde nuestros esfuerzos [...] no daban resultados, sino que, por el contrario, eran contraproducentes, el Señor encontraba las puertas y las abría incluso de par en par, para estar presente donde los únicos recursos eran la fe y la gracia».<sup>21</sup>

En este punto se impone una pregunta fundamental: ¿cómo se abren los caminos a Cristo? Los elementos principales de la respuesta del cardenal son *empuje y entusiasmo por la fe, y una fe vivida con alegría*.<sup>22</sup> Sobre la fe en los movimientos, en *Informe sobre la fe* dice: «La alegría de la fe que manifiestan es algo contagioso». <sup>23</sup> Así entonces se abren los caminos a Cristo: mediante el “contagio” de una fe integral e “íntegra”, como dan testimonio tantos movimientos que están “en primera fila” en este compromiso apostólico. Modificando un célebre dicho latino, se podría decir: *Verba docent, exempla trahunt et apériunt portas!*

La segunda frase del extracto de la homilía de las primeras Vísperas enfrenta implícitamente una objeción hecha algunas veces a los movi-

<sup>20</sup> *Ibid.*, 254.

<sup>21</sup> *Ibid.*, 225-226.

<sup>22</sup> Cfr. J. RATZINGER, *Los movimientos eclesiales y su lugar teológico*, 87s.: «En cuanto a mí, viví una experiencia maravillosa cuando [...] experimenté el ímpetu y el entusiasmo con el que vivían la fe – llevados por el gozo de su creencia – se sentían obligados a comunicar a otros el don que habían recibido»; y más adelante dice: «Diríase que el Espíritu Santo había tomado de nuevo la palabra. La fe eclosionó de nuevo en gente joven, sin peros ni excusas, sin subterfugios ni puertas traseras, vivida en su totalidad como don y como regalo delicioso que hace vivir».

<sup>23</sup> *Id.*, *Informe sobre la fe*, cit., 20; cfr. BENEDICTO XVI, *Homilía de la Vigilia de Pentecostés*, 3 de junio de 2006.

mientos, la acusación de ser *ciegos* o *pasivos* ante los *grandes desafíos sociales* de nuestro tiempo, muy auto-referenciales y predominantemente “espirituales”.<sup>24</sup> En las palabras del Papa trasluce la convicción de que, sin negar la importancia del compromiso social, hay, antes que nada, la necesidad de un *fundamento* y de una *dirección estable* para poder realizar un orden justo de la sociedad y una pacífica convivencia internacional. El compromiso encontrará en Cristo la *medida* y el constante *punto de referencia* para un auténtico progreso social abierto a la edificación de la civilización del amor. De hecho, el objetivo común de los movimientos de querer vivir una auténtica vida apostólica no permite oposición entre evangelización y compromiso social, como dan testimonio tantas nuevas realidades eclesiales. En ellas vemos realizada la visión del cardenal que, en 1998, afirmaba: «La vida apostólica no constituye en sí misma una finalidad, sino que crea la libertad para el servicio. La vida apostólica llama a la acción apostólica. Y aparece en primer lugar [...] la proclamación del Evangelio como el elemento misionero». <sup>25</sup> Y añade «en el seguimiento de Cristo, evangelizar es siempre y de modo preferente “*evangelizare pauperibus*”, predicar el Evangelio a los pobres. Pero esa proclamación no se hace sólo con palabras; hay que vivir el amor, que es su centro interno, su centro de verdad y su centro de acción; y ser así proclamación. Por eso, también el servicio social está ligado siempre de alguna manera con la evangelización». <sup>26</sup>

Esta aproximación rechaza aquellas tendencias teológicas de los últimos decenios que, ante la gran miseria de muchas partes del mundo, dan prioridad al compromiso socio-político, a tal punto de sustituir la proclamación del Evangelio con el servicio social, encontrando su fundamento

<sup>24</sup> Cfr. J. RATZINGER, *Informe sobre la fe*, cit., 20.

<sup>25</sup> ID., *Los movimientos eclesiales y su lugar teológico*, 106.

<sup>26</sup> Cfr. *ibíd.*; cfr. BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus Caritas Est*, n. 25: «La naturaleza íntima de la Iglesia se expresa en una triple tarea: anuncio de la Palabra de Dios (*kerygma-martyria*), celebración de los Sacramentos (*leiturgia*) y servicio de la caridad (*diakonia*). Son tareas que se implican mutuamente y no pueden separarse una de otra».

más en ciertas *ideologías* que en la fe de la Iglesia.<sup>27</sup> En contra de esta tendencia el cardenal afirma que sólo la fe auténtica, que surge del encuentro con Cristo y de la experiencia de la proximidad de Dios, inspira las acciones del cristiano y nutre también su compromiso social.<sup>28</sup>

### *Los movimientos como colaboradores del Papa*

Después de haber situado el tema en su contexto, analizamos el concepto de “colaboradores” que nos conduce directamente a nuestra cuestión principal. La palabra “colaboradores”, que aparece en la tercera carta de San Juan (3 Jn, 8), es citada en el n. 6 del decreto conciliar sobre el apostolado de los laicos y está presente en el lema episcopal del arzobispo Ratzinger: *Cooperatores Veritatis*.<sup>29</sup> Hablando de su lema, el arzobispo de Munich y Frisinga afirma que todo el obrar de un obispo en la Iglesia es una colaboración con un “proyecto” que lo trasciende, al cual cada uno aporta lo “suyo”, contribuye con su parte, pero al mismo tiempo es “conducido” por este proyecto más grande.<sup>30</sup> La invitación dirigida a los movimientos a colaborar con el Papa da a entender que ellos, si bien en la multiforme variedad de métodos educativos y de com-

<sup>27</sup> Cfr. J. RATZINGER, *Los Movimientos, la Iglesia, el Mundo*, cit., 242: «Esa evolución era preocupante, pues estaba apoyada por algunos teólogos que subrayaban fuertemente el elemento político como elemento redentor, casi como si la redención pudiera nacer de la política, o llegaban incluso a modificar el concepto de redención, reduciéndola a la liberación de la pobreza. Desde luego, ésta es una dimensión de la redención, pero no la totalidad de la redención».

<sup>28</sup> *Ibid.*

<sup>29</sup> Cfr. J. RATZINGER, *Mi vida, autobiografía*, Madrid 2006, 185.

<sup>30</sup> ID., *Der Erzbischof von München und Freising in Wort und Bild. Mit einem Beitrag „Aus meinem Leben“*, München 1977, 53: «Mitarbeiter der Wahrheit zu sein – dieses Wort aus dem 3. Johannes-Brief drückt aus, dass sich der Bischof als Mitwirkender in einem größeren Ganzen weiß, der mitträgt, aber auch selbst getragen wird. So wird auf der einen Seite der Dienstcharakter des bischöflichen Amtes unterstrichen, ebenso aber auch der unaufgebare Anspruch der Wahrheit des Evangeliums, der sich der Bischof durch sein Amt verpflichtet weiß».

promiso apostólico, colaboran “igualmente” con un proyecto más grande que, en nuestros días, no es otro que la obra de la evangelización.

## 2. EL FUNDAMENTO DE LA RELACIÓN ENTRE EL MINISTERIO PETRINO Y LOS MOVIMIENTOS

Trataré ahora – en la segunda parte de mi conferencia – el problema del fundamento de la relación entre el *ministerio petrino* y los *movimientos eclesiales* y su *colaboración*. Una respuesta exhaustiva se encuentra en la ya mencionada conferencia sobre “Los movimientos eclesiales y su lugar teológico”, pronunciada hace diez años por el cardenal Ratzinger, el 27 de mayo de 1998, con ocasión del primer Congreso mundial de los movimientos eclesiales en Roma.<sup>31</sup> La importancia y la actualidad de sus reflexiones resultaron tan evidentes que el periódico alemán *Deutsche Tagespost* publicó al día siguiente, aunque sin las notas, el texto de la conferencia.<sup>32</sup>

### *La sucesión apostólica*

Para determinar el lugar teológico de los movimientos, el cardenal eligió como punto de partida una aproximación histórica, es decir la relación entre sucesión apostólica y movimientos apostólicos, valorando como insuficiente la dialéctica de los principios (institución/carisma, cristología/pneumatología, jerarquía/profecía). En la investigación orientada a identificar la relación entre ministerios *universales* y *locales* destaca que son “los doce”, llamados más tarde “apóstoles”, los portadores del mandato misionero universal de Cristo. A ellos es confiada la tarea de llevar el mensaje de Cristo *hasta los confines de la tierra* (cfr.

<sup>31</sup> Cfr. M. DELGADO GALINDO, *Movimenti eclesiali, ministero petrino e apostolicità della Chiesa*, Roma 2007.

<sup>32</sup> Cfr. J. RATZINGER, *Die Bewegungen in der Kirche und ihr theologischer Ort*, en: “*Deutsche Tagespost*” 65 (28 de mayo de 1998), 51 (1998) 5-7.

*Hch* 1, 8) y de *hacer de todas las gentes* discípulos de Cristo (cfr. *Mt* 28, 19). Su mandato desconoce límites territoriales: los apóstoles no eran obispos de determinadas Iglesias locales, sino como “apóstoles” enviados a todo el mundo sirven a la edificación de la única Iglesia. El cardenal concluye con la ya célebre afirmación: «La Iglesia universal es anterior a las Iglesias locales, que nacen como realizaciones concretas de aquélla».<sup>33</sup>

De la predicación de los apóstoles nacen las Iglesias locales, que necesitan sus propios responsables que plasmen la vida de la comunidad: deberán garantizar la unidad de la fe con la Iglesia universal y tener abiertas las puertas de la comunidad, para invitar a otros con quien compartir la propia fe. En el curso del tiempo los responsables de las comunidades locales han encontrado una estructura estable y unitaria en la tríada episcopado, presbiterado y diaconado.<sup>34</sup> La presencia de dos tipos de ministerio en la Iglesia naciente, el ministerio estable y el “itinerante”, perdura hasta el siglo segundo, cuando se pone la cuestión de la continuidad de la *sucesión apostólica*. En san Ireneo de Lyon

<sup>33</sup> ID., *Los movimientos eclesiales y su lugar teológico*, cit., 95; cfr. ID. *La Iglesia, una comunidad siempre en camino*, Madrid 1992, 25-26: «La escena de Pentecostés en los Hechos de los Apóstoles presenta el entramado de unidad y multiplicidad, enseñándonos a ver en ello la peculiaridad del Espíritu Santo. El espíritu del mundo significa siempre sumisión; el Espíritu Santo, apertura. A la Iglesia pertenece la multiplicidad de lenguas, o sea la multiplicidad de culturas que en la fe se comprenden y fecundan mutuamente. En ese sentido podemos decir que aquí se perfila el proyecto de una Iglesia que vive en muchas y multiformes Iglesias particulares, pero que así justamente es la Iglesia única. Al mismo tiempo Lucas quiere afirmar con esta representación que, en el momento de su nacimiento, la Iglesia era ya católica, era ya Iglesia universal. Por lo tanto, basándose en Lucas hay que excluir la concepción de que primero habría surgido en Jerusalén una Iglesia particular, a partir de la cual se habrían formado poco a poco otras Iglesias particulares, que luego se habrían asociado gradualmente. Ocurrió lo contrario, nos dice Lucas: primero existió la Iglesia única que habla todas las lenguas: la *ecclesia universalis*, que luego genera Iglesia en los lugares más diversos, las cuales son todas y siempre realizaciones de la sola y única Iglesia. La prioridad cronológica y ontológica pertenece a la Iglesia universal, que, de no ser católica, simplemente no sería Iglesia...»; cfr. también 56-61.

<sup>34</sup> Cfr. ID., *Los movimientos eclesiales y su lugar teológico*, cit., 96.

se puede reconocer la clara conciencia de que, después de la desaparición de los apóstoles “itinerantes”, este “atributo” se pasó a los obispos locales, cuyo ministerio incluye dos elementos fundamentales. De hecho, los sucesores de los apóstoles deben garantizar *la continuidad y la unidad de la fe*, y deben hacerlo en una “continuidad sacramental” y además deben obedecer al mandato de Jesús de hacer discípulos a todas las naciones, llevando el Evangelio hasta los confines de la tierra. A los obispos corresponde hacer que la Iglesia no se transforme en una especie de “federación” de Iglesias locales, sino que mantenga su universalidad y unidad.<sup>35</sup> Existe siempre el peligro de la reducción del ministerio de la *sucesión apostólica* exclusivamente a nivel de Iglesia local, olvidando la universalidad del mandato de Cristo.<sup>36</sup>

### *Los movimientos apostólicos en la historia*

Junto a la forma estable del ministerio episcopal, que asume en sí mismo el servicio apostólico, aparece por primera vez en el siglo tercero una realidad que se podría denominar un *movimiento*, es decir el *monacato*. Una primera analogía con los movimientos de hoy se reconoce en la decisión de los primeros monjes por una *vida evangélica integral*. Como en Antonio, y más tarde en Francisco, existe la voluntad de *vivir el Evangelio en su totalidad*. Ambos quieren vivir seria y rigurosamente el Evangelio al pie de la letra, ambos quieren seguir a Cristo en total pobreza y conformar sus vidas a la suya. Una segunda analogía puede ser vista en el “monaquismo” impulsado por Basilio de Cesarea. Él no quiso crear una propia institución junto a la Iglesia institucional, su “regla” no es tanto una regla para religiosos, sino una regla “eclesial”.<sup>37</sup> Sucede lo mismo con los movimientos de nuestro siglo: no se busca tanto fundar una

<sup>35</sup> Cfr. *ibíd.*

<sup>36</sup> Cfr. ID., *La Iglesia, una comunidad siempre en camino*, cit., 61-77.

<sup>37</sup> Cfr. BENEDICTO XVI, *Audiencia general*, en: “L'Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 6 de julio de 2007, 20.

comunidad particular, sino vivir el cristianismo en su “totalidad”, se busca la Iglesia que obedece al Evangelio y vive de él.<sup>38</sup> Encontramos además en Basilio una tercera analogía con los actuales movimientos, el seguimiento radical de Cristo que se difunde a nivel de Iglesia universal sobrepasando los confines de las Iglesias locales.<sup>39</sup>

Resumiendo, podemos decir que los movimientos en la historia de la Iglesia son una realidad de la misma Iglesia universal que se realiza en la Iglesia particular: nacen del deseo de una vida apostólica integral, vivifican las Iglesias locales y representan una constante referencia para la misión universal.<sup>40</sup>

### *Los movimientos y el papado*

Procediendo en su exposición, el cardenal destaca el nexo histórico del papado con los diferentes movimientos, especialmente en lo que se refiere a la tarea de la evangelización como *dimensión inherente* a la vida evangélica.

Después del monacato primitivo, la historia de la Iglesia conoce *cinco oleadas* de “movimientos” que permiten identificar cuál es su “esencia espiritual”. Desde el pontificado de Gregorio Magno (590-604) hasta el de Gregorio III (731-741) se desarrolla una primera oleada misionera con el envío de Agustín de Canterbury a los anglos paganos en las islas británicas y con la evangelización de las poblaciones germánicas, a la que seguirá en el siglo IX la conversión de los eslavos por obra de Cirilo y

<sup>38</sup> Cfr. J. RATZINGER, *Los movimientos eclesiales y su lugar teológico*, cit., 98.

<sup>39</sup> Cfr. *ibid.*, El cardenal Ratzinger cita a H.U. VON BALTHASAR, *Die gro en Ordensregeln*, Einsiedeln 1994, 47.

<sup>40</sup> J. RATZINGER, *Mirar a Cristo, ejercicios de Fe, Esperanza y Amor*, Valencia 2005, 41: «La Iglesia universal se hace abstracta e irreal si no se representa viva aquí y ahora, en este lugar y en este tiempo, en una comunidad concreta. De esta forma la vocación de los movimientos semejantes, en las “comunidades” particulares, de la clase que sean, es la de vivir una verdadera y profunda catolicidad, incluso renunciando a lo propio, si es necesario. Entonces son ellas mismas Iglesia: lugar donde la fe nace y lugar del renacer de la verdad».

Metodio.<sup>41</sup> Haciendo una valoración del florecimiento del monacato misionero, el cardenal Ratzinger presenta *dos elementos constitutivos* de la realidad “movimiento” que son de máxima importancia para nuestro tema. *El primer elemento*: «El papado no creó los movimientos, pero se convirtió en su apoyo básico en la estructura de la Iglesia, en su rodrigón eclesial».<sup>42</sup> Y añade: «El Obispo de Roma no es sólo obispo de una Iglesia local; su ministerio está referido siempre a la Iglesia universal. Y por ello tiene carácter apostólico en un sentido específico. Ese ministerio debe mantener viva hacia fuera y hacia adentro la dinámica de la misión».<sup>43</sup> El cardenal continúa: «No es casual que desde mediados del siglo II [...] los papas reclamaran y asumieran con creciente claridad esta componente de la misión apostólica. Tampoco es casual que movimientos que sobrepasan el ámbito de la Iglesia local y su estructura se den la mano con el papado».<sup>44</sup> Quisiera decir que el entonces profesor Ratzinger, estudiando la doctrina del primado en san Buenaventura, sostuvo que el “estandarte papal” había sido el factor decisivo para garantizar la difusión y la vivacidad apostólica de las órdenes mendicantes, que se concebían como una fuerza de la Iglesia universal operante en la Iglesia particular.<sup>45</sup> El *segundo elemento constitutivo* de los movimientos surge en el curso del tiempo de su voluntad de vivir una vida apostólica integral, porque «ahora resulta patente que la vida evangélica incluye el ministerio de evangelizar: la pobreza y la libertad de la vida evangélica son condiciones para el servicio del Evangelio, que trasciende la propia patria y su comunidad. Y ese servicio [...] es la meta y la razón íntima par la vida evangélica».<sup>46</sup>

<sup>41</sup> Cfr. ID., *Los movimientos eclesiales y su lugar teológico*, cit., 99.

<sup>42</sup> *Ibid.*

<sup>43</sup> *Ibid.*

<sup>44</sup> *Ibid.*; cfr. A. KNOLL, *Das Papstamt in ökumenischer Perspektive*, 4. Se trata de una conferencia pronunciada el 7 de junio de 2006 en ocasión de un ciclo de conferencias de la Facultad de Teología de la Universidad de Regensburg en preparación para la visita del Papa en Baviera (manuscrito no publicado).

<sup>45</sup> Cfr. J. RATZINGER, *Nuevo Pueblo de Dios*, cit., 58-80.

<sup>46</sup> ID., *Los movimientos eclesiales y su lugar teológico*, cit., 99ss.

Menciono solamente la *segunda oleada* protagonizada por el movimiento de la reforma monástica de Cluny en el siglo X, que también se apoyó en el papado.<sup>47</sup> La *tercera oleada* de movimientos apostólicos coincide con el movimiento franciscano y dominico (siglo XIII).<sup>48</sup> San Francisco no pretendía fundar una nueva orden, quería simplemente llamar a la Iglesia al Evangelio total, reunir el “pueblo nuevo”, renovar a la Iglesia a partir del Evangelio. En su persona se entremezclan inseparablemente los dos significados de la vida evangélica: «El que vive el Evangelio en la pobreza de la renuncia a propiedades y a procrear está obligado, al mismo tiempo, a proclamar el Evangelio».<sup>49</sup> Gracias a santo Tomás de Aquino se hace un notable paso hacia adelante que proviene de la experiencia de las órdenes mendicantes: él, según el modelo de la regla de San Agustín, fundamentada en la cita de los *Hechos de los Apóstoles* “un solo corazón y una sola alma” (4, 32), añade el conocido *discurso de envío* que Jesús dirige a los apóstoles en el Evangelio de Mateo (10, 5-15). El cardenal resume así el modelo de Tomás de Aquino: «La auténtica *vita apostolica* es aquella que sigue las enseñanzas de *Hch* 4 y de *Mt* 10: “La vida apostólica consistió en que los apóstoles, después de haber dejado todo, fueron por el mundo anunciando y predicando el Evangelio como indica *Mt* 10, donde les impone una regla».<sup>50</sup> Este anclarse en la Iglesia universal por parte de las nuevas órdenes se manifiesta en la disputa entre el clero secular de París, que defendía sus propios “intereses” propugnando una concepción empobrecida de la Iglesia, reduciéndola sólo a nivel local. Tal

<sup>47</sup> Cfr. *ibid.*, 100.

<sup>48</sup> Cfr. *ibid.*, 105: «Los movimientos tienen su origen casi siempre en un líder carismático, y se plasman en comunidades concretas que, nutriéndose del carisma originante, viven de forma nueva el Evangelio y no dudan en considerar a la Iglesia como su humus vital sin el que no podrían existir»; cfr. ID., *La Sal de la tierra, ¿Quién es y cómo piensa Benedicto XVI?*, Madrid 2005, 9ª edición, 243.

<sup>49</sup> ID., *Los movimientos eclesiales y su lugar teológico*, cit., 100.

<sup>50</sup> *Ibid.*, 101.

impostación no puede ser tolerada por los nuevos anunciadores que encuentran el respaldo natural en el ministerio universal del Papa, como garante del envío misionero para la edificación de la única Iglesia.<sup>51</sup>

La *cuarta oleada* es del siglo XVI constituida por los movimientos de evangelización de los jesuitas, dominicos y franciscanos en América, Asia y África. Y finalmente, la *quinta oleada* está representada por la fundación de nuevas congregaciones misioneras en el siglo XIX, en el cual el movimiento femenino, que si bien no faltó en los precedentes, reviste una nueva importancia. Estos desarrollos han llevado a ampliar y a profundizar el concepto de “sucesión apostólica”. He aquí el comentario del cardenal: «Ante todo hay que mantener como núcleo de ese concepto la estructura sacramental de la Iglesia en la que ella recibe de continuo la herencia de los apóstoles, la herencia de Cristo. Ella se diferencia de todas las demás instituciones por el sacramento en el que obra Cristo por medio del Espíritu Santo. El sacramento significa que ella vive y es recreada continuamente desde el Señor como “criatura del Espíritu Santo”». <sup>52</sup> Hay que mantener inseparablemente unidos los *dos elementos* del sacramento, es decir sobre todo el elemento *encarnacional-cristológico* que es el vínculo que une a la Iglesia con la unicidad de la Encarnación y el evento pascual, el vínculo del actuar de Dios en la historia. A su vez, está el hacerse presente de este evento por la acción del Espíritu Santo, es decir el componente *cristológico-pneumatológico*, que asegura novedad y al mismo tiempo continuidad a la Iglesia viva. Podemos reconocer aquí la esencia de la sucesión apostólica, es decir, el núcleo originario del concepto sacramental de Iglesia. La reducción de este núcleo a un nivel solamente local lo empobrece fuertemente. El ministerio del sucesor de Pedro supera el nivel de la Iglesia local, porque el Papa no es solamente el obispo de Roma, sino que es obispo para

<sup>51</sup> Cfr. *ibid.*, 102.

<sup>52</sup> *Ibid.*, 103.

la Iglesia entera y en la Iglesia universal. El Papa encarna un aspecto esencial e indispensable del mandato apostólico, es decir, la necesidad de servicios y misiones más allá de los locales, como expresión de la dimensión de la evangelización y en previsión de su realización.<sup>53</sup> «El Papa está referido a esos servicios y ellos a él; y en la co-relación de ambos tipos de misiones se realiza la sinfonía de la vida de la Iglesia». El cardenal sintetiza así su pensamiento: «Podemos resumirlo todo diciendo que la finalidad del primado del sucesor de Pedro es garantizar este componente esencial de la vida de la Iglesia e integrarlo en un contexto armónico con las estructuras eclesialístico-locales».<sup>54</sup>

La necesidad de “servicios” y “misiones” de naturaleza no puramente local justifican la invitación a los movimientos a colaborar con el ministerio apostólico universal del Pontífice. Una mirada retrospectiva nos ha demostrado que, a pesar de las dificultades, las nuevas irrupciones del Espíritu Santo siempre han encontrado su espacio en la Iglesia gracias al ministerio petrino.

### 3. LOS MOVIMIENTOS Y LAS IGLESIAS LOCALES EN EL COMPROMISO MISIONERO

#### *Los movimientos, la comunidad local y el obispo*

La tercera parte de mi conferencia enfrenta la cuestión de cómo se unen las fuerzas de la Iglesia local y las de los movimientos en el compromiso misionero.

Si consideramos bien el origen y la permanente dimensión pneumática del “*ordo*” y el origen igualmente espiritual de los movimientos en la Iglesia, debemos reconocer que no puede nacer un verdadero conflicto *di*

<sup>53</sup> *Ibid.*, 104.

<sup>54</sup> *Ibid.*

*principio* entre movimientos e Iglesia local, en particular en la acción misionera.<sup>55</sup> Es más, las fuerzas de una y de la otra parte deben unirse en la común tarea de evangelizar.<sup>56</sup> También el deseo de vivir una auténtica vida evangélica no puede provocar reales contrastes con los responsables de las Iglesias locales, si bien existe la posibilidad de diferencias de mentalidad y de propuestas práctico-metodológicas. Naturalmente existen riesgos y peligros para ambas partes: para los movimientos existe el riesgo de un cierto encerramiento y unilateralidad, la tendencia al exclusivismo y al absolutismo. Como remedio el cardenal recomienda, en primer lugar, un fecundo intercambio en todos los niveles, en el que le corresponde al obispo un papel importante de mediador, justamente porque tiene la responsabilidad de no extinguir el Espíritu.<sup>57</sup> Por otro lado, es posible que ocurran tensiones con las Iglesias locales a causa de su conformismo con el mundo, de modo que las nuevas realidades, con su vivacidad, perturban la tranquila tibieza de algunas comunidades locales.<sup>58</sup> Pueden también surgir reservas hacia la incondicionada tarea misionera por parte de quién privilegia el compromiso de carácter social, terminando por descuidar la evangelización o colocarla en segundo plano.

¿Cuál es el papel y la tarea del obispo? Como actitud general el cardenal pide a los obispos tener abiertas las puertas y dejar espacio a las diversas aproximaciones y caminos.<sup>59</sup> Los obispos no deben olvidar que

<sup>55</sup> Cfr. ID., *Los Movimientos, la Iglesia, el Mundo*, cit., 223: «Los pastores no son sólo personas que desempeñan un determinado cargo, son ellos mismos carismáticos, son responsables de la apertura de la Iglesia a la acción del Espíritu Santo. Nosotros, los obispos, somos ungidos en el sacramento por el Espíritu Santo, y el sacramento nos garantiza, por tanto, también la apertura a los dones del Espíritu Santo».

<sup>56</sup> Cfr. ID., *Los movimientos eclesiales y su lugar teológico*, cit., 91; cfr. BENEDICTO XVI, *Discurso a obispos amigos del Movimiento de los Focolares y de la Comunidad de San Egidio*, en: "L'Osservatore Romano", ed. en lengua española, 16 de febrero de 2007, 10.

<sup>57</sup> Cfr. J. RATZINGER, *La sal de la tierra*, cit., 300; ID., *Los Movimientos, la Iglesia, el Mundo*, cit., 230.

<sup>58</sup> Cfr. ID., *Los movimientos eclesiales y su lugar teológico*, cit., 106.

<sup>59</sup> Cfr. ID., *Informe sobre la fe*, cit., 21; ID., *Dios y el mundo*, cit., 430-431; ID., *Los Movimientos, la Iglesia, el mundo*, cit., 230.

las nuevas “irrupciones” son dones del Espíritu Santo para toda la Iglesia y deben ser aceptados como tales. Como en el caso del monacato, no hay que temer que los movimientos rompan la unidad de la Iglesia con su obispo;<sup>60</sup> es tarea de cada obispo, como padre y pastor de la Iglesia particular, acompañar a los movimientos con comprensión y generosidad, que deben ser sus virtudes fundamentales, excluyendo cualquier actitud de desconfianza o superioridad intelectual.<sup>61</sup> Esto es lo que el papa Benedicto XVI ha pedido a los obispos alemanes y que es el tema de este seminario: *Os pido que salgáis al encuentro de los movimientos con mucho amor*.<sup>62</sup> El seguimiento constante de los movimientos sirve para mantener la unidad en la Iglesia, ayuda a superar los enclaustramientos y conlleva también la tarea de discernir y corregir.<sup>63</sup> El obispo tiene la obligación de integrar lo “particular” en el “conjunto” de la Iglesia local.<sup>64</sup> El criterio esencial de discernimiento es el arraigo en la fe

<sup>60</sup> Cfr. ID., *Los Movimientos, la Iglesia, el mundo*, cit., 233-234.

<sup>61</sup> Cfr. ID., *Los movimientos eclesiales y su lugar teológico*, cit., 107: «Por último, no se debe establecer una ilustración indiferente que lance el anatema de fundamentalismo al cielo del alcanzado por el Espíritu Santo ni a su fe sin prejuicios en la palabra de Dios, y que admite sólo una fe en la que los modos son más importantes que la sustancia misma de lo creído».

<sup>62</sup> BENEDICTO XVI, *Discurso al segundo grupo de obispos de Alemania en visita “ad limina”*, en: “L'Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 24 de noviembre de 2006, 4: «Después del Concilio, el Espíritu Santo nos ha regalado los “movimientos”. A veces al párroco o al obispo les pueden parecer algo extraños, pero son lugares de fe en los que los jóvenes y los adultos experimentan un modelo de vida en la fe como oportunidad para la vida de hoy. Por eso os pido que salgáis al encuentro de los movimientos con mucho amor. En ciertos casos hay que corregirlos, insertarlos en el conjunto de la parroquia o de la diócesis, pero debemos respetar sus carismas específicos y alegrarnos de que surjan formas comunitarias de fe en las que la palabra de Dios se convierte en vida».

<sup>63</sup> Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen Gentium*, n. 23; J. RATZINGER, *Los Movimientos, la Iglesia, el Mundo*, cit., 230-231: «Con una guía prudente, firme y, al mismo tiempo, generosa encontraremos las respuestas necesarias».

<sup>64</sup> Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Decreto sobre el ministerio pastoral de los obispos en la Iglesia *Christus Dominus*, n. 17; J. RATZINGER, *Dios y el mundo*, cit., 431: «Para eso precisamente está el pontificado y el episcopado, por un lado para garantizar la amplitud y, por otro, para romper esas oclusiones, que conducirían a lo sectario, e integrarlas en el conjunto».

de la Iglesia. El obispo con su actitud debe ayudar la Iglesia local a acoger con brazos abiertos los dones del Espíritu Santo.<sup>65</sup> El obispo, como representante de la Iglesia universal en la Iglesia local, debe tener abiertas las puertas hacia la catolicidad, debe tener un vivo compromiso misionero *ad extra* y *ad intra* y eso quiere decir que debe apoyar y favorecer todo impulso misionero.<sup>66</sup>

Pero también los obispos a veces necesitan ser corregidos, en el caso de que pretendan la uniformidad absoluta en la organización y en la programación pastoral. En este sentido el cardenal advierte: «No deben convertir sus propios planes pastorales en la medida de lo que le está permitido obrar al Espíritu Santo. El exceso de planificaciones podría hacer que las Iglesias resultaran impermeables al Espíritu de Dios, a la fuerza de la que ellas viven».<sup>67</sup> Lo mismo vale para ciertas “orientaciones” o “líneas pastorales” de las Conferencias Episcopales: «También ellos han de atenerse a las reglas de San Pablo: “No extingáis el espíritu [...] examinadlo todo, retened lo que es bueno” (1 Tes 5, 19.21). Tampoco aquí puede haber ningún uniformismo de planes pastorales, sino que hay que dejar espacio a la multiplicidad, no raras veces indudablemente fatigosa, de los dones de Dios; salvando naturalmente el criterio de la unidad de la fe».<sup>68</sup> El cardenal comenta así el impetuoso apelo a la *comunidad* en el caso de posibles divergencias: «Un concepto de unidad de la Iglesia en el que se desprestigien por principio como polarización los conflictos y donde se

<sup>65</sup> ID., *Los movimientos eclesiales y su lugar teológico*, 105: «Quien no comparte la fe apostólica tampoco puede reivindicar una actuación apostólica. Puesto que la fe es sólo una para toda la Iglesia, más aún: obra su unidad, la fe apostólica lleva aparejada necesariamente la voluntad de unidad, de apostar por los sucesores de los apóstoles y por el sucesor de Pedro, que es responsable de que la Iglesia local y la Iglesia universal funcionen como el pueblo de Dios, que es uno»; cfr. ID., *Los Movimientos, la Iglesia, el Mundo*, cit., 223.

<sup>66</sup> Cfr. ID., *La Iglesia*, cit., 59: «El Obispo representa ante la Iglesia local a la Iglesia universal, y ante la Iglesia universal a la Iglesia local; por tanto, sirve a la unidad. No tolera que la Iglesia local se encierre en sí misma, sino que la abre al todo y la inserta en el todo, de tal manera que las fuerzas vivificadoras de los carismas puedan afluir a ella y brotar de ella».

<sup>67</sup> ID., *Los movimientos eclesiales y su lugar teológico*, cit., 107.

<sup>68</sup> ID., *La Iglesia*, cit., 60.

consiga la calma interior mediante la renuncia a la totalidad del testimonio pronto se demostrará engañoso». <sup>69</sup> La acción del Espíritu Santo sigue siendo *el* punto de referencia para las dos partes: «Las dos partes deben dejarse educar por el Espíritu Santo y también por la autoridad eclesiástica, deben aprender el olvido de sí mismos sin el cual no es posible el consenso interior a la multiplicidad de formas que puede adquirir la fe vivida. Las dos partes deben aprender una de la otra a dejarse purificar, a soportarse y a encontrar la vía que conduce a aquellas conductas de las que habla Pablo en el himno de la caridad (1 Cor 13, 4ss.)». <sup>70</sup>

### *El papel y la tarea de los movimientos*

La última cuestión puede ser formulada con esta pregunta: ¿Cómo pueden los movimientos reforzar la colaboración con el ministerio apostólico universal del Papa considerando que el lugar de su acción es, en realidad, la Iglesia local?

Más de una vez he mencionado que el primer y fundamental presupuesto es el anclaje en la auténtica fe de la Iglesia: <sup>71</sup> «Quien no com-

<sup>69</sup> ID., *Los movimientos eclesiales y su lugar teológico*, cit., 107.

<sup>70</sup> *Ibid.*, Cfr. BENEDICTO XVI, *A los párrocos y sacerdotes de la diócesis de Roma*, en: “L’Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 2 de marzo de 2007, 11: «La primera regla: no extinguir los carismas, estar agradecidos, aunque sean incómodos. La segunda regla es esta: la Iglesia es una; si los movimientos son realmente dones del Espíritu Santo, se insertan y sirven a la Iglesia, y en el diálogo paciente entre pastores y movimientos nace una forma fecunda, donde estos elementos llegan a ser elementos edificantes para la Iglesia de hoy y de mañana. Este diálogo se desarrolla en todos los niveles [...] Estemos agradecidos al Espíritu Santo por los dones que nos ha dado. Seamos obedientes a la voz del Espíritu, pero seamos también claros al integrar estos elementos en la vida: este criterio sirve, al fin, a la Iglesia concreta, y así, con paciencia, con valentía y con generosidad el Señor ciertamente nos guiará y nos ayudará».

<sup>71</sup> Cfr. J. RATZINGER, *Los movimientos eclesiales y su lugar teológico*, cit., 105; cfr. también ID., *Mirar a Cristo*, cit., 41ss.: «Por otra parte una conducta similar debe ser realmente católica, es decir, llevar en sí misma la vida y la fe de todos los lugares y de todos los miembros. Si no hunde sus raíces en este fundamento común, se convierte en sectorial e insensata».

parte la fe apostólica no puede llevar adelante la actividad apostólica». <sup>72</sup> Para desarrollar sus actividades apostólicas un movimiento debe buscar continuamente la unidad con el obispo local, pidiendo el consentimiento y consultando sobre los diversos proyectos. ¡No se puede evangelizar en contra de la Iglesia local! El diálogo con el obispo sirve para arraigarse cada vez más en la diócesis para no ser un cuerpo extraño. El apelo a la “colaboración” por parte del Papa conlleva también la inserción en proyectos ya existentes, colaborando con los responsables locales y también con otros movimientos. Una fecunda cooperación requiere también el conocimiento de la situación pastoral, una formación adecuada y la renuncia a la simple “exportación” de modelos o mentalidades ajenas a la diócesis.

Quisiera recordar una última exhortación del cardenal Ratzinger sobre el papel de los movimientos como *minorías activas y creativas*: «Son pequeños, pero saben que los pequeños son capaces de cambiar el mundo... en fin de cuentas, la humanidad depende siempre de minorías activas. Lo esencial es que exista una minoría activa en sentido positivo. Éste, según mi parecer, es el verdadero desafío, y estos grupos – que tienen impulso misionero a pesar de su número escaso – pueden animarnos a todos nosotros a ser fermento de la vida del Evangelio en el mundo». <sup>73</sup> Creo que se entiende la acogida tan abierta del cardenal Ratzinger y del papa Benedicto XVI no sólo por la valoración de los

<sup>72</sup> *Ibid.*

<sup>73</sup> ID., *Los Movimientos, la Iglesia, el Mundo*, cit., 255; cfr. ID., *Carta a Marcello Pera*, en M. PERA - J. RATZINGER, *Sin raíces, Europa, Relativismo, Cristianismo, Islam*, Barcelona 2006, 116-117: «Una cosa viva solo puede surgir de otra cosa viva. Pues bien, es aquí donde yo veo la importancia de las minorías creativas [...] Por eso es tan importante que, en la Iglesia misma y para la Iglesia misma, pero también y sobre todo más allá de la Iglesia, y en bien de la sociedad, existan unas minorías convencidas: unas personas que, en el encuentro con Cristo, hayan encontrado la perla preciosa (véase Mt 13, 45ss.) que dé valor a toda la vida, de manera que los imperativos cristianos no sean ya un lastre que inmoviliza la persona, sino, más bien, unas alas que lo llevan hacia lo alto [...] Tales minorías creativas no tienen nada de sectario, sino que, a través de su capacidad para convencer y de su alegría, ofrecen a los demás un modo diverso de ver las cosas y llegar a todos».

movimientos como frutos “positivos” del Concilio Vaticano II, sino también por la esperanza de que nazcan nuevas formas de fraternidad cristiana.<sup>74</sup> El joven profesor de Dogmática y Teología Fundamental de Frisinga ya señala en 1958, en un pequeño libro, la fraternidad cristiana como principio vivificante y correctivo al interno de la comunidad eclesial con consecuencias incisivas para la vida de la parroquia y de todos los grupos eclesiales.<sup>75</sup> Alentar y apoyar los nuevos movimientos como *células de fraternidad cristiana* y *elementos de fermento*, abiertos y orientados a la obra de evangelización: ¡este es uno de los “grandes proyectos” del cardenal Ratzinger y del papa Benedicto XVI!

### *El Consejo Pontificio para los Laicos y los movimientos*

Concluyo mis reflexiones citando las palabras del cardenal Ratzinger, hace diez años, en nuestro primer seminario: «El primado y el episcopado, la estructura eclesiástico-local y los movimientos apostólicos se necesitan de modo recíproco. El primado sólo puede vivir en y con un episcopado vivo. El episcopado sólo puede conservar su unidad dinámica y apostólica sintonizando con el primado. Cuando uno de los polos se debilita, padece la Iglesia en su totalidad».<sup>76</sup>

<sup>74</sup> Cfr. J. RATZINGER, *La fraternidad de los cristianos*, Salamanca 2004, 89-91.

<sup>75</sup> *Ibid.*, 90. El autor cita el libro del exegeta alemán HEINZ SCHÜRMAN, *Gemeinde als Bruderschaft im Lichte des Neuen Testaments*, en: “Diaspora, Gabe und Aufgabe, hrsg. vom Generalvorstand des Bonifatiusvereins”, Paderborn 1955, 24ss. En referencia a la renovación de la parroquia, se asocia a una observación de Schürmann: «Hoy sigue siendo un reto fundamental renovar en las comunidades formas de vida eclesial común que complementen la asamblea de culto y favorezcan el contacto fraternal directo [...] por mucho que en las parroquias esté presente de algún modo la fraternidad en asociaciones o en organizaciones particulares, será necesario organizar de vez en cuando encuentros generales, donde se manifieste de hecho la unidad más grande de la parroquia. La organización particular sólo justifica su existencia en la medida en que se comprende como algo que conduce a la fraternidad de toda la comunidad».

<sup>76</sup> J. RATZINGER, *Los movimientos eclesiales y su lugar teológico*, cit., 107.

La “ inserción ” de las nuevas realidades eclesiales parece, a veces, la *quaestio maxime disputata* en el diálogo del Consejo Pontificio para los Laicos con los obispos, especialmente durante las visitas *ad limina*. Como demuestra la historia y la situación actual, los dones del Espíritu Santo para la Iglesia no pueden ser considerados un *problema*, sino que deben ser acogidos como un *enriquecimiento* para todas las Iglesias locales y una nueva *oportunidad* para la evangelización en nuestro tiempo. El Consejo Pontificio para los Laicos quiere ser la “ casa común ” de todas las realidades asociativas de la Iglesia y su constante *punto de referencia*. El Consejo se concibe como expresión concreta de la cercanía y preocupación pastoral del Papa y ofrece su ayuda para superar las incomprensiones y las dificultades que puedan surgir en las Iglesias locales. El reconocimiento pontificio de los movimientos por parte de nuestro dicasterio no es el cumplimiento de una mera formalidad ni es para conseguir más prestigio, sino que expresa con un acto jurídico un vínculo más fuerte con la Sede de Pedro y una colaboración activa en sus necesidades.

Nuestro deseo es que todos, miembros de las nuevas comunidades eclesiales, pero también los obispos y sacerdotes, nos convirtamos cada vez más en cooperadores del ministerio apostólico universal del Papa.

## **II. Reflexiones y testimonios**

### **II.1. La tarea de los Pastores respecto a los movimientos**



## Discernimiento de los carismas: algunos criterios prácticos

Mons. ALBERTO TAVEIRA CORRÊA\*

### *Los carismas en la Iglesia*

Todos conocen los criterios de eclesialidad para las asociaciones de fieles formulados en la Exhortación apostólica *Christifideles Laici*. En esta charla se me ha pedido indicar más bien los criterios prácticos, basados en mi experiencia pastoral. Ante todo quiero recordar brevemente los cinco criterios de la *Christifideles Laici* (n. 30): toda agregación de fieles está llamada a ser instrumento de santidad en la Iglesia; las asociaciones sean espacios de anuncio y de propuesta de la fe y de educación de la misma en su contenido integral; testimonien una comunión sólida y convincente, en relación filial con el Papa y con el obispo y una estima por todas las formas de apostolado en la Iglesia; demuestren impulso misionero por la nueva evangelización; se comprometan en la sociedad, en el servicio de la dignidad del ser humano.

A lo largo de la historia de la Iglesia el Señor no ha dejado de repetir su Palabra, pronunciándola cada vez con “palabras” nuevas. A través de los diversos carismas, Dios sigue todavía hoy dirigiéndonos su palabra, por medio de testimonios concretos en la vida de la Iglesia. Todos los carismas, grandes y pequeños, son llamados a llevar la Palabra a los hombres de nuestro tiempo, sobre todo la palabra de la caridad. En efecto, éstos han sido dados a una persona o a un grupo de personas “para” los otros y “para” la Iglesia, pero en ningún caso para acrecentar la propia vanagloria. Se trata de dones especiales del Espíritu

\* Arzobispo de Palmas, Brasil.

que pueden ser destinados a todo tipo de fieles, para que sean capaces y estén dispuestos a asumir obras y tareas útiles para la renovación y el crecimiento de la Iglesia, en la caridad: «siendo sinceros en el amor, crezcamos en todo hasta Aquel que es la Cabeza, Cristo, de quien todo el Cuerpo recibe trabazón y cohesión por medio de toda clase de juntas que llevan la nutrición según la actividad propia de cada una de las partes, realizando así el crecimiento del cuerpo para su edificación en el amor» (*Ef* 4, 15-16). En cierto sentido, entonces, el Evangelio podría ser nuevamente escrito con las palabras vividas por la Iglesia, florecidas en el jardín de las diversas expresiones de la gracia como actividad y manifestaciones del Espíritu, todas al servicio de la única Iglesia.<sup>1</sup> Los carismas son así expresiones del Espíritu, vienen de Dios para el bien común y en particular para la edificación de la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo; por lo tanto son indispensables para la construcción de la comunidad cristiana, al punto tal que Pablo invita a los destinatarios de sus cartas a pedirlos a Dios (cfr. *1 Co* 12, 31; 14, 1.39; *Tm* 3, 1). Los carismas conducen a Cristo y al crecimiento en la caridad (cfr. *Ef* 4, 16), sin la cual no tendrían sentido (cfr. *1 Co* 13, 1-13).<sup>2</sup>

### *La relación con la Iglesia local*

Sobre este punto, el Documento Conclusivo de la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, llevado a cabo en Aparecida en marzo de 2007, contiene algunas indicaciones claras: «Para aprovechar mejor los carismas y servicios de los movimientos eclesiales en el campo de la formación de los laicos, deseamos respetar sus carismas y su originalidad, procurando que se integren más plena-

<sup>1</sup> Cfr. P. FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, *El sentido teológico del Carisma* en: “Ciencia Tomista” 109 (1982/1).

<sup>2</sup> Cfr. G. RAMBALDI, *Uso e significato di «carisma» nel Vaticano II. Analisi e confronto di due passi conciliari sui carismi*, en: “Gregorianum” 56 (1975), 141-162.

mente a la estructura originaria que se da en la diócesis. A la vez, es necesario que la comunidad diocesana acoja la riqueza espiritual y apostólica de los movimientos. Es verdad que los movimientos deben mantener su especificidad, pero dentro de una profunda unidad con la Iglesia particular, no sólo de fe sino de acción. Mientras más se multiplique la riqueza de los carismas, más están llamados los obispos a ejercer el discernimiento pastoral para favorecer la necesaria integración de los movimientos en la vida diocesana, apreciando la riqueza de su experiencia comunitaria, formativa y misionera [...]».

### *Discernimiento*

El juicio sobre los carismas, sobre su autenticidad y compromiso adecuado, corresponde a la autoridad eclesiástica. Necesitamos instrumentos de diálogo para que la acción del Espíritu Santo se pueda reconocer y se puedan corregir eventuales abusos. Todos los carismas iluminan y otorgan vitalidad a la Iglesia, ante todo contribuyendo a la formación del hombre nuevo y la evangelización, también por medio del testimonio de las familias, de tantas formas de consagración a Dios, obras de caridad y misiones. Como constataba Juan Pablo II en la encíclica *Redemptoris Missio*, la Iglesia se enriquecerá gracias a estas nuevas realidades: «Cuando se integran con humildad en la vida de las Iglesias locales y son acogidos cordialmente por obispos y sacerdotes en las estructuras diocesanas y parroquiales, los movimientos representan un verdadero don de Dios para la nueva evangelización y para la actividad misionera propiamente dicha» (n. 72).

Soy arzobispo de Palmas, en Brasil, una arquidiócesis creada en el año 1996 que tiene su sede en una ciudad de reciente fundación, planificada por las instituciones civiles: un gran desafío misionero donde se ofrecen todas las oportunidades para la nueva evangelización. Poco antes de llegar había sido nombrado asistente nacional de la Renovación Carismática Católica de la Conferencia Episcopal Brasileña y estaba

acrecentando el contacto con las nuevas comunidades nacidas en los últimos años en la Iglesia. Yo mismo reconozco mi origen espiritual en el carisma de la unidad, el Movimiento de los Focolares. No era difícil presagiar que mi ministerio episcopal se habría caracterizado por las relaciones con las diversas expresiones de la vida eclesial. Ante todo, he dado inicio a todas las estructuras necesarias para la vida eclesial: las parroquias, la formación del clero, la construcción de las Iglesias. No era posible ignorar la necesidad de instituciones educativas, y por ello tomé contacto con algunas congregaciones religiosas: hoy día en la diócesis contamos con diez escuelas católicas. Para iniciar la obra de la evangelización, tanto en la ciudad como en las zonas más alejadas, he puesto en marcha una cooperación con las nuevas comunidades que hoy en día son catorce y se sirven de la obra de unos doscientos misioneros. Me he ocupado también de los medios de comunicación, con la creación de una emisora de radio así como del necesario soporte técnico para que llegara a nuestro territorio la señal de las grandes redes de televisión católicas. Un criterio fundamental ha sido el de mantener una mentalidad abierta, para acoger todas las manifestaciones de vida apostólica en sintonía con las orientaciones de la Iglesia. Es una Iglesia con las puertas abiertas en el respeto de la diversidad. La Iglesia no tiene propietarios exclusivos.

Los nuevos carismas, sobre todo aquellos de fundación reciente, son garantizados por los frutos ya maduros en las diócesis de origen, por su historia y presencia en la obra de la evangelización. Las estructuras de comunión, como los consejos a todos los niveles, son indispensables: personas individuales, organizaciones pastorales, congregaciones religiosas, movimientos y comunidades están invitados a encontrar su lugar. Los carismas en sí mismos no se libran de crisis personales o de grupo, ni de eventuales divisiones. No hay que escandalizarse de los defectos, sino que hay que ejercitar la misericordia pastoral, como una verdadera “alianza de misericordia”. La relación personal del obispo con las diversas expresiones carismáticas está garantizada por cuatro

encuentros anuales con las nuevas comunidades para la formación y el intercambio de experiencias y orientaciones espirituales y pastorales. Un diálogo ininterrumpido es fundamental para el crecimiento de las nuevas realidades, generando así un clima de confianza recíproca. Los movimientos y las nuevas comunidades deben *asumir responsabilidades claras, según los diversos dones*: nueva evangelización, educación, sanidad, misiones. Los carismas son dones para los demás y para la Iglesia.

### *Conclusión*

Estamos afrontando una cuestión que continuamente se vuelve a presentar en la Iglesia. Benedicto XVI y Juan Pablo II nos han iluminado indicándonos el camino. Benedicto XVI destacó el 25 de marzo de 2006: «El ícono de la Anunciación, mejor que cualquier otro, nos permite percibir con claridad cómo todo en la Iglesia se remonta a ese misterio de acogida del Verbo divino, donde, por obra del Espíritu Santo, se selló de modo perfecto la alianza entre Dios y la humanidad. Todo en la Iglesia, toda institución y ministerio, incluso el de Pedro y sus sucesores, está “puesto” bajo el manto de la Virgen, en el espacio lleno de gracia de su “sí” a la voluntad de Dios. Se trata de un vínculo que en todos nosotros tiene naturalmente una fuerte resonancia afectiva, pero que tiene, ante todo, un valor objetivo. En efecto, entre María y la Iglesia existe un vínculo connatural, que el concilio Vaticano II subrayó fuertemente con la feliz decisión de poner el tratado sobre la santísima Virgen como conclusión de la constitución *Lumen Gentium* sobre la Iglesia». <sup>3</sup> Cuando era cardenal nos ayudó a comprender mejor a la Iglesia: «La Iglesia no es un aparato; no es simplemente una institución... Ella es Mujer. Es Madre. Es viviente. La comprensión mariana de la Iglesia es el más fuerte y decisivo contraste a un concepto de Igle-

<sup>3</sup> BENEDICTO XVI, *Homilía durante la misa concelebrada con los nuevos cardenales*, en: “L’Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 31 de marzo de 2006, 5ss.

sia puramente organizativo o burocrático. Nosotros no podemos hacer la Iglesia, sino debemos ser Iglesia. La Iglesia, en los orígenes, nace del “fiat” que brota en el alma de María. Éste es el deseo más profundo del Concilio: que la Iglesia se despierte en nuestras almas. María nos indica el camino».<sup>4</sup> Para el siervo de Dios Juan Pablo II, «no existe contraste o contraposición en la Iglesia entre la *dimensión institucional* y la *dimensión carismática*, de la que los movimientos son una expresión significativa. Ambas son igualmente esenciales para la constitución divina de la Iglesia fundada por Jesús, porque contribuyen a hacer presente el misterio de Cristo y su obra salvífica en el mundo».<sup>5</sup> También en 1998, el mismo Papa en una catequesis sobre los signos de esperanza decía: «En el umbral del nuevo milenio, redescubrimos con alegría el ‘perfil mariano’ de la Iglesia, que sintetiza el contenido más profundo de la renovación conciliar».<sup>6</sup>

<sup>4</sup> J. RATZINGER, *Die Ekklesiologie des Zweiten Vatikanums*, en: “Communio” 15 (1986) 41-52, citado en Brendan Leahy, *Il principio mariano della Chiesa*, Roma 1999, 216.

<sup>5</sup> JUAN PABLO II, *Mensaje a los participantes en el Congreso mundial de movimientos eclesiales*, 1998, en: “L’Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 5 de junio de 1998, 11.

<sup>6</sup> ID., *Audiencia general*, en: “L’Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 27 de noviembre de 1998, 3, n. 5.

## Acogida de los movimientos y de las nuevas comunidades en las Iglesias particulares

Mons. DOMINIQUE REY\*

Desde hace ocho años soy obispo de Fréjus-Toulon, en el sur de Francia, una diócesis formada por ciento cincuenta parroquias servidas por ciento ochenta párrocos activos, con una población de aproximadamente un millón doscientos mil habitantes. La diócesis acoge nuevas comunidades y movimientos eclesiales desde hace más de veinte años. Mis predecesores se dirigieron a estas nuevas realidades para encontrar un remedio a la falta de vocaciones sacerdotales y religiosas y para responder a las necesidades pastorales crecientes debidas al aumento de la población. Para nosotros es normal acoger las nuevas realidades asociativas, además porque casi dos tercios de la población del Var no es originaria de la provincia. Actualmente, los movimientos y nuevas comunidades están profundamente insertados en la vida de la Iglesia local. El cincuenta por ciento de los sacerdotes jóvenes y el cincuenta por ciento de los seminaristas son miembros o están afiliados a nuevas comunidades; el porcentaje alcanza el sesenta por ciento para la vida consagrada. Un tercio de las parroquias está animado por grupos que pertenecen a alguna nueva realidad eclesial. Esta situación me ha impulsado a confiar la responsabilidad del acompañamiento y del cuidado de estas comunidades a un equipo diocesano adecuadamente formado en las problemáticas espirituales, canónicas y pastorales que requiere una acogida de este tipo. Por otro lado, uno de los vicarios generales del Consejo episcopal proviene de una nueva comunidad,

\* Obispo de Fréjus-Toulon, Francia.

como también el delegado episcopal para la vida consagrada. El rol de los movimientos y comunidades en la renovación de la pastoral es indiscutible, en particular en la acción misionera y en el testimonio evangélico, pero una acogida efectiva presupone una lectura crítica que subraye tanto el aporte decisivo de las nuevas realidades a la nueva evangelización, como las dificultades y los desafíos que se deben afrontar juntos. Espero que mi intervención contribuya al discernimiento eclesial necesario para “acoger con amor” a las nuevas comunidades y a los nuevos movimientos eclesiales, según las aspiraciones del papa Benedicto XVI.

La nueva evangelización, lanzada por Juan Pablo II para responder al sufrimiento espiritual y moral de nuestra sociedad, es la tarea más importante de la Iglesia en tiempos como los nuestros: «¡Iglesia en Europa, te espera la tarea de la ‘nueva evangelización’!».<sup>1</sup> Vemos así multiplicarse iniciativas para la evangelización, nacen nuevas realidades eclesiales animadas por un espíritu misionero.

Por “nuevas realidades eclesiales” entiendo comunidades o movimientos nacidos después del Concilio Vaticano II y reconocidos por la Iglesia, provistos de estatutos aprobados por la autoridad competente. Desde el punto de vista canónico su fisonomía es diferente, según su propuesta de vida y apostolado: asociaciones de fieles, asociaciones clericales, institutos de vida consagrada, congregaciones religiosas...

La acogida de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades se basa en dos directrices: Ante todo se trata de promover la nueva evangelización en un país de antigua tradición cristiana, pero que actualmente se caracteriza por el secularismo. Hasta hace cincuenta años la Iglesia vivía en un contexto cristiano. Los símbolos, las representaciones y los comportamientos sociales, la cultura en su conjunto estaban radicados en un *ethos* de inspiración cristiana. Hoy estos referentes son cuestionados profundamente: los fundamentos y la gramática

<sup>1</sup> JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Iglesia en Europa*, n. 45.

de la vida ya no están sostenidos por una antropología y una ética cristiana. La evangelización debe desarrollarse dentro de un nuevo paradigma: la post-modernidad, que nos llama “ a partir de nuevo desde Cristo ” anunciándolo con una nueva evangelización: «nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión».<sup>2</sup> Definiría entonces la nueva evangelización como un nuevo encuentro, a través de la acción de la Iglesia, entre la novedad del Evangelio y la cultura en transformación.

Además urge redescubrir el misterio de la Iglesia en una espiritualidad de comunión, que según Juan Pablo II es la grande prospectiva de la Iglesia del tercer milenio. De hecho, la acogida de los carismas se realiza en espíritu de comunión. Éstos se presentan como dones para la santificación de los cristianos, la edificación de la Iglesia y el despliegue de su misión. En la Carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, Juan Pablo II declaraba que «esta perspectiva de comunión está estrechamente unida a la capacidad de la comunidad cristiana para acoger todos los dones del Espíritu» (n. 46), en una relación de reciprocidad entre las diversas vocaciones eclesiales.

## 1. LAS NUEVAS COMUNIDADES: UN DON DEL ESPÍRITU

### *La importancia de madurar una fe personal*

Las nuevas realidades eclesiales ponen en evidencia la dimensión de la elección: proponiendo un camino de adhesión a Cristo y a la Iglesia a través de pasajes o etapas sucesivas, subrayando cómo la vida cristiana es la respuesta a una llamada que interesa a la persona en su totalidad. Desde este punto de vista las nuevas realidades eclesiales son lugares de evangelización. Desarrollan una “ pastoral del encuentro ” con Cristo, una

<sup>2</sup> Cfr. ID., *Discurso a la Asamblea del CELAM*, 9 de marzo de 1983, en: “ Insegnamenti ”, VI, 1 (1983), 698.

pastoral del nuevo despertar de los bautizados y del compromiso cristiano como camino de santidad, entendida como unión a Cristo: «Cada misionero lo es auténticamente si se esfuerza en el camino de la santidad».<sup>3</sup> La nueva evangelización es vivida entonces como una propuesta de santificación, que consiste en dejarse transformar por la gracia. En las nuevas comunidades y en los nuevos movimientos eclesiales se hace pública y explícita la opción por Dios. Se sale de la autosuficiencia y autojustificación para confiarse al amor de Dios, para que se convierta en la medida de la vida. «Nosotros, queridísimos, *vivimos en un período* en que se siente, se experimenta un enfrentamiento radical – y esto lo digo porque es también mi experiencia de muchos años – *un enfrentamiento radical que se impone en todas partes*. No existe una única edición, existen muchas en el mundo: fe y antifé, evangelio y antievangelio, Iglesia y antiiglesia, Dios y antidios, por decirlo de alguna forma. No existe un antidios en el hombre, se puede crear en el hombre la negación radical de Dios. Así pues, nosotros vivimos esta experiencia histórica, y ahora mucho más que en épocas anteriores.

*En esta época nuestra, tenemos necesidad de redescubrir una fe radical, radicalmente comprendida, radicalmente vivida y radicalmente realizada.* Necesitamos una fe así. Espero que vuestra experiencia haya nacido en esta perspectiva y pueda guiar hacia una sana radicalización de nuestro cristianismo, de nuestra fe, hacia un auténtico radicalismo evangélico».<sup>4</sup> Las nuevas realidades eclesiales le recuerdan a la Iglesia la novedad del Evangelio y la llaman a una vida auténticamente cristiana. La propuesta de radicalismo evangélico, vivida en pequeñas comunidades, arrastra con su fuerza de atracción a las comunidades cristianas tradicionales, ayudándoles a salir del desánimo.

<sup>3</sup> ID., Carta encíclica *Redemptoris Missio*, n. 90.

<sup>4</sup> Cfr. ID., *Discurso a los grupos neocatecumenales de la Parroquia de Nuestra Señora del SS. Sacramento y de los Santos Mártires Canadienses en Roma*, en: *El Camino Neocatecumenal según Pablo VI y Juan Pablo II*, Edición preparada por Ezechiele Pasotti, Madrid 1995, 41.

*La revitalización del tejido eclesial, o la promoción de una verdadera espiritualidad de comunión*

Nuestra sociedad está sufriendo una progresiva descomposición de las relaciones, una “atomización”. A la tendencia hacia la mundialización de las redes de comunicación corresponde el proceso de privatización de la existencia. El ultraliberalismo exalta el individuo, sus deseos y sus derechos, pero pierde el sentido de la alteridad. El otro se convierte en indiferente y anónimo. Estas tendencias a nivel eclesial causan un proceso de división de las comunidades cristianas. Nuestras parroquias sufren frecuentemente un grave déficit de fraternidad y comunión. Como subraya Juan Pablo II, se necesita «hacer de la Iglesia *la casa y la escuela de la comunión*: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza».<sup>5</sup> El gran éxito de la mayor parte de los movimientos eclesiales y nuevas comunidades se debe al hecho de que han sabido desarrollar un *ars vivendi* específicamente cristiano. La fe como decisión personal radica en la dimensión comunitaria de fe y caridad, según la lógica del don: el don de sí mismo a Cristo para crecer juntos hacia el Señor, acogiendo a los hermanos y hermanas como un don de Dios. La comunidad constituye una especie de “ecosistema”, una estructura de socialización humana y religiosa, que favorece un modelo de vida y de comportamiento que es cada vez más raro, incluso en las familias. Así el cristiano puede distinguir valores y anti-valores, discernir cada aspecto y episodio de su vida. Aprende a darle espacio al hermano, a escucharlo, aceptándolo en su diversidad. El compartir tiempos dedicados gratuitamente a la vida fraterna, la importancia de la interioridad en la vida comunitaria, de la Palabra de Dios recibida y escrutada juntos, la atención por cada uno, en particular por los pobres, el cuidado por la vida familiar, la transmisión de la fe a las nuevas generaciones... testimonian el “vivir juntos” la fe, esa fe de

<sup>5</sup> ID., Carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, n. 43.

comunidad a la que nos llama la *Christifideles Laici* y que permite un conocimiento vivo y concreto de la Iglesia. Bajo este aspecto, las nuevas comunidades constituyen para la Iglesia un signo profético en el camino hacia una fraternidad auténtica, ofreciendo un modelo de vida comunitaria que ciertamente puede servir como estímulo a las parroquias y otras organizaciones tradicionales.

### *Un camino de iniciación cristiana*

La propuesta de las nuevas realidades eclesiales incluye una iniciación a la vida y a la antropología cristiana. En el contexto relativista y caótico en el que viven y crecen nuestros coetáneos, especialmente si provienen de familias desunidas, la vida de fraternidad se revela como una verdadera terapia reconstructiva. La formación en la oración, la profundización en la doctrina espiritual en la escuela de los santos y de los grandes autores espirituales, la lectura asidua del Evangelio y la *lectio divina*, la catequesis de los adultos, el descubrimiento o redescubrimiento del Magisterio y de la historia de la Iglesia... son la base de la formación para muchas nuevas realidades eclesiales. Nadie puede prescindir de un sistema de valores para dar una orientación a la propia existencia. Por una parte, los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades le permiten a la Iglesia descubrir un nuevo sentido de la interioridad que incluye cuerpo, sensibilidad e imaginación; de hecho, mientras que en el “supermercado” de la religiosidad vienen propuestos nuevos sistemas de espiritualidad y “sabiduría”, las nuevas comunidades nos recuerdan que no hay otro método para acercarse a Dios que el de dejarse guiar humildemente por su Espíritu. Mientras que en otras partes prevalecen opciones pastorales marcadas por el activismo y la militancia, los nuevos carismas han sabido revalorizar la dimensión contemplativa de la vida cristiana, de la escucha (escucha de la Palabra de Dios, de los hermanos...). Las comunidades cristianas “ordinarias” de hecho se muestran frecuentemente incapaces de proponer itinerarios de

este estilo, de tipo catecumenal. Presuponiendo, la mayoría de las veces, la formación de los fieles (la catequesis está normalmente reservada a los niños), no disponen del lenguaje, ni de la experiencia, ni a veces de la calidad del testimonio para convertirse de verdad en comunidades catequéticas o catecumenales, aptas para todas las fases de la existencia.

### *La dinámica del anuncio*

Las nuevas realidades eclesiales han desarrollado una cultura “*kerigmática*”, del primer anuncio de la fe, propuesta no sólo en las reuniones o en los encuentros de oración, sino reconocible también en los servicios de apostolado para las personas con dificultades, que se convierten así en obras de auténtica diaconía. Contribuyen además a la evangelización de la piedad popular (con la animación pastoral de algunos santuarios, o de peregrinaciones...).

«Hoy más que nunca se necesita una *conciencia misionera* en todo cristiano [...]. La actual situación cultural y religiosa de Europa exige la presencia de católicos adultos en la fe y de comunidades cristianas misioneras». <sup>6</sup> Con la *Redemptoris Missio* Juan Pablo II nos ha recordado que la nueva evangelización consiste en un doble movimiento: *ad intra*, utilizando todos los medios para reevangelizar la comunidad cristiana, para redescubrir la plenitud del don de la vida de gracia recibida con el bautismo; *ad extra*, con la «proclamación de la salvación». <sup>7</sup> Este anuncio kerigmático ha sido revalorado por muchas comunidades. De hecho, en los años 1970-80 se promovió un tipo de pastoral del “escondimiento”, una revaloración del “mundo” como “habitado por el Espíritu”. El “mundo” era considerado como un lugar teológico que la Iglesia debía reconocer humildemente y que la precedía. A veces hemos tenido la tentación de vaciar el mensaje cristiano de su sustancia sobrenatural.

<sup>6</sup> Cfr. ID., Exhortación apostólica *Iglesia en Europa*, nn. 49-50.

<sup>7</sup> Cfr. ID., Carta encíclica *Redemptoris Missio*, nn. 12-30.

El anuncio requiere audacia, testimonios auténticos, el apoyo de la oración fraterna, el conocimiento de la Palabra de Dios, el ejercicio de los carismas, pero también la acogida y la escucha del otro. No es arrogante ni agresivo. No se confunde con el proselitismo o el *marketing*. Presupone un diálogo. Se dirige a la libertad del interlocutor. Requiere capacidad de compasión. Se necesita también una sólida formación catequética, bíblica y misionera para testimoniar la “esperanza que está en nosotros” sin caer en el fundamentalismo. Puede apoyarse sobre los métodos eficaces de proclamación de la fe. Al anuncio directo de la fe debe seguir un verdadero cuidado pastoral de las personas para ayudarles en su camino de fe, una catequesis sistemática de tipo catecumenal.

### *El testimonio de la diaconía*

La dimensión de la diaconía es uno de los tres pilares del Misterio de la Iglesia, junto a la comunión (*koinonía*) y al testimonio (*martyría*). Los tres componentes se integran entre ellos, en particular en la liturgia. Algunas comunidades y algunos movimientos eclesiales se comprometen con pasión en la diaconía, según modalidades muy variadas y en un área bastante amplia, y este servicio se caracteriza por un verdadero compromiso espiritual. La Iglesia, enviada a todos los hombres como signo de salvación, toma conciencia de sí como sierva en la escucha de la Palabra de Dios, en la oración personal y comunitaria, en la celebración de los sacramentos. Cuando se descuida su raíz espiritual, el voluntariado, de hecho, se reduce a una acción de tipo humanitario, a un “voluntarismo” militante.

En las nuevas comunidades podemos constatar como la diaconía se vive ante todo en su interior, en la acogida del hermano frágil o marginado, en el puesto reservado a los más pequeños. La diaconía se expresa normalmente en la vida concreta, pero se convierte también en anuncio explícito de Cristo cuando se necesita afrontar las cuestiones relacionadas con el significado del sufrimiento y el modo de acogerlo.

Las actividades propias de la diaconía caracterizan la presencia de la Iglesia en el ámbito social, su aporte específico fundamentado en la antropología cristiana. Algunas nuevas realidades eclesiales, siguiendo el propio carisma, garantizan la presencia original de la Iglesia en las situaciones de crisis y de marginación causadas por nuestra sociedad.

## 2. LAS NUEVAS COMUNIDADES, UN DESAFÍO DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

En la grande cantera de la nueva evangelización, los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades han aportado un impulso y un entusiasmo evangélico, pero también su experiencia en el campo, en el que, aunque indirectamente, pueden ayudar a las comunidades cristianas tradicionales a realizar una auténtica renovación misionera. En muchas diócesis las nuevas comunidades son verdaderos laboratorios misioneros: sus iniciativas tal vez suscitan celos, pero también emulación, invitando así a la Iglesia a una conversión pastoral dolorosa pero necesaria. Pero también las nuevas comunidades deben dejarse cuestionar, purificándose y aceptando las adaptaciones necesarias para que su impulso misionero sea puesto al servicio de un crecimiento orgánico de toda la Iglesia.

A continuación haré una reseña de algunos desafíos que las nuevas comunidades deben recoger.

### *La vida sacramental*

La Iglesia se define a sí misma como la presencia sacramental de Cristo entre los hombres. La misión de la Iglesia es difundir la luz de Cristo en toda la humanidad, en primer lugar celebrando los sacramentos, según el mandato recibido. La Iglesia, por lo tanto, evangeliza a partir de los sacramentos, en particular de la eucaristía<sup>8</sup> que, realizando

<sup>8</sup> Cfr. ID., Carta Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*.

el vínculo indisoluble entre comunión y misión, hace de la Iglesia el sacramento de la unidad de todo el género humano.<sup>9</sup> ¿De qué modo ponen las nuevas comunidades la eucaristía y los otros sacramentos en el centro de la evangelización? La celebración de la eucaristía no es simplemente una preparación para la predicación, ni puede ser instrumentalizada para exaltar con un rito este o aquel carisma en una especie de auto-celebración emocional. ¿De qué modo la comunidad es edificada por los sacramentos y en particular por la eucaristía, “fuente y cima de toda la evangelización”?<sup>10</sup>

### *La apostolicidad*

Las nuevas comunidades son un potente “fertilizante” para las vocaciones. En ellas muchos bautizados reencuentran el sentido de su bautismo y la dignidad de la vida cristiana, mientras que muchos ateos retornan a la fe. Numerosas vocaciones sacerdotales y religiosas nacen en las nuevas comunidades. Debemos reconocer que en Francia, como en otros países, un número significativo de seminaristas (o de novicios y consagrados entre los religiosos), han escuchado su llamada en los movimientos eclesiales y en las nuevas comunidades.

Emergen por lo tanto diversas cuestiones relacionadas con la “apostolicidad” de las comunidades. Ante todo la misión de la Iglesia es apostólica, es decir está definida y garantizada por el ministerio de los obispos: los grupos particulares no pueden conferirse a sí mismos la tarea de la misión. Es la misión apostólica la que constituye la misión de la Iglesia, actuada por los cristianos bautizados y confirmados enviados a la misión. Por lo tanto, el vínculo entre proyectos e iniciativas de evangelización y el ministerio del obispo es esencial: no hay misión, en el sentido católico del

<sup>9</sup> Cfr. CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen Gentium*, n. 1.

<sup>10</sup> ID., Decreto sobre el ministerio y la vida de los presbíteros *Presbyterorum Ordinis*, n. 5.

término, que no nazca del dinamismo del ministerio apostólico, ejercitado por los obispos en comunión con el Santo Padre y por los sacerdotes que colaboran por el mandato recibido de los obispos. Obviamente el ejercicio de este ministerio no se reduce a la aprobación y bendición de las iniciativas de las comunidades, sino que conlleva también la obligación de iniciar un diálogo para lanzar interrogantes y poner en tela de juicio, para realizar una obra de autenticación, de integración eclesial e inculturación. El obispo tiene la tarea de hacer crecer todo cuerpo eclesial, por lo tanto debe ayudar a los nuevos aportes y carismas particulares a encontrar el lugar adecuado. No basta una coexistencia más o menos pacífica o la mera yuxtaposición de las actividades más comunes, se necesita una integración armoniosa. ¿Logran las diversas comunidades vivir la dimensión apostólica de la misión de la Iglesia sin aislarse, evitando actuar sólo según las propias líneas y en función de sí mismas? ¿En qué modo desarrollan los obispos, los organismos diocesanos y los sacerdotes la tarea de “incorporar” a las nuevas comunidades? ¿Cuáles son los espacios de diálogo que favorecen la integración?

A los presbíteros que participan en la vida de los movimientos o nuevas comunidades en calidad de miembros a título pleno o también como simples afiliados se les plantea otra cuestión relacionada con la apostolicidad; un buen número de sacerdotes, de hecho, encuentra un ambiente de vida fraterna, afectiva y espiritual que responde a las exigencias de los nuevos desafíos pastorales. Por otro lado, la nueva evangelización requiere un nuevo modo de concebir el ministerio sacerdotal, como se destaca en la exhortación apostólica *Pastores Dabo Vobis*: «Hoy, en particular, la tarea pastoral prioritaria de la nueva evangelización, que atañe a todo el Pueblo de Dios y pide un nuevo ardor, nuevos métodos y una nueva expresión para el anuncio y el testimonio del Evangelio, exige sacerdotes radical e integralmente inmersos en el misterio de Cristo y capaces de realizar un nuevo estilo de vida pastoral».<sup>11</sup>

<sup>11</sup> JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Pastores Dabo Vobis*, n. 18.

Este cambio de perspectiva es de grande ayuda para los mismos sacerdotes, que están llamados a rediseñar su ministerio, fundado sobre los *tria munera*, en vista de las nuevas tareas de formación, acompañamiento, discernimiento y comunión. Este despojarse, que implica una redistribución de las funciones, exige una verdadera conversión, una renuncia a las viejas costumbres de ejercicio del poder, de autonomía y de organización, por lo demás, inevitable debido a la drástica disminución de los sacerdotes.

Se presentan además algunos interrogantes de tipo canónico y ministerial, para la gestión de una cierta “doble pertenencia”: ¿Cómo comprender el vínculo de un ministro ordenado con su comunidad, respecto a la incardinación, la relación con el obispo y al presbiterio diocesano? ¿De qué manera los presbíteros pueden ser considerados enviados por sus obispos si están ligados a una comunidad, no solamente por simpatía y afecto? Cuando el gobierno de la comunidad es confiado a fieles laicos, ¿cuál es la responsabilidad pastoral que les corresponde a los sacerdotes? De hecho, es obvio, que no puede ser reducida a la función sacramental de santificación o a las tareas residuales que no pueden ser desempeñadas por los laicos. ¿Cuál es entonces el rol del presbítero en el gobierno de las nuevas realidades eclesiales, en la decisión de la orientación de la comunidad? ¿Cómo evitar el riesgo de contraponer ministerio ordenado y carisma? ¿Cómo vivirá el sacerdote su ministerio en el ejercicio del carisma particular, constitutivo de una comunidad concreta? ¿Ejercerá un carisma de comunión, de gestación y conjuntamente de estructuración de la comunidad? La relación entre ministerio y carisma ¿podría ser entendida como relación entre el ser y el actuar, visto como el ejercicio de un don?

Otras cuestiones se plantean con respecto a la formación de los sacerdotes. ¿Cómo integrar en el proceso formativo y de discernimiento vocacional los elementos propios del carisma de la comunidad? Evidentemente, integración no significa yuxtaposición o duplicación, sino una articulación adecuada en obediencia a la autoridad del obispo que llama

a los órdenes sacros. ¿De qué modo acogerá la Iglesia el carisma personal del candidato al sacerdocio en relación al ministerio que un día (tal vez) le será confiado?

### *La formación*

El obispo es el primer testigo de la fe, el primer evangelizador. Tiene la tarea de llamar y enviar a la misión. Quien es enviado obviamente debe tener la capacidad de comunicar, por lo tanto debe ser formado. Proponer un proyecto de formación significa salir al encuentro de reacciones de rechazo. Se teme, ante todo, un estilo de enseñanza demasiado magistral o doctrinal. Otros obstáculos son las diferencias de sensibilidad o de posiciones teológicas y pastorales, las dificultades de lenguaje y de comunicación, un cierto escepticismo acerca de un discurso racional en beneficio de la emoción, de la subjetividad, de la imagen, de la inmediatez. Por otro lado ¿cómo se puede responder a exigencias tan diferentes? Sin embargo, la formación forma parte integral de la misión, no es sólo una premisa y no se reduce a la adquisición de conocimientos teológicos o bíblicos. Está orientada a hacer crecer la fe en todos los aspectos de la existencia. Es donada y recibida en una comunidad viva, donde la formación se imparte por etapas para favorecer la asimilación personal a través de los gestos simbólicos de la vida sacramental. La formación debe ser integral para que pueda madurar la identidad cristiana y la conciencia de pertenecer a Cristo y a la Iglesia. Tiene el objetivo de formar cristianos misioneros. La evangelización, de hecho, no se puede limitar al testimonio ofrecido por la dimensión comunitaria; ésta debe ser conjugada con una pastoral de la inteligencia – «siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza» (1 Pe 3, 15) – haciendo que la experiencia personal pueda ser recuperada en un discurso ordenado y comunicable que le dé objetividad y credibilidad racional. ¿Tienen las nuevas realidades eclesiales la capacidad de proponer una formación catequética, de tipo

catecumenal, para transmitir la fe de la Iglesia partiendo de la experiencia concreta de la comunidad? ¿Cómo se asegura la transmisión de la fe a las nuevas generaciones?

*La catolicidad: transmisión del carisma y transmisión de la fe de la Iglesia*

La universalidad es el horizonte de la misión: «Haced discípulos a todas las gentes» (Mt 28, 19). La difusión de los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades en el mundo y su compromiso en los diferentes campos de la vida eclesial obligan a una reflexión sobre la inculturación del carisma y sobre su catolicidad. Ningún carisma es la síntesis completa de la espiritualidad de la Iglesia, ni la universalidad podría constituir la característica específica de un carisma particular. La universalidad pertenece a la Iglesia como tal, la catolicidad es una de sus notas características e indica la plenitud de la fe: toda la fe de la Iglesia para todos los hombres y para todo el hombre. El desarrollo internacional de las nuevas realidades eclesiales las involucra en la misión universal de la Iglesia, por lo tanto, para alcanzar la “madurez eclesial” deben definir y desarrollar su carisma al interno de una comunión eclesial que los incluye y los supera. En efecto, en algunos casos comunidades y movimientos logran realizar en su ámbito interno una notable síntesis eclesial gracias a su extensión internacional, a la multiplicidad de las vocaciones (familias, consagrados, sacerdotes...) y al desarrollo de su actividad. Durante el encuentro de 1998 con los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades, Juan Pablo II presentó los movimientos reconocidos oficialmente «como formas de autorrealización y reflejos de la única Iglesia».<sup>12</sup>

Durante el congreso que preparó aquel encuentro, el cardenal Ratzinger pudo precisar que «en la Iglesia debe haber siempre, también,

<sup>12</sup> ID., *Discurso en el encuentro mundial de los movimientos*, en: “L’Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 5 de junio de 1998, 14.

servicios y misiones que no sean de naturaleza estrictamente eclesiástico-local, sino que sirvan al cuidado del conjunto y a la propagación del Evangelio». <sup>13</sup> Es necesario preguntarse: ¿Cómo integrar en una eclesiología de comunión entre la Iglesia universal y las Iglesias particulares las nuevas realidades, generadas por los carismas específicos, pero extendidas a nivel internacional e irreducibles a un campo de acción limitado? Y ¿cuál es el enriquecimiento recíproco que puede surgir del encuentro inesperado entre el carisma universal y la institución particular? Para responder necesitamos anclarnos profundamente en la fe de la Iglesia, para realizar una profundización doctrinal y una valiente formación misionera.

### *La dimensión territorial de la diócesis*

La parroquia es la realización local de la Iglesia diocesana. Aún limitada territorialmente, la parroquia está llamada a ser plenamente Iglesia, cosa que ninguna otra comunidad podría reclamar para sí. La parroquia está estructurada desde tres elementos esenciales: Un Pastor (delegado por el obispo), un ámbito territorial, una comunidad organizada en torno a la celebración de los sacramentos. La parroquia es, por lo tanto, una comunidad sacramental y misionera: signo e instrumento de la salvación ofrecida por Dios. La institución de las parroquias nace del proceso de crecimiento de la Iglesia; ¿cómo se presentan en el proceso de crecimiento actual? Ciertamente, en muchos casos la actividad de la parroquia se reduce a disputas pastorales o culturales, mientras que muchos de sus interlocutores no son más que “consumidores”, no están interesados en una dinámica de comunión. A veces los sacramentos son administrados a personas no evangelizadas. Por otro lado, en algunas diócesis, abiertas a la misión de las nuevas realidades eclesiales,

<sup>13</sup> Cfr. J. RATZINGER, *Los movimientos eclesiales y su lugar teológico*, en: “Communio” (Es) 21 (1999), 104.

se corre el riesgo de multiplicar centros de asociacionismo espiritual de diversa naturaleza, que atraen personas caracterizadas por una especie de afinidad afectiva, sobre todo en forma ocasional, mientras que las parroquias son abandonadas porque el dinamismo pastoral ha cambiado de lugar para huir de las presiones institucionales. Evidentemente esta dialéctica puede privar a la Iglesia de su misión de sacramento de salvación para el mundo, perdiendo su dimensión carismática, mientras que la vida de las comunidades cristianas se agota. Por mucho tiempo la parroquia ha jugado un papel tanto sociológico como teológico; ¿cómo pueden insertarse las nuevas realidades eclesiales en este ámbito eclesial para revitalizarlo, aportando la riqueza de su carisma? Y ¿cómo pueden las parroquias acoger, y no sólo alojar, el carisma de las nuevas comunidades, ayudándoles a entrar en la vida parroquial para renovarla?

## CONCLUSIÓN

El papa Benedicto XVI exhortó a los obispos alemanes en *visita ad limina* a «que salgáis al encuentro de los movimientos con mucho amor».<sup>14</sup> El aporte de las nuevas realidades eclesiales en nuestro país puede ser muy positivo dado que la Iglesia en Francia está llamada a una renovación profunda de los métodos pastorales y los comportamientos eclesiales. ¿Cómo pasar de un cristianismo que organiza lo existente a un cristianismo de gestación en la fe? ¿Cómo transformar a los cristianos en verdaderos misioneros, es decir, en hombres y mujeres en los que vive Dios, que desean hablar de Dios, que están llenos de caridad pastoral y son capaces de hacer crecer el Cuerpo de Cristo? ¿Cómo transformar las comunidades cristianas en comunidades misioneras? La grandeza de la tarea debe medirse con los modestos medios

<sup>14</sup> BENEDICTO XVI, *Discurso a los obispos de la Conferencia Episcopal de Alemania*, en: “L’Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 24 de noviembre de 2006, 3.

de los que disponemos, jugándonos por la misión de la Iglesia (su relación con el “mundo”), con las profundas y rápidas evoluciones de nuestras sociedades. Por esto necesitamos un firme enraizamiento en la fe de la Iglesia, una adecuada profundización doctrinal y una renovada audacia misionera. En este contexto, el papel de los movimientos eclesiales surgidos de la renovación conciliar es esencial: suplen la disminución de consagrados en las formas tradicionales, anticipan proféticamente propuestas adecuadas al contexto de postmodernidad, renovando modelos pastorales según la propedéutica de la iniciación cristiana... y todo eso frente a comunidades cristianas cada vez más esclerotizadas, decaídas y debilitadas en la misión. Con respecto a las nuevas realidades eclesiales, Juan Pablo II no vacilaba en hablar de una nueva primavera<sup>15</sup> y Benedicto XVI de una estructura viva de la Iglesia.<sup>16</sup> La responsabilidad de los Pastores es, ante todo, la de acoger con generosidad y reverencia estas nuevas realidades: «No extingáis el Espíritu», decía el apóstol Paolo (*1 Ts* 5, 19). No podemos poner nuestros proyectos pastorales al mismo nivel de los carismas suscitados por el Espíritu Santo: eso significaría caer en una aproximación burocrática y restrictiva. Se trata, por lo tanto, de integrar los nuevos carismas sin intentar uniformarlos ni encasillarlos en nuestros esquemas, para realizar la «sinfonía de la vida de la Iglesia».<sup>17</sup> La integración requiere conocimiento mutuo, disponibilidad para afrontar eventuales incomprensiones, valor para responder a las críticas, hasta que las nuevas comunidades y los movimientos encuentren su lugar. Cada nuevo carisma pone en tela de juicio “al existente”, por ello a veces es visto como una provocación justo por parte de las comunidades cristianas que deben ofre-

<sup>15</sup> Cfr. JUAN PABLO II, *Homilía en la Vigilia de Pentecostés*, en: “L’Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 31 de mayo de 1998.

<sup>16</sup> Cfr. BENEDICTO XVI, *Mensaje a los participantes en el II Congreso mundial de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades*, en: “L’Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 9 de junio de 2006.

<sup>17</sup> J. RATZINGER, *Los movimientos eclesiales y su lugar teológico*, cit., 104.

cerle el espacio necesario para su desarrollo. La integración requiere que la diócesis, frente a los obstáculos y las reticencias suscitadas por una nueva aproximación misionera y espiritual, sienta el carisma como propio. De hecho, el encuentro de diversos carismas puede constituir un estímulo mutuo, ayudando a cada cristiano a redescubrir la propia vocación y a las comunidades existentes a valorar mejor el propio carisma. El acompañamiento paterno del obispo es indispensable para poder realizar la efectiva integración de las nuevas realidades en la diócesis. La inserción implica un intercambio continuo y regulares revisiones para que el carisma pueda insertarse profundamente en la vida de las comunidades cristianas, evitando superposiciones y paralelismos. Se trata de una verdadera conversión pastoral, tanto para los miembros de la comunidad como para los agentes de la pastoral.

La cuestión de fondo es el desarrollo de una auténtica espiritualidad de comunión – y esto vale en particular para los lugares de formación y los seminarios –, el único contexto donde las nuevas comunidades y los nuevos movimientos eclesiales pueden crecer y donde la vida eclesial es concebida como una comunidad de carismas al servicio mutuo, todos orientados al anuncio de la fe.

## Acompañamiento pastoral de los movimientos y nuevas comunidades

MONS. JAVIER AUGUSTO DEL RÍO ALBA\*

**M**i experiencia con los movimientos y las nuevas comunidades tiene su origen en el año 1985 cuando, en plena edad juvenil, en cierto modo había dejado de participar en la vida eclesial. En estos veintitrés años transcurridos puedo afirmar que estos movimientos y comunidades han hecho posible que redescubra la belleza de ser cristiano y mi vocación al presbiterado, y me han sostenido y acompañado desde los tiempos de formación en el Seminario hasta las diversas tareas que he debido desempeñar, primero como sacerdote y los últimos años como obispo.

El primer movimiento que conocí fue el de los Cursillos de Cristianidad. Participé en uno de esos cursillos en Lima, el año 1985, y hasta ahora recuerdo la grata experiencia de encontrarme con un Dios Amor que, como al hijo pródigo, me abrazaba y me volvía a introducir en su Casa, restituyéndome la gracia y todos aquellos dones que yo, cual hijo pródigo, había malversado.

Poco tiempo después conocí también el Camino Neocatecumenal. Tuve la suerte de ser invitado a un encuentro organizado por estas comunidades, en el cual escuché la predicación de los iniciadores del Camino, Kiko y Carmen, y quedé profundamente impactado ante el anuncio del kerigma y el ofrecimiento que Dios, a través de ellos, me hacía de hacer de mí un hombre nuevo.

Durante un tiempo participé en ambas realidades eclesiales, pero poco a poco me fui dando cuenta que yo no estaba todavía listo para ser

\* Arzobispo de Arequipa, Perú.

un líder cristiano, que es lo que comprendí querían formar en los Cursillos, sino que más bien necesitaba una iniciación cristiana prolongada, porque me encontraba en aquel grupo de católicos que, si bien había nacido en un hogar cristiano y frecuentado una escuela católica, mi formación en la fe era sumamente rudimentaria y débil.

Es así cómo opté por quedarme en el Camino Neocatecumenal y de esa manera quedé insertado en mi parroquia. Ahí conocí otros movimientos, como la Renovación Carismática, las Bodas de Caná, Encuentros Matrimoniales, Legión de María, etc. Conocí también al párroco que, si bien se nutría en la fe a través del Camino Neocatecumenal, no por eso dejaba de atender, servir y guiar a los movimientos y grupos que había en la parroquia. Pese a ser un sacerdote joven, él era como un padre para todos y buscaba siempre la comunión entre nosotros que, jóvenes también, no nos faltaban prejuicios de unos contra otros. Pero, dedicándose a todos y hablándonos siempre bien de los demás, nuestro párroco logró que entre nosotros se diera la comunión y trabajásemos unidos por el bien de la parroquia.

Al poco tiempo, sin embargo, nos cambiaron de párroco y en ese entonces todos experimentamos una figura distinta de pastor. Nuestro nuevo párroco no comprendía ni simpatizaba con los movimientos y, no sólo dejó de atendernos, sino que poco a poco nos comenzó a negar el uso de los salones parroquiales e incluso prohibió nuestras reuniones de grupos.

Como es lógico, esto ocasionó que numerosos hermanos, no sólo de las comunidades neo-catecumenales sino también de los movimientos y grupos de la parroquia, dejaran de frecuentar la parroquia y algunos, incluso, se alejaran de la Iglesia. Para entonces yo ya había conocido experiencias similares en otras parroquias y había caído en la cuenta de que eran muchos los sacerdotes que no comprendían a los movimientos, y muy pocos, en cambio, los que los apreciaban.

Por mi parte, yo sentía mucho aprecio por todos los movimientos porque conocía a sus miembros y veía en ellos una nueva forma de vivir

el cristianismo y de contagiar la alegría del Evangelio. En esa experiencia surgió en mí la llamada al sacerdocio: deseaba algún día ser párroco para servir así a los diversos carismas de la Iglesia.

Fue así que el año 1987 ingresé en el Seminario. Por ese entonces comenzaba en el Callao la experiencia de los Seminarios “Redemptoris Mater” que, siendo diocesanos, forman vocaciones provenientes del Camino Neocatecumenal. Con gran alegría dejé la carrera de abogado y a mi novia para prepararme a ser sacerdote para la Nueva Evangelización, dispuesto a partir a cualquier lugar del mundo donde la Iglesia me necesitase.

Durante el tiempo en el Seminario y los primeros años de sacerdote tuve la fortuna de conocer a mis formadores y al entonces Obispo del Callao, Mons. Ricardo Durand Flórez, S.I., y en ellos volví a encontrar pastores que sabían ser padre de todos. Nuestros formadores nos hablaban siempre bien de las diversas realidades eclesiales que existían en el Callao e insistían mucho en que nosotros nos estábamos preparando para ser sacerdotes diocesanos al servicio de toda la Iglesia.

En el Callao conocí al Movimiento de Vida Cristiana, la Comunidad de las Bienaventuranzas, el Movimiento de Retiros Parroquiales Juan XXIII, el Movimiento Apostólico de Schönstatt, y otras nuevas realidades que por entonces iban surgiendo también en nuestra Iglesia local.

Dos años después de ordenado sacerdote, Mons. Durand me envió a continuar los estudios en Roma, donde completé mi formación en el Colegio “Redemptoris Mater” y en dos universidades. El tiempo pasado en Roma me abrió más el corazón a la universalidad de la Iglesia y la mente a la eclesiología de comunión.

Es así como al volver al Callao nuestro nuevo obispo, Mons. Miguel Irizar Campos C.P., me dio la oportunidad de servir a los diversos movimientos y a nuestra Iglesia diocesana. Al igual que su predecesor Mons. Irizar ha sabido también acoger, acompañar y alentar en su diócesis las diversas realidades suscitadas por el Espíritu Santo. Mons. Irizar me nombró Rector del Seminario Mayor de la diócesis, llamado “Corazón

de Cristo”. En él había dieciocho seminaristas, varios de ellos provenientes de diversos movimientos y, lamentablemente, estaban muy divididos entre sí. Eran pequeños grupitos de chicos jóvenes que sentían gran admiración cada uno por su propio movimiento, pero a la vez veían con recelo a los demás movimientos y, por supuesto, también a mí porque me identificaban con el Camino Neocatecumenal.

¿Cómo hacer para ayudar a estos jóvenes a mantenerse fieles al carisma de sus movimientos pero, al mismo tiempo, abrirlos a los demás carismas y a la vida entera de la Iglesia local como corresponde a un sacerdote diocesano? Para poder ayudarlos, lo primero que hice fue, evidentemente, rezar, pedir al Señor que creara la comunión entre nosotros, y de ahí procurar conocer a fondo cada uno de sus movimientos, las intuiciones de base, su pedagogía, su lenguaje, sus cantos, etc., de modo que al poco tiempo pude hablar con cada uno su propio lenguaje, ayudándolos así a integrar la experiencia del Seminario y la formación que recibían en su movimiento. Una vez más experimenté, ahora como sacerdote, que cuando el pastor sabe acompañar y servir a todas sus ovejas, éstas siguen su voz y despliegan toda su potencialidad. La experiencia que tuve en el Seminario con este pequeño grupo de seminaristas me animó a invitar a otros que no participaban en ningún movimiento a ir conociendo los diversos movimientos que existían en nuestra diócesis y, con entera libertad, ver la posibilidad de vincularse con alguno de ellos.

Fui Rector de ese Seminario durante diez años. Como he dicho, recibí dieciocho seminaristas. Al retirarme tuve la gracia de dejar cerca de treinta sacerdotes ordenados y cientotrenta seminaristas, la mayoría de ellos pertenecientes a algún movimiento o comunidad, pero todos con clara identidad diocesana y llenos de aprecio no sólo por su propio movimiento sino por los demás y por toda la Iglesia.

Siendo aún Rector y alentado por lo que Dios iba haciendo en nuestro Seminario, Mons. Irizar me concedió también hacer algo similar con los propios movimientos. Me encargó el acompañamiento pastoral de la

Comisión Diocesana de Laicos, en su mayoría compuesta por representantes de los movimientos más extendidos en la diócesis. Si bien a los inicios la situación de tensión y de cierta desconfianza fue similar a la que encontré en el Seminario, lograr la comunión y la mutua confianza fue mucho más fácil, porque se trataba ahora de laicos adultos, muchos de ellos con bastantes años en sus propios movimientos. Esto les facilitó acogerme con fe como Vicario General del Obispo y dejarse guiar por mí, pese a que todos me identificaban también con el Camino Neocatecumenal.

No puedo ahora alargarme contándoles las magníficas experiencias tenidas durante esos años. Pero no quisiera dejar de decirles que, como Vicario del Obispo y como Director Espiritual de la Comisión Diocesana de Laicos del Callao, me pareció evidente la necesidad de visitar a los diversos movimientos y comunidades, participar en sus celebraciones, acompañarlos en sus necesidades y, al mismo tiempo, orientarlos para una mayor inserción en la vida de la Iglesia local, sin perder cada uno las especificidades de su propio carisma.

No me corresponde hacer un balance de los frutos alcanzados durante esos años, pero sí me permito dar testimonio de que, debidamente atendidos y orientados, la potencialidad de los movimientos y nuevas comunidades se desplegó en el Callao de un modo asombroso. No sólo se potenciaron sus propios carismas – y a través de ellos se hizo mucho bien y se sigue haciendo en la diócesis del Callao – sino que han sido y son como la levadura que va fermentando la masa de la gran Iglesia diocesana que se ha visto renovada en sus diversas instancias, desde la misma Curia Diocesana, a la cual incorporamos a miembros de los diversos movimientos, hasta las Hermandades y diversas manifestaciones de la misma religiosidad popular.

Hace año y medio el Santo Padre me nombró Arzobispo de Arequipa, una extensa arquidiócesis en el sur del Perú. Ahí he encontrado a los mismos movimientos que hay en Callao y a muchos otros, como son los Focolares, la Comunidad del Emmanuel, la Renovación Matri-

monial, Franciscanos de María, etc. Les había llegado la noticia de que les llegaba un obispo que valoraba los movimientos. No es difícil imaginarse la prontitud con la que me invitaron a visitarlos y a pasar algunas jornadas con ellos. Sin embargo, mi primera prioridad era conocer uno por uno a los sacerdotes y las parroquias de la arquidiócesis y eso hizo imposible que inicialmente dedicase mucho tiempo a los movimientos. Desde hace unos meses, en cambio, ya lo vengo haciendo y estoy experimentando nuevamente lo mismo que he vivido antes: los movimientos tienen en sí una enorme potencialidad pero, por lo menos como los he encontrado yo, los veo bastantes dispersos y en esta dispersión la fuerza y la eficacia evidentemente se debilita y queda circunscrita a un pequeño grupo de personas. Debidamente acompañados y orientados, en cambio, están comenzando también ellos a integrarse y a desplegar aún más su potencialidad en servicio del bien común.

Pienso que lo más importante ahora como desafío – en mi caso y, tal vez en el caso de alguno de ustedes, porque esto se ha dicho ya más de una vez en este primer día de nuestro encuentro – es saber cómo alentar a los sacerdotes para que sepan apreciar y acompañar a estos movimientos y nuevas comunidades. Y en esto, personalmente, creo que se requiere tener mucha paciencia. No creo que sea prudente ni posible exigir a los actuales sacerdotes que se involucren en los movimientos, porque no pocos de nuestros sacerdotes han sido formados con una eclesiología previa a la del concilio Vaticano II y no terminan de entender en toda su amplitud el lugar de los movimientos en la Iglesia. Opino, en cambio, que sin dejar de atender a nuestro actual clero debemos más bien procurar formar un nuevo clero que sepa acoger los nuevos carismas suscitados por el Espíritu Santo en la Iglesia. Sin excluir a nadie, hemos de tener paciencia y comprensión con aquellos sacerdotes a quienes, aparentemente, les resulte imposible comprender estas nuevas realidades porque tienen una mentalidad totalmente distinta. Pero, al mismo tiempo, es importante que promovamos que nuestros seminaristas conozcan y se vinculen con los diversos movimientos y nuevas comunidades.

Desde mi humilde experiencia les puedo decir que de esta manera no solamente se beneficiaría a los movimientos sino que, sobre todo, se beneficiaría a los seminaristas. Un seminarista acompañado por una comunidad, por un movimiento, un seminarista que va madurando en la vocación, al tiempo que va madurando en la fe y que va compartiendo su vida con los laicos, será mañana un sacerdote que sabrá valorar la peculiaridad de los movimientos y la importancia del laicado en la vida de la Iglesia.



## **II.2. La tarea de los movimientos y de las nuevas comunidades**



## Los movimientos: escuelas de fe y vida cristiana

LUIS FERNANDO FIGARI\*

Ayer como hoy los movimientos eclesiales son dones del Espíritu Santo en la vida de la Iglesia. Ha habido muchas oleadas de “movimientos” a lo largo de la historia. El Cardenal Joseph Ratzinger al analizar históricamente la realidad de los movimientos señalaba como un primer ejemplo que el monacato es «un elemento nuevo al que tranquilamente podemos denominar “movimiento”». <sup>1</sup> Hoy aparece una nueva floración de vida asociativa en el Pueblo de Dios. Y, como en otros tiempos, tiene un muy valioso aporte que dar a toda la Iglesia, pues todo carisma está puesto al servicio de la Iglesia (cfr. *1 Co* 12, 7; *1Pe* 4, 10; *Ef* 4, 11-12). <sup>2</sup> El gran don del Espíritu que se expresa en los movimientos eclesiales que nacen en el hoy de nuestra historia, en el cauce del Concilio Vaticano II, ha sido puesto espléndidamente de relieve por el Magisterio del Siervo de Dios Juan Pablo II y el del Papa Benedicto XVI.

### *Formación integral y permanente*

Las multiformes propuestas de los movimientos eclesiales y nuevas comunidades en el proceso de formación integral, personalizada y continua de los discípulos del Señor Jesús, vienen llamando la atención. Ellas se hacen concretas como ámbitos e incluso escuelas de fe, vida

\* Fundador del Movimiento de Vida Cristiana.

<sup>1</sup> J. RATZINGER, *Los movimientos eclesiales y su lugar teológico*, en: “Communio” (Es) 21 (1999), 97.

<sup>2</sup> «No olvidéis que cada carisma es otorgado para el bien común, es decir, en beneficio de toda la Iglesia» (JUAN PABLO II, *Discurso en el encuentro mundial de los movimientos*, en: “L'Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 5 de junio de 1998, 14).

cristiana y apostolado. El concepto de formación en la fe no es extraño en el dinamismo de maduración cristiana. Obviamente los requerimientos de tal proceso, aunque la consideran fundamental, van más allá de la sola formación intelectual. Más aún, cabe decir que no basta una formación inicial, aunque sea muy buena, sino que ella debe continuar en la dimensión humana, espiritual, intelectual, comunitaria y apostólica del discípulo del Señor. Por algo se habla de formación permanente. Quizá hoy más que en otros tiempos, por factores tales como la magnitud, rapidez y sobreabundancia de los medios de comunicación y el tipo de mensaje que transmiten, así como por muchas características implicadas en el fenómeno de la globalización, la formación es clave para que el hijo de la Iglesia tome conciencia de su identidad, vocación y misión. La evangelización de uno mismo es una exigencia vital para abrirse con mayor docilidad a la acción del Espíritu Santo y responder en las situaciones concretas de la existencia a lo que Dios pide a cada uno como hijo e hija de la Iglesia. Es decir, no es solamente algo que viene del exterior sino que reclama el concurso y la libre iniciativa del formando. El obrar del cristiano reclama una unidad fundada en una sólida vida interior centrada en la presencia y amor de Dios, lo que se percibe como trasfondo en las prácticas pedagógicas de los movimientos.

### *Diversidad y comunión*

Maravilla hoy, de manera especial, el florecer de movimientos eclesiales con características y formas tan diversas, con estilos distintos, respondiendo a diversas necesidades pero vinculados sólidamente a la comunión eclesial. El Papa Juan Pablo II llamó bellamente a este fenómeno religioso “un himno a la unidad en la pluralidad querida por el Espíritu”.<sup>3</sup> Y el Papa Benedicto XVI aludiendo a los movimientos

<sup>3</sup> JUAN PABLO II, *Mensaje a los participantes al Congreso mundial de los movimientos eclesiales*, en: “L'Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 5 de junio de 1998, 11.

enseña que en el Espíritu Santo «la multiplicidad y la unidad van juntas».<sup>4</sup> Así han surgido desde la fe multitud de propuestas formativas con incidencia en la formación personal y comunitaria. Como porciones del Pueblo de Dios, los movimientos orientados al laicado, sea cual fuera su composición, han ido desarrollando con admirable eficacia respuestas formativas ante los desafíos que los hijos e hijas de la Iglesia tienen para vivir una vida cristiana coherente en una sociedad materialista y secularizada donde reinan el relativismo y otros graves males que inciden sobre la mente y el corazón de todos, incluso de los bautizados. El tradicional proceso de formación que la Iglesia ha realizado durante tantos siglos es el marco desde donde surge la pedagogía de la fe de los diversos movimientos, hecho concreto con las características de los diversos carismas y de los desafíos ante los que deben responder en el hoy de la historia, lo que se verifica también en el surgimiento de nuevos métodos y expresiones. La pluralidad de características propias de los carismas, encarnados en los diversos movimientos eclesiales da lugar a una diversidad de metodologías, itinerarios, programas, etapas y concreciones en la universalidad de la Iglesia. Es imposible explicar realidades tan disímiles en tiempo tan breve pero, ciertamente, se pueden mencionar algunos aspectos.

### *Encuentro personal con el Señor Jesús*

Los movimientos eclesiales están constituidos por personas que conscientes de su fe buscan vivirla y nutrirla con ardor, así como por quienes se habían alejado de ella o de la práctica habitual, al igual que por buscadores de la verdad y nostálgicos del infinito, muchas veces provenientes de una posición agnóstica, de una vida sin Dios o de otras visiones del mundo, se han sentido alentados por el testimonio cristiano

<sup>4</sup> BENEDICTO XVI, *Homilía durante la Vigilia de Pentecostés*, en: “L’Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 9 de junio de 2006, 5ss.

vital y ardoroso de los integrantes de los movimientos eclesiales y nuevas comunidades. Quizá como primer punto en el itinerario de encuentro y formación general habría que señalar que, por la gracia del Espíritu, estas personas concretas descubren o redescubren al Señor Jesús. Uno de los problemas apostólicos más serios de hoy es que para muchos se ha perdido la novedad vital del anuncio evangélico. Muchos creen conocer a Jesús, pero en verdad no lo conocen. Hay una dolorosa confusión y desconocimiento de la fe en el Señor y de sus consecuencias para la vida. La rutina o algunos de los muchos factores que componen esa cultura de muerte en la que todos estamos inmersos y cuyos efectos en mayor o menor medida sufrimos, han oscurecido la aproximación a Jesús, el Señor, y el camino de verdad y vida que presenta ante el ser humano. ¡Cómo se hace notar entre lo que se llama “bautizados alejados” la ausencia de la fuerza de la confesión de Pedro en Cafarnaúm! «Señor, ¿dónde quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios» (Jn 6, 68-69).

En el eje de la experiencia de los movimientos eclesiales y nuevas comunidades se produce, pues, un proceso de adhesión personal y ardorosa que brota del encuentro con Jesús. Encuentro que se manifiesta como acontecimiento decisivo en la vida de la persona concreta. Jesús invita al discipulado, y lo hace desde su misión y la fascinación que su misterio produce. Quien se encuentra con Él experimenta el valor avasallador de la Verdad y del sentido que irradia. Tal encuentro con Jesús mueve tanto a la adhesión afectiva como a la de la verdad que su persona revela. La categoría *experiencia*, bien entendida, ayuda a superar una falsa antinomia entre razón y emoción, mente y corazón. Ante Jesús la razón se enciende y los sentimientos se avivan superando las rupturas y tensiones: Él ofrece al ser humano la respuesta reconciliadora a todas sus rupturas, de manera clarísima a la tensión que puedan experimentar la razón y el afecto, y que nuestra cultura ha buscado exacerbar. El compromiso con Dios nace de la aceptación plena de Jesús y de lo que Él significa. En Él no hay oposición entre Persona y doctrina;

enseña con todo su ser. Su presencia y su mensaje se hacen uno, es integral. Jesús, el Cristo, apela a la mente con la Verdad, cuya belleza despierta la emoción, e invita a recorrer su sendero buscando hacer el bien, « como Él pasó haciendo el bien » (*Hcb* 10, 38). La mente, el corazón y el obrar son tocados. El discípulo se interroga por quién es Jesús, y se abre a su ser profundo en una dinámica de encuentro personalizante que asume vitalmente sus enseñanzas. « Convertíos y creed en el Evangelio » (*Mc* 1, 15). es la clave que da el mismo Señor. Este proyecto de vida del discípulo aparece en el itinerario formativo de los movimientos, en el que el aspecto categorial de la fe es ineludible, ayudando a que sus miembros busquen con creciente ardor dejarse conformar al Señor Jesús, vivir con coherencia una vida cristiana plena y expresarla en la comunión.

### *Dinámica bautismal*

En medio de la rica diversidad de características de los movimientos se encuentra otro denominador común: la conciencia del significado del bautismo como el maravilloso acontecimiento por el que la persona se incorpora a Cristo, se integra en su Iglesia y es llamada a vivir como discípulo del Señor y a participar activamente en la misión de la Iglesia, desde su propia condición, comprometiéndose en el apostolado que plasma el mandato misional de Jesús, de ir a todos evangelizando, anunciándoles quién es el Redentor, y haciéndolos discípulos suyos (*Mt* 28, 19-20).<sup>5</sup> La caridad transformante que nutre e impulsa este proceso ha de mostrarse en la vida y en las obras buenas como la señal que distinga a los discípulos del Señor Jesús. Por la naturaleza asociativa y fraterna de los movimientos no parece correr peligro de intimismo, sino que al tiempo de estar impregnada por un dinamismo evangelizador que empieza en la persona concreta busca llevar los efectos reconciliadores

<sup>5</sup> Cfr. también *Mc* 16, 15; *Jn* 20, 21.

de la incorporación a Jesús por el bautismo a las diversas dimensiones de la realidad personal y social, hasta las raíces mismas de la cultura, buscando la transformación del mundo según el Plan de Dios.

*Vida comunitaria, espacio privilegiado de formación*

La vida comunitaria de los movimientos, la adhesión vital a la fe de la Iglesia y la celebración de la fe que en ellos se vive refuerzan la identidad cristiana de sus miembros, y ofrecen un espacio para el desarrollo personal y social, dando ocasión a una firme adhesión y amor a Jesús y a la Iglesia. Esa dimensión de comunidades de fe dentro de los movimientos eclesiales evita la masificación, favorece el encuentro y colaboración interpersonal, la recta comunicación, así como la capacidad de realizarse en el servicio fraterno constituyendo de suyo un ámbito profundo de formación cristiana abierto a la creatividad y a iniciativas de comunión.

La dinámica de las pequeñas comunidades o agrupaciones en las que se suelen organizar los movimientos eclesiales porta también una perspectiva formativa. Ella invita a desarrollar una serie de capacidades y hábitos virtuosos que van llevando a la superación de las diversas fracturas que aquejan al ser humano y a crecer y madurar humanamente al tiempo de hacer partícipes de su donación solidaria y fraterna a los demás, creciendo en un sentido de corresponsabilidad. La constitución en agrupaciones o células no es algo sencillo, exige una voluntad firme, esfuerzo, disciplina y constancia. Estas características son tanto más necesarias por el debilitamiento de la identidad propia, el pensamiento débil, la inconstancia, el miedo a los compromisos serios, y una notoria sensibilidad a mudables y contradictorios impulsos interiores o presiones externas como se percibe en no pocas conductas y en general en la cultura hodierna. Ante todo ello se puede valorar un principio pedagógico como el que presenta Pedro en su Segunda Carta: «poned el mayor empeño en añadir a vuestra fe la virtud» (2 Pe 1, 5). Esto se

extiende también a otras dimensiones de la vida pedagógica en los movimientos.

### *Formación que busca superar falsas antinomias*

Ante el individualismo y la fragmentación que aparecen en muchos ámbitos del mundo, las escuelas de formación en la fe que son los movimientos ofrecen también la superación de falsas antinomias tan presentes en el mundo de hoy. Así, por ejemplo, la que opone oración, vida espiritual y participación litúrgica al compromiso por un mundo más justo, pacífico y reconciliado donde la dignidad humana sea respetada y los derechos que de ella brotan reconocidos. O aquella en la que se opone la vivencia personal de la fe a la expresión pública y cultural de dicha fe en la sociedad. Esta dinámica de síntesis que caracteriza el proceso formativo permite avanzar por el sendero de la «cuádruple reconciliación»<sup>6</sup> traída por Jesucristo hacia la superación de las diversas rupturas que aquejan al ser humano.

### *Amor a la Iglesia y adhesión al Santo Padre*

Otro elemento común importante de destacar es el amor a la Iglesia que se experimenta entre los miembros de los movimientos. Tal amor, además de sus valores intrínsecos, es también una dimensión formativa del creyente que lo ayuda a participar más activa y vitalmente de la vida y misión de la Iglesia. Una característica que se desprende de este amor eclesial es la adhesión afectiva y efectiva a Pedro. No es necesario poner de relieve lo que ello significa, salvo subrayar la dimensión eclesial de quien vive en sí mismo esa realidad. Junto a ello está la comunión con

<sup>6</sup> JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Reconciliatio et Paenitentia*, n. 8: «se puede, pues, condensar la misión – rica y compleja – de la Iglesia en la tarea – central para ella – de la reconciliación del hombre: con Dios, consigo mismo, con los hermanos, con todo lo creado».

los obispos locales y la participación desde el propio carisma en la pastoral de la Iglesia local en cuyo seno el integrante de cada movimiento vive y celebra su fe. Las características propias del movimiento o comunidad o experiencia asociativa deben siempre dejarse impulsar a la coherencia de vida eclesial a la que todo carisma apunta, en lo que también se puede apreciar otro valioso elemento formativo. El amor a la Iglesia conduce a la internalización de una sana eclesiología que se ha de verificar en la vida diaria.

La dinámica con la que se cree, vive, anuncia y celebra la fe en los movimientos se hace lugar de encuentro y de maduración del viador en el camino de respuesta al don recibido. Precisamente, el Cardenal Ratzinger en su famoso *Informe sobre la fe* dice que «a lo largo y ancho de la Iglesia *universal* resuena con tonos de esperanza [...] la floración de nuevos movimientos [...]. La alegría de la fe que manifiestan es algo contagioso y surge en ellos un genuino y espontáneo vivero de vocaciones para el sacerdocio ministerial y la vida religiosa».<sup>7</sup>

### *Amor a la liturgia y la vida de oración*

Otro ámbito común en la vida formativa de los movimientos es el amor a la liturgia y a la vida de oración personal y comunitaria. Se tiene bien aprendida la enseñanza del Concilio Vaticano II: «La Liturgia es la cumbre a la que tiende la acción de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza».<sup>8</sup> La liturgia, ya por sí misma, es también, al lado de su naturaleza propia, una escuela de formación en la fe. Como dice el viejo adagio: *Lex orandi, lex credendi*. Al participar en ella el fiel se adhiere a la fe que la Iglesia celebra y transmite.<sup>9</sup>

<sup>7</sup> J. RATZINGER, *Informe sobre la fe*, Madrid 1985, 49-50.

<sup>8</sup> CONCILIO VATICANO II, Constitución sobre la sagrada liturgia *Sacrosanctum Concilium*, n. 10.

<sup>9</sup> Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1124.

La vida litúrgica en los movimientos pone una centralidad particular en la participación en la eucaristía,<sup>10</sup> fuente de donde brota la comunión. Aparece muy notoria la educación en la explícita conciencia de la presencia real y sustancial, lo que lleva en muchos al ejercicio de la Adoración al Santísimo. La lección y meditación de la Sagrada Escritura, ya individual ya en grupo, ocupa un lugar de gran relevancia en el proceso de vida y formativo. El rezo del Rosario forma parte de los ejercicios piadosos que manifiestan el amor a la Virgen así como una dimensión formativa. La oración, en general y en sus momentos fuertes, así como en prácticas tales como el ejercicio de la presencia de Dios, la purificación de intenciones y el orientar la vida toda a glorificar a Dios, favorecen la vida de fe, conducen a superar una visión secularizante de la existencia, y a educar en la apertura y docilidad a la gracia. En este campo de la vida espiritual destaca la notoria valoración del llamado universal a la santidad.

### *La piedad filial mariana, sendero pedagógico*

La devoción y afecto filial a la Inmaculada Virgen María,<sup>11</sup> modelo del creyente y la perfecta discípula y evangelizadora, es también una constante en las diversas espiritualidades y se plasma en las características de los movimientos. El acercarse a Ella como Madre no sólo inflama el corazón de amor filial sino que efectivamente introduce al discípulo de hoy en una dinámica formativa que lo lleva a ser forjado en una actitud que fundada en la fe, brota de las palabras del Señor desde lo alto del Gólgota en un proceso de amorización donde la fe conocida va cobrando calor e intensidad cada vez mayores, al impulso de los latidos

<sup>10</sup> Cfr. CONCILIO VATICANO II, Constitución sobre la sagrada liturgia *Sacrosanctum Concilium*, 6.

<sup>11</sup> Cfr. ID., Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen Gentium*, n. 53.

del Corazón de María que son ecos del de Jesús, ahondando en una adhesión vital al pensar, sentir, amar y obrar como Jesús.

### *Formación para evangelizar la cultura*

La fe vivida como don y novedad auténtica lleva a que se plasme en cultura. Esto ocurre dentro de la realidad formativa de los movimientos haciendo que en ellos se viva la evangelización de la cultura con incidencias de fecundidad creativa que va desde aquellas elaboraciones dirigidas prioritariamente a la mente, proponiendo la verdad, hasta aquellas que buscan expresar la belleza y el mensaje simbólico. El sentido vibrante y festivo de la experiencia comunitaria de fe se plasma, por ejemplo, en la cuidadosa atención a los símbolos de la liturgia, en nuevas composiciones musicales y en el canto, en obras de arte, e incluso nuevas escuelas de pensamiento que expresan la fe dirigiéndose al mundo de hoy.

### *Conclusión*

Las diversas dinámicas formativas que se desarrollan en cada movimiento van ayudando al fiel a descubrir su propia identidad en Jesús, dando sentido a su existencia y al ardor por vivirla en el Señor, llegando a proclamar «mi vida es Cristo» (*Flp* 1, 21). La opción por los valores evangélicos se interioriza y por la acción personal y comunitaria se va haciendo cultura. Desde esa experiencia se avanza en la escuela del anuncio, de la evangelización. En ella al tiempo de evangelizar en apertura a la gracia, se es también evangelizado, en un proceso de continua renovación y crecimiento. El compromiso apostólico encendido en el fuego de la Caridad derramada por el Espíritu Santo en los corazones avanza también hacia el empeño especial por los hermanos más necesitados y desprotegidos, así como por la transformación de las realidades

sociales según el designio de Dios. En la medida en que, fruto de la gracia y la colaboración, crece la amistad con Dios y la perseverancia en ser dócil a su divino Plan, se internaliza con intensidad la convicción de que sólo desde la fe cristiana se pueden confrontar válidamente los problemas y satisfacer las expectativas más profundas del ser humano.<sup>12</sup>

<sup>12</sup> Cfr. JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Christifideles Laici*, n. 34.



## Compañías misioneras

DOMINIQUE VERMERSCH\*

*¿Compañía misionera?*

Me han pedido presentar las nuevas comunidades y los movimientos eclesiales como “compañías misioneras”. Al inicio esta expresión me dejó perplejo. Buscando en el diccionario, leo que *compañía es una asociación de personas reunidas con estatutos comunes*: compañía mercantil, marítima, de seguros... una multiplicidad de ocupaciones y horizontes. Si consultamos las definiciones canónicas relativas a las nuevas comunidades y los movimientos eclesiales, descubrimos que se trata de asociaciones de personas reunidas con estatutos que testimonian una vocación misionera común, un don de Dios para la Iglesia y para el mundo. Es cierto que nuestras compañías son diferentes según su actividad, organización y presencia internacional, lo que demuestra la catolicidad de los movimientos y comunidades, así como de las Iglesias particulares en las que operan. El término “compañía” incluye la realidad y la necesidad de “estar juntos”: estar unidos en nuestro deseo de vivir en “compañía de Jesús”. Para la Comunidad del Emmanuel, “Dios con nosotros”, se trata sobre todo de vivir cerca a Dios, unidos a Dios, para poder ayudar a cada hombre a descubrir la cercanía de Jesús. A través de nuestra vida cotidiana, impregnada del amor de Dios, deseamos ofrecer nuestros corazones, nuestras manos, nuestra inteligencia para que nuestro prójimo pueda gozar de la bondad del Señor. Etimológicamente el término “compañía” nos recuerda que lo fundamental es compartir el pan. La misión es fruto de la eucaristía y conduce a ella;

\* Moderador de la Comunidad del Emmanuel.

Jesús es el pan donado para la vida del mundo (*Jn* 6, 51). La historia de las compañías más antiguas, como la Compañía de Jesús, refleja esta realidad; es una historia que invita a la audacia de la misión, es decir, a ampliar los horizontes de la misión. El hecho de que la mayor parte de las nuevas comunidades y de los movimientos eclesiales sean de “derecho pontificio”, no hace más que precisar canónicamente la disponibilidad a participar en la misión de la Iglesia universal. Este título nos remite al deber de estar siempre preparados: preparados para misiones que ocupen toda nuestra existencia, cualquiera que sea nuestra condición de vida, sacerdotes, consagrados o laicos.

*Brechas culturales, brechas apologéticas*

Las nuevas comunidades y los movimientos eclesiales son compañías misioneras con un fuerte componente laical, que les permite ocuparse en diversos ambientes. Antes que nada no pueden ser considerados como “depósitos” de operadores pastorales. En efecto, las nuevas comunidades y los movimientos eclesiales sufren la clásica “división del trabajo” (repitiendo la expresión del cardenal Lustiger) entre sacerdotes y laicos, que ha prevalecido en el equilibrio interno en la vida de la Iglesia: a los primeros, el culto y el apostolado, y a los otros la gestión de la cosas temporales.<sup>1</sup> Aún quedan algunas huellas de esta división: sobre todo en los laicos, que a veces la reproducen al interno de su esfera de actividad, reduciendo su aporte apostólico a una asistencia pastoral, corriendo el riesgo de una pseudo-clericalización y de deformar la relación de complementariedad entre sacerdotes y laicos, transformándola en una relación de poder, debido a una comprensión equivocada del sacerdocio ministerial.

<sup>1</sup> Cfr. J.-M. LUSTIGER, *Testigos de la novedad de vida*, en: *Congreso del laicado católico. Roma 2000*, editada por el Pontificium Consilium pro Laicis, Ciudad del Vaticano 2002, 199-214.

El lugar más apropiado para el apostolado de los laicos es el mundo: «Allí están llamados por Dios»<sup>2</sup> y se encuentran en la «línea más avanzada de la vida de la Iglesia; por ellos la Iglesia es el principio vital de la sociedad humana».<sup>3</sup> Las nuevas comunidades y los movimientos eclesiales contribuyen a inscribir la vocación y la misión del laico en el mismo ministerio de la Iglesia. Para las nuevas comunidades y movimientos eclesiales es clarísimo cómo los laicos se encuentran en la *línea más avanzada de la vida de la Iglesia*: la trama de su historia y su vida es el resultado del encuentro entre la Iglesia y el mundo, entre el anuncio de salvación y su aceptación. Los callejones sin salida de la modernidad, los obstáculos con los que se enfrenta una racionalidad humana separada de cualquier tipo de trascendencia, terminan por convertirse en muchas “brechas”<sup>4</sup> en el muro, donde tarde o temprano podrá penetrar la luz de Dios. Los jóvenes laicos están llamados a introducirse en estas brechas: es allí donde se realiza su vocación. En otras palabras, estas brechas culturales deben ser consideradas como “brechas apologéticas” que abren el camino a nuevas posibilidades de diálogo entre la fe y la cultura, de donde brotan las nuevas intuiciones misioneras. Hoy en día son tres los problemas fundamentales que exigen una respuesta: la producción y la transmisión del saber, la solidari-

<sup>2</sup> CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen Gentium*, n. 31. Exhortación apostólica *Christifideles Laici* (1988) fruto del Sínodo de los Obispos del año 1987 en “Vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo a veinte años del Concilio Vaticano II” al n. 9 ha querido llamar la formulación positiva (es decir, no vacía, diciendo lo que no es) de esta vocación y misión, «afirmando la plena incorporación de los fieles laicos a la Iglesia, a su ministerio y el carácter peculiar de su vocación y misión les pertenece por propia vocación “buscar el reino de Dios tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales” (*Lumen Gentium*, 31)».

<sup>3</sup> JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Christifideles Laici* n. 9. La exhortación cita a Pío XII, *Discurso a los nuevos cardenales*, 20 febrero 1946.

<sup>4</sup> Mons. Ancel utiliza el término “brechas” a propósito de las dificultades aparentemente insuperables del esfuerzo evangelizador de los misioneros en Japón: se trataba de buscar “algunas brechas en el muro opaco del paganismo materialista y ateo: un día la luz de Dios podrá atravesar esas grietas”.

dad en el marco de un liberalismo económico sin límites y la preocupación por la ecología. Menciono sólo el primer problema. Hoy constatamos que la producción y la transmisión del saber, o sea la actividad universitaria, sometida totalmente a finalidades económicas, ya está mutilada y, sobretudo, “confisca” las jóvenes inteligencias<sup>5</sup> para sacrificarlas en el altar de lo práctico y rentable. Pero transmitir la cultura es fundamentalmente una tarea ética, y en este sentido la universidad está llamada a unificar los diversos campos del saber que, cada vez más amplios y sobre todo fragmentados, causan gran desorientación por la acción del hombre. Solamente afrontando nuevamente los problemas de la verdad, del bien y de su articulación, podrá la universidad resistir a la comercialización desenfrenada del saber. Si logra liberar las áreas de interacción entre la verdad científica y la verdad moral, entonces podrá guiar a los jóvenes a leer la realidad en función de la totalidad, separando la técnica y la economía de cada ambición desigual. En este panorama, las nuevas comunidades y los movimientos eclesiales están llamados a hacerse más disponibles para fundar y expresar de nuevo la catolicidad de la universidad.

*«¿Por qué estáis aquí todo el día parados?»*

Todos conocemos la pregunta del propietario de la viña que dirige a los obreros al atardecer (cfr. *Mt* 20, 6). Uno de los aspectos más importantes de la formación en las nuevas comunidades y los movimientos eclesiales es la ayuda que deberán brindar a los jóvenes para el discernimiento de la misión a la cual han sido llamados. Es por esto que las escuelas de formación para la misión dan una atención especial a estas nuevas realidades; son los jóvenes que hacen resaltar la novedad de los carismas de las nuevas comunidades y los movimientos eclesiales. Pero

<sup>5</sup> La expresión es del P. Olivier Bonnewijn, Profesor de Teología Moral en el IET de Bruselas.

en general, estoy convencido de que el suceso de las nuevas realidades de asociación dependerá de su capacidad de renovar la misión y así la vida cristiana. En este clima muchos jóvenes intentan dar una “dirección misionera” a sus propios estudios, a sus primeros pasos en el mundo del trabajo; algunas familias no dudan en transferirse a las residencias universitarias para ponerse al servicio de las escuelas de evangelización, o a mudarse a periferias abandonadas y alejadas para acompañar el desarrollo de las comunidades cristianas.

*Aporte a la revelación y difusión del misterio de la Iglesia*

Las nuevas comunidades y los movimientos eclesiales pueden ser definidos “compañías misioneras” porque entienden su misión como su aporte al desarrollo de la Iglesia, a la revelación del misterio de la Iglesia al mundo, que es el misterio del Reino de Dios. Leamos a este propósito al cardenal de Lubac: «Y es que la Iglesia es un misterio de fe. “Como los demás misterios, también ella sobrepasa la capacidad y las fuerzas de nuestra inteligencia”. Y lo que es más, se puede afirmar que ella viene a ser para nosotros como el lugar donde confluyen todos los misterios». <sup>6</sup> También nosotros contribuimos a revelar y a difundir el misterio de la Iglesia cuando reconocemos en las “brechas” de la modernidad una obra de la Providencia que guía la historia, porque encontramos a través de ellas, nuevas posibilidades de crecimiento para la Iglesia, fundada sobre el misterio de la Redención. La Iglesia «en cierto sentido, puede definirse “movimiento”, pues, es la realización en el tiempo y en el espacio de la misión del Hijo por obra del Padre con la fuerza del Espíritu Santo». <sup>7</sup>

<sup>6</sup> H. DE LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia*, Pamplona 1959, 14.

<sup>7</sup> JUAN PABLO II, *Mensaje a los participantes al Congreso mundial de los movimientos eclesiales*, en: “L'Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 5 de junio de 1998, 11, n. 5.

*Aporte a la renovación de la conciencia misionera de la Iglesia*

Es un hecho que las nuevas comunidades y los movimientos eclesiales se organizan y consolidan en las Iglesias locales, aportando en la renovación de su conciencia misionera. Precisamente este trabajo ordinario en la vida de la Iglesia permite determinar los estados de vida: sacerdotes, laicos, consagrados. Nuevas comunidades y nuevos movimientos eclesiales realizan en este modo, según sus competencias, las condiciones internas para la puesta al día de la Iglesia según el deseo del Concilio Vaticano II. La inmersión en la vida ordinaria de la Iglesia implica para nosotros el no remarcar demasiado nuestra identidad, para no sucumbir a una institucionalización abusiva; por otra parte comporta aceptar el estar rodeados por una cierta aversión hacia nosotros, basada en la acusación de hacer una “iglesia aparte”. Aceptar esta tensión sana entre institución y carisma contribuye a la madurez eclesial de las nuevas comunidades y los movimientos eclesiales y hace que vivamos y testimoniemos la conciencia específicamente sacerdotal del Pueblo de Dios. Esta toma de conciencia es la clave de la formación, razón por la cual en las nuevas comunidades y movimientos eclesiales la formación y misión están estrechamente unidas y son las dos caras de una misma moneda. Esta mutua relación depende del hecho de que la nueva evangelización permita que la fe y la razón se encuentren nuevamente. Si pensamos en la imagen de las dos alas,<sup>8</sup> conjugar fe y razón producirá inicialmente un batir de alas incierto, en busca de nuevas armonías y sinergias. Aquí tenemos uno de los problemas que debemos afrontar para que las comunidades y los movimientos eclesiales alcancen la madurez. Comparando nuestras experiencias, podemos eviden-

<sup>8</sup> «La fe y la razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad. Dios ha puesto en el corazón del hombre el deseo de conocer la verdad y, en definitiva, de conocerle a Él para que, conociéndolo y amándolo, pueda alcanzar también la plena verdad sobre sí mismo» (JUAN PABLO II, Carta encíclica *Fides et Ratio*, Introducción).

ciar que algunos son más propensos a crecer en la fe, otros al ejercicio de la razón, según el planteamiento cultural. Sostenidos por las alas de la fe y la razón, los diversos carismas están llamados a producir un batir de alas armonioso, de modo de “con-tener”, en ambos sentidos del término, los diversos métodos y modalidades de la nueva evangelización, para evitar antinomias o el que prevalezca una dimensión sobre la otra; un batir de alas armonioso que sea capaz de compartir con toda la comunidad eclesial las nuevas formas de misión, como es el caso de los congresos internacionales para la nueva evangelización organizados en los últimos años en algunas de las capitales europeas.

*Conclusión: La alegría constitutiva del ser de las nuevas comunidades y de los movimientos eclesiales*

“La belleza de ser cristianos y la alegría de comunicarlo” fue el tema del encuentro de los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades en el año 2006. La metafísica clásica enseña que lo trascendental del ser – lo verdadero, lo bello, lo bueno – se comunica entre sí. Esta comunicación es asegurada por el Espíritu Santo y esta comunicación es una alegría: en este sentido, Benedicto XVI afirmó que la alegría es el otro nombre del Espíritu Santo. Es además, la razón profunda de la alegría que caracteriza los diversos carismas, “el ser” de las nuevas comunidades y de los movimientos eclesiales. En este mundo afligido por la pérdida de sentido y de la tristeza, el Señor nos hace ser la alegría para el mundo. Alegría y humildad van al mismo paso y nos invitan a llevar la esperanza al mundo.



## Forjas de nuevas vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada

Mons. MASSIMO CAMISASCA\*

Cuando, bajo el impulso de don Luigi Giussani, inicié en el año 1985 la aventura de una nueva comunidad sacerdotal de la cual he sido hasta hoy el superior, jamás habría imaginado lo que ésta habría representado para mí y para las decenas y decenas de jóvenes que me habrían seguido hasta llegar al sacerdocio e ir “a todo el mundo a llevar la verdad, la belleza y la paz, que se encuentra en Cristo Redentor”.<sup>1</sup> Quisiera contaros, con muy sincera humildad y también con gratitud a Dios, el fondo de esta experiencia – considerando también la de otras comunidades y movimientos – y respondiendo así a la pregunta: ¿por qué estas nuevas comunidades han visto nacer en ellas un número significativo de vocaciones, tanto laicales como sacerdotales y religiosas? ¿No son estas vocaciones la respuesta al deseo de Juan XXIII de que el Concilio Vaticano II representase un “nuevo Pentecostés” en la Iglesia?<sup>2</sup> ¿cómo se explica este fenómeno?, ¿qué dice a la Iglesia?

En la primera parte de mi charla intentaré responder a estas preguntas. En la segunda parte, deteniéndome brevemente en la realidad de la Fraternidad Sacerdotal de los Misioneros de San Carlos Borromeo, me permitiré exponer algunas anotaciones sobre cómo los movimientos y las nuevas comunidades han afrontado la realidad de la vida sacerdotal en su interior.

\* Superior General de la Fraternidad sacerdotal de los Misioneros de San Carlos Borromeo.

<sup>1</sup> JUAN PABLO II, *Audiencia por el trigésimo aniversario de Comunión y Liberación*, n. 4, en: “*Insegnamenti*” VII, 2 (1984), 697.

<sup>2</sup> Cfr. JUAN XXIII, *Constitución apostólica de convocación al Concilio Vaticano II*.

## 1. LAS VOCACIONES EN LOS MOVIMIENTOS

Desafortunadamente ya es un dato consolidado, que en la segunda mitad del siglo XX se haya asistido a una reducción de las vocaciones sacerdotales tanto diocesanas como religiosas.<sup>3</sup> No entraré en el análisis de estos datos, ni en las razones de tal crisis que, por cierto, no puede ser indiferenciada. En lo concerniente a las diócesis, hemos asistido – sobre todo a finales de los años sesenta y en adelante – a una reducción progresiva de ingresos en el seminario y de las ordenaciones sacerdotales, pero que afortunadamente no es homogénea en todo el mundo. Este hecho afecta sobre todo al Occidente, aunque ahora se experimenta un leve repunte. En lo que concierne a la vida religiosa, además de los abandonos ya conocidos y que se dieron en muchas grandes órdenes durante los años del Concilio Vaticano II y en los años inmediatamente posteriores, asistimos a una crisis de muchos institutos religiosos de vida activa. Afortunadamente esta crisis no corresponde a la vida monástica. Más allá de la interpretaciones que se den a este fenómeno, valen las palabras que el entonces cardenal Ratzinger dijo a Vittorio Messori en *Informe sobre la fe* (1985): «Mientras viejas formas salen de escena, lo nuevo entra y crece en el silencio. Nuestra tarea es de tener las puertas abiertas, prepararles el espacio».<sup>4</sup> Este libro fue escrito sólo cuatro años después del primer congreso mundial de los movimientos (septiembre 1981) y un año antes del sínodo de los obispos sobre los laicos en la Iglesia, que tuvo lugar en el año 1987 y que dio como fruto la importante exhortación de Juan Pablo II *Christifideles Laici* publicada en el año 1988. El sínodo de obispos siguiente tendría como tema la misión sacerdotal. El documento análogo conclusivo *Pastores Dabo Vobis* tendría como contenido páginas decisivas, pero

<sup>3</sup> Cfr. Datos de la Congregación para el Clero, consultables en la página web [www.clerus.org](http://www.clerus.org).

<sup>4</sup> Cfr. J. RATZINGER, *Informe sobre la fe*, Madrid 1985, 51.

aún en gran parte desoídas, sobre la relación entre los movimientos y la vida sacerdotal.<sup>5</sup> ¿Cómo nos explicamos un florecimiento tan excepcional de vocaciones en las nuevas comunidades?<sup>6</sup>

Los seminarios “Redemptoris Mater” de los neocatecumenales, que son más de setenta en el mundo, acogen a muchos centenares de seminaristas. Después de la jornada del Papa en Loreto,<sup>7</sup> en el encuentro vocacional se “alzaron” dos mil chicos para el seminario y mil doscientas chicas para la vida religiosa. En Colonia<sup>8</sup> se han alzado más de cinco mil personas. El movimiento de los Focolares tiene en su seno más de ocho mil consagrados. Los *Memores Domini*, laicos dedicados a Dios al interno del movimiento de Comunión y Liberación, son aproximadamente dos mil. Cuando don Giussani, hace más de veinte años, en el 1987 en concomitancia con el Sínodo sobre el laicado fue invitado a Asís a un encuentro de novicios y de hermanos franciscanos que habían descubierto su vocación o la habían reforzado en el movimiento de Comunión y Liberación, estaban presentes doscientos hermanos. Muchos sacerdotes y religiosas pueden contar que han descubierto su vocación a través de los movimientos y las nuevas comunidades. Así entre los focolares, entre los miembros de Comunión y Liberación, entre los neocatecumenales, los de Renovación Carismática, etc., participando en sus encuentros vemos juntos laicos, sacerdotes y religiosos. Pero esto no es todo, los movimientos no sólo han representado una ocasión de descubrimiento de la vocación al interno de antiguos institutos, sino que han representado el surgimiento de nuevos institutos, de

<sup>5</sup> Cfr. JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Pastores Dabo Vobis*, n. 68.

<sup>6</sup> Prefiero de ahora en adelante utilizar esta expresión “nuevas comunidades”, que en su indeterminación abarca mejor las experiencias nacidas a partir de los años cincuenta en adelante en la Iglesia, ya que se configuran en formas muy diversas siendo imposible de ponerlas bajo una sola categoría en un único designio histórico. Creo que el matrimonio es una vocación pero en el ámbito de esta charla me refiero a las vocaciones sacerdotales, religiosas y laicales de dedicación o consagración a Dios, al que está dedicado este congreso.

<sup>7</sup> Visita pastoral con ocasión del *Agorà de los jóvenes italianos*, 1-12 septiembre 2007.

<sup>8</sup> XX Jornada Mundial de la Juventud, Colonia 16-21 agosto 2005.

nuevas formas de vida consagrada y laical: pensemos en las comunidades carismáticas en Francia como la *Communauté de l'Emmanuel* o la *Communauté des Béatitudes*, por citar dos de las más significativas; pensemos en la *Fraternité Saint Jean*, que ha nacido como reforma del orden dominicano con el Padre Marie Dominique Philippe. Son comunidades que abren nuevos interrogantes sobre las respuestas canónicas que dar su misma vida, pero que representan sobre todo la señal de que el Espíritu de Dios no se detiene jamás. Junto a las vocaciones significativas en los monasterios han nacido nuevas comunidades monásticas llamadas “monjes en ciudad” que en medio al ruido de las ciudades modernas, «buscan santificarse viviendo una misteriosa vida escondida con Cristo en Dios».<sup>9</sup> ¿Qué cosa puede unir este mundo así variado? Todas estas vocaciones son sin duda obra del Espíritu Santo, así como cada vocación, pero ¿qué camino ha escogido el Espíritu? Creo poder dar esta respuesta:

### *Carisma personal*

La vocación nace como descubrimiento de una totalidad de vida, de una pasión extrema. De una belleza profunda e incisiva reconocida en un hombre o en una mujer. Si se les pregunta a estos chicos o a estas chicas que deciden vivir enteramente para Cristo, se encuentra en ellos esta respuesta: queremos vivir como vive él, como vive ella...

### *La vida como vocación*

Esto no representa de ninguna manera una forma de un seguimiento sin libertad, impersonal, como si fuera una alienación de sí. Al contrario, a través de los movimientos y comunidades miles de jóvenes han podido descubrir su vida como vocación y respuesta a un Tú que llama. Este des-

<sup>9</sup> A. FAVALE, *Comunità nuove nella Chiesa*, Padova 2003, 120.

cubrimiento simple y profundísimo es verdaderamente revolucionario y se revela también hoy – en una época abismalmente distinta a los años cincuenta de Chiara Lubich, a los años sesenta de don Giussani, a los setenta de Kiko Argüello etc., es el verdadero centro de la respuesta a nuestra pregunta, la verdadera razón del prodigioso florecimiento de vocaciones actualmente, en la época llamada post-moderna. Todo esto es absolutamente decisivo. Después de una llamarada de las grandes motivaciones ideales y políticas representadas por las tres décadas de reconstrucción después de los desastres de la segunda guerra mundial, la mayor parte de los jóvenes hoy ha renunciado a proyectos altos, prefiere limitarse a responder a la fragmentación de ideales pequeños. No hay a nadie a quien responder sino a sí mismos y aún en ese caso, responden a un yo reducido. El descubrimiento de que la vida es vocación, dilata el yo y está acompañada de la revelación de que todo esto no es una utopía porque ha sido vivido por miles de jóvenes frágiles y en búsqueda como nosotros de la felicidad; ésta es la clave para un cambio total.

### *Relatividad de los unos a los otros*

Si bien en formas muy diferenciadas, al interno de estas comunidades viven juntos, no necesariamente en forma física, laicos, sacerdotes y religiosas, casados y solteros, jóvenes y ancianos. Ésta es otra razón que explica, más allá de cualquier intento de teoría sobre la teología del Pueblo de Dios, el florecimiento de una vocación. Si pensamos, por ejemplo, en una de las mayores razones de la dificultad de la vida sacerdotal hoy, debemos decir que es la soledad. El pueblo parece desmigajarse en torno al cura. Los que quedan muchas veces deben ir lejos por cuestiones de trabajo o por otras necesidades. Los momentos de reunión, como por ejemplo la misa dominical, reúnen muchas veces personas que ya no se conocen o que rara vez se encuentran. No es así en los carismas personales. En estas comunidades se vive una profunda correlación de los unos con los otros. Quien vive la vida monástica, quien

reza con el diurnal, lleva en su oración rostros y nombres concretos, sufrimientos y alegrías conocidas. Así el ministerio sacerdotal es alentado a dejar de lado cualquier tipo de clericalismo y el autoritarismo; no necesita imponerse y acepta fácilmente las exigencias de los laicos que son para el sacerdote, sobre todo, hermanos y responsables de la comunidad, antes de ser simplemente los fieles que le tocaron en suerte.

### *Positividad de la vida cristiana*

Por último quisiera subrayar que la vocación nace como un descubrimiento positivo de la propia vida. Muchos son los caminos al interno de la Iglesia, muchas las sensibilidades y las llamadas espiritualidades. Pero ciertamente una particularidad reúne la gran parte de las comunidades recientes: el valor positivo, humanista, apasionante, que hace plena la vida cristiana. Todos o casi todos conocen naturalmente la invitación de Jesús: sólo quien pierde la propia vida la salvará (cfr. *Lc* 17, 33). Todos o casi todos saben que sólo si el grano de trigo muere da fruto (cfr. *Jn* 12, 24). Pero el acento no es puesto en la fuga del mundo, en la negatividad de la historia y de los bienes de la tierra. Hasta las afirmaciones bastante desconcertantes y nuevas, por ejemplo la de don Luigi Giussani sobre el ciento por uno acá,<sup>10</sup> que retoma la promesa de Cristo (cfr. *Mc* 10, 29-30; *Mt* 19, 28-29; *Lc* 18, 28-30), sobre el fin del mundo ya iniciada en su realización definitiva,<sup>11</sup> sobre la virginidad como posesión,<sup>12</sup> sobre la pobreza como tener todo en Jesús,<sup>13</sup> sobre la obediencia como amistad.<sup>14</sup> Aún si la esencia de la experiencia de la

<sup>10</sup> Cfr. L. GIUSSANI, *Si può vivere così? Uno strano approccio all'esistenza cristiana*, Milano 2001, 351ss; ID., *Si può vivere (veramente) così?*, Milano 2005, 554ss.

<sup>11</sup> Cfr. ID., *Si può vivere così?*, cit., 151ss.

<sup>12</sup> *Ibid.*, 349 ss; ID., *Si può vivere (veramente) così?*, cit., 510ss.

<sup>13</sup> Cfr. ID., *Si può vivere così?*, cit., 213ss; ID. *Si può vivere (veramente) così?*, cit., 341ss.

<sup>14</sup> Cfr. ID., *Si può vivere così?*, cit., 122ss.

vida cristiana es siempre idéntica, los tonos, los acentos, han sido profundamente cambiados y explican así las razones de crecimiento incluso cuantitativo de tantos movimientos.

## 2. LOS SACERDOTES EN LOS MOVIMIENTOS Y LAS FORMAS CANÓNICAS DE SU EXPRESIÓN

En el curso de la historia reciente se han verificado de hecho diversas soluciones prácticas, pastorales y canónicas respecto a la relación entre los sacerdotes, cuya vocación ha nacido y se ha desarrollado al interno de un movimiento y el mismo movimiento en su totalidad. De hecho es imposible recoger en un esquema todas las topologías. Me parece que se podría decir así: muchos movimientos, entre los más significativos como el Camino Neocatecumenal, los Focolares, Comunión y Liberación, San Egidio etc., han subrayado la importancia de un enraizamiento en la vida diocesana de sus comunidades y de sus miembros. Los focolares han decidido pedir a los Obispos que algunos de los sacerdotes diocesanos, que viven la espiritualidad del movimiento, se dediquen en modo particular al movimiento, siendo parte del clero diocesano pero adheridos en modo específico al instituto fundado por Chiara Lubich. El Camino Neocatecumenal ha hecho nacer – como ya mencioné – un número relevante de seminarios diocesanos, en los que los jóvenes una vez ordenados y siendo incardinados en la diócesis en la que se encuentra el seminario – que raramente es su diócesis de origen –, han subrayado sin embargo la importancia de su arraigo en las Iglesias diocesanas. Estos jóvenes sacerdotes se dedicarán predominantemente al Camino, aunque después de un servicio de algunos años en las parroquias de la diócesis en las que han sido incardinados. También Comunión y Liberación ha continuado a mandar a sus seminaristas a los seminarios diocesanos, aunque se han registrado, lamentablemente, dolorosos rechazos de parte de algunas diócesis a causa de su pertenencia

cia al movimiento, sobre todo en Milán. Hablaremos así del nacimiento de la Fraternidad de San Carlos. La comunidad de San Egidio, por lo que conozco, se ha decidido también por la incardinación diocesana de sus sacerdotes. Otros movimientos nacen de congregaciones religiosas, como por ejemplo el *Regnum Christi* de los Legionarios. En estos casos, o como en comunidades monásticas que tienen alrededor suyo grupo de fieles casados o no, se trata de soluciones clásicas que no presentan problemas canónicos.

La Fraternidad San Carlos representa un caso original que afronto en nuestro tema. Hablo de ésta no para resaltarla sino porque es la que conozco más de cerca y me parece que pueda ofrecer sugerencias para el presente y el futuro de la Iglesia. La Fraternidad nace inmediatamente después de la promulgación del nuevo Código de derecho canónico en 1985, actualmente está formada sólo de sacerdotes y seminaristas provenientes del movimiento. No se excluye que en futuro pueda acoger a otros jóvenes que estén interesados en educarse según el carisma del movimiento y en pertenecer a éste. La Fraternidad San Carlos es canónicamente un sociedad de vida apostólica de derecho pontificio reconocida por la Santa Sede en 1999, que es herencia de aquella sociedad de vida común que preveía el código “pío-benedictino” y que habían florecido en la Tradición inaugurada por San Felipe Neri con su oratorio. El código de Juan Pablo II prevé el derecho de incardinación para estas comunidades y ofrece, a mi parecer, una interesante solución al problema de dónde deben ser incardinados estos sacerdotes. Éstos, a mi parecer, no pueden sino depender en cuanto a la formación, las cartas dimisorias para su ordenación y, para su vida sacerdotal, de un superior que sea sacerdote. El código permite que éste sea un ordinario a través de la realidad de estas sociedades nacidas de un carisma personal. Tenemos entonces los siguientes cuatro elementos.

Primero que todo se trata de un instituto que ha nacido bajo el mismo carisma del movimiento, cuyos superiores son por lo tanto personas que pertenecen a ese movimiento. Éstos responden por la educa-

ción de los jóvenes, por su ordenación y por su vida sacerdotal no sólo ante el movimiento, sino ante la Iglesia misma en cuanto que la referencia de un ordinario es la Santa Sede misma a través de la congregación específica (de religiosos, de la evangelización de los pueblos, etc.).

Aunque la Educación y la vida de los seminaristas y de los sacerdotes se dan según el carisma del movimiento, se evita que las decisiones sobre su ordenación, disciplina y vida pastoral sean tomadas por los laicos. Cosa que creo se debe excluir.

Todo depende, por lo tanto, de la comunión que se vive entre los superiores y los responsables del movimiento, cosa que no puede ser garantizada por ningún derecho, pero que es esencial con cualquier forma de solución canónica adoptada.

Al respecto ha escrito Andrea D'Auria: «Respecto a la experiencia de la Fraternidad de San Carlos Borromeo, gozando de reconocimiento pontificio y teniendo como superior un Ordinario (can. 134), afirmamos que se ha evitado una auto-referencialidad del movimiento. Un instituto pontificio está bajo la directa jurisdicción de la Santa Sede y los sacerdotes de la Fraternidad de San Carlos Borromeo, si bien tienen una dedicación particular a Comunión y Liberación, son ordenados para las necesidades de la Iglesia universal, según una dinámica misionera y ahí donde los obispos piden nuestra presencia para un servicio en sus respectivas diócesis. De esta manera, a mi parecer, se evita, por una parte el riesgo de que un movimiento “ produzca sus propios capellanes ” y por otra parte se asegura que la formación de los seminaristas y de la vida sacerdotal se realice según los requisitos que se piden en conformidad con el derecho universal, evitando que la referencia a un ámbito de incardinación sea sólo un disimulo del derecho».<sup>15</sup>

Por último quisiera subrayar cómo esta fórmula canónica ha permitido en estos años un interesante desarrollo misionero e internacional

<sup>15</sup> A. D'AURIA, *Incardinazione dei preti nei movimenti? Riflessioni su un tema attuale*, en: *L'istituto dell'incardinazione. Natura e prospettive*, a cura di L. Navarra, Milano 2006, 396.

de la Fraternidad de San Carlos. Por la agilidad que el derecho permite se han abierto diversas casas en veintiocho diócesis del mundo en las cuales los sacerdotes viven enteramente al interno de la pastoral diocesana, bajo la guía del obispo local, hablando a los hombres y mujeres, sirviendo con aquel acento particular, con aquella pasión que ha comprometido toda su existencia. De este modo la incorporación a un movimiento no viene a ser un obstáculo, sino un valor agregado de su servicio a la diócesis. Juan Pablo II había dicho a los sacerdotes de *Comunión y Liberación* el 12 de septiembre del 1985: «Los carismas del Espíritu siempre crean afinidades, destinadas a dar a cada uno apoyo para su tarea objetiva en la Iglesia. Es ley universal la creación de esta comunión. Vivirla es un aspecto de la obediencia al gran misterio del Espíritu. Por esto, un auténtico movimiento es como un alma vivificante dentro de la Institución. No es una estructura alternativa a la misma. Es, más bien, fuente de una presencia que continuamente regenera su autenticidad existencial e histórica. Por lo mismo, el sacerdote debe encontrar en un movimiento la luz y el calor que le haga capaz de ser fiel a su obispo, que le disponga a cumplir generosamente los deberes que señala la Institución y que le dé sensibilidad a la disciplina eclesial, de manera que sea más fecunda la vibración de su fe y la satisfacción de su fidelidad».<sup>16</sup>

<sup>16</sup> JUAN PABLO II, *Discurso del Santo Padre a los participantes en la tanda de ejercicios espirituales organizada por el Movimiento de Comunión y Liberación*, en: "L'Osservatore Romano", ed. en lengua española, 29 de septiembre de 1985, 11.

## Ambientes de formación permanente de los presbíteros

Mons. CLAUDIANO STRAZZARI\*

Quisiera iniciar este diálogo citando la *Pastores dabo vobis*: «La formación permanente de los sacerdotes, tanto diocesanos como religiosos, es la continuación natural y absolutamente necesaria de aquel proceso de estructuración de la personalidad presbiteral iniciado y desarrollado en el Seminario o en la Casa religiosa, mediante el proceso formativo para la Ordenación. Es de mucha importancia darse cuenta y respetar la intrínseca relación que hay entre la formación que precede a la Ordenación y la que le sigue».<sup>1</sup>

Presento aquí mi experiencia de la formación permanente, tal como se ha estructurado en el seminario “Redemptoris Mater” de Roma donde trabajo desde 1987, primero como vicerrector (1987-1998) y después, desde 1999 hasta el momento, como rector (después de la muerte de monseñor Giulio Salimei, obispo auxiliar de Roma y primer rector). Se trata de una experiencia significativa porque, además de la duración – este año celebramos veinte años – el número de presbíteros ordenados y acompañados es de doscientos cincuenta aproximadamente.

Como recuerda la *Pastores dabo vobis* la formación permanente de los presbíteros tiene una relación intrínseca con la formación recibida en el seminario. Pienso que es oportuno, por lo tanto, antes de presentar la actividad desarrollada con los sacerdotes, señalar brevemente a las líneas formativas del seminario “Redemptoris Mater”.

\* Rector del seminario diocesano misionero “Redemptoris Mater” de Roma.

<sup>1</sup> JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Pastores Dabo Vobis*, n. 71.

## 1. EL SEMINARIO “REDEMPTORIS MATER”

El “Redemptoris Mater” de Roma erigido canónicamente el 14 de febrero de 1988, es el primero de los numerosos seminarios “Redemptoris Mater” presentes hoy en el mundo. Estos seminarios nacen de la experiencia del Camino Neocatecumenal y de la necesidad de formar presbíteros para la nueva evangelización. Tal finalidad está ya clara en los primeros artículos del Estatuto que afirman «El Colegio Diocesano “Redemptoris Mater” de formación al presbiterado para la nueva evangelización de Europa ha sido constituido por el eminentísimo cardenal vicario Ugo Poletti para la diócesis de Roma, dando respuesta al deseo del Santo Padre Juan Pablo II» (Estatuto, art. 1). «El Colegio acoge a todo joven y adulto de fe probada, de buen testimonio de vida cristiana e idóneo a los estudios, que se hace disponible como presbítero diocesano, a ser enviado por el cardenal vicario a servir a cualquier Iglesia particular, de Europa o del mundo en necesidad, dentro de las necesidades de los obispos interesados según las indicaciones de la *Postquam Apostoli* [n.1]» (Estatuto, art. 3).

El seminario tiene cuatro características fundamentales: en primer lugar, es diocesano en todos sus efectos: el artículo 18 § 3 del “Estatuto del Camino Neocatecumenal” afirma: «Los seminarios diocesanos y misioneros Redemptoris Mater son erigidos por obispos diocesanos, de acuerdo con el equipo responsable internacional del Camino y se rigen según las normas vigentes de formación y la incardinación de los clérigos diocesanos según los propios estatutos, en la aplicación de la *Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis*. [...] En ellos los candidatos al sacerdocio [...] son preparados a la “genuina elección presbiteral de servicio al interior del Pueblo de Dios, en la comunión fraterna del presbiterio”». Además es misionero: siendo la Iglesia local un pleno y concreto sujeto misionero, entre el carácter diocesano del seminario y su carácter misionero subsiste una relación esencial. Estas dos características no sólo no se contradicen sino que se integran y se complemen-

tan mutuamente: según el espíritu de la *Postquam Apostoli* (cfr. n. 16), que ha inspirado la creación del seminario “Redemptoris Mater”, haciendo que éste sea así uno de los instrumentos con los que la Iglesia diocesana se abre a la evangelización universal. Una vez ordenados, los presbíteros están a disposición del obispo para ser enviados en misión; pero no por sí solos, como misioneros individuales, sino más bien como ministros que presiden la misión de la entera comunidad cristiana, como afirma el Estatuto “en tal misión de evangelización los presbíteros serán apoyados por familias enteras, formadas en el Camino Neocatecumenal, las cuales son disponibles a ser también enviadas a las zonas más secularizadas” (Estatuto, art. 2). El “Redemptoris Mater” es, además, internacional: por ejemplo, los cien alumnos del seminario de Roma son de 30 nacionalidades diferentes (casi la mitad son romanos o de la región Lazio). Por último, todos los estudiantes provienen de las comunidades del Camino Neocatecumenal y todos están dispuestos a ejercer su futuro ministerio presbiteral en cualquier parte del mundo. Por lo tanto, «en vistas a la nueva evangelización, el itinerario de formación incluye la participación directa y personal en el Camino Neocatecumenal, que será instrumento pastoral privilegiado para que los cristianos alejados redescubran el don del bautismo y los ateos puedan ser conducidos a la fe» (Estatuto, art. 6).

Estas características responden a aquello que ha auspiciado Juan Pablo II en la *Pastores dabo vobis*: «También *las asociaciones y los movimientos juveniles*, [...] pueden y deben contribuir a la formación de los aspirantes al sacerdocio, en particular de aquellos que surgen de la experiencia cristiana, espiritual y apostólica de estas instituciones. Los jóvenes que han recibido su formación de base en ellas y las tienen como punto de referencia para su experiencia de Iglesia, no deben sentirse invitados a apartarse de su pasado y cortar las relaciones con el ambiente que ha contribuido a su decisión vocacional ni tienen porqué cancelar los rasgos característicos de la espiritualidad que allí aprendieron y vivieron, en todo aquello que tienen de bueno, edificante y enri-

quecedor (cfr. *Propositio*, 25). También para ellos este ambiente de origen continúa siendo fuente de ayuda y apoyo en el camino formativo hacia el sacerdocio» (n. 68).

## 2. LA FORMACIÓN AL PRESBITERADO EN EL SEMINARIO “REDEMPTORIS MATER”

Se da mucha importancia a la formación de los seminaristas en su dimensión humana, espiritual, intelectual y pastoral. En cuanto a la dimensión humana, se subrayan algunas notas específicas: el lazo con la propia comunidad neocatecumenal, presidida por un presbítero y conformada por parejas, jóvenes, ancianos... hace crecer al seminarista como persona en un sano y concreto equilibrio afectivo, en un contacto con la realidad de la vida de todos los días; las relaciones interpersonales son favorecidas por la sinceridad recíproca – un verdadero don del Señor – que se vive en la comunidad. Es también de gran ayuda la inserción de cada alumno en un grupo de alrededor doce seminaristas. Una vez al mes los grupos tienen una salida de un día, en la cual tienen la posibilidad de intercambiar experiencias en un clima de oración y esparcimiento. Otros elementos que favorecen la formación humana son la *regula socii* (nunca se sale solo, siempre con un compañero) y la misma característica de la internacionalidad, propia del “Redemptoris Mater”, que alienta a la apertura al otro, derribando prejuicios contra otros pueblos.

La formación espiritual se cuida en todos sus aspectos, educando a los alumnos a vivir, según los tiempos del año litúrgico, el ritmo cotidiano de la liturgia de las horas, formándolos a poner la celebración de la eucaristía en el centro de la jornada y a acompañar las celebraciones comunitarias con la oración individual (adoración eucarística, rosario, *vía crucis*). También se da mucha importancia a la lectio divina (llamada *scrutatio*) que se hace de manera comunitaria todos los viernes en la tarde, e individualmente, bajo el consejo de un padre espiritual, diaria-

mente. La participación en el sacramento de la Penitencia y la dirección espiritual son regulares y frecuentes. Cada semana el rector y el padre espiritual, alternadamente, dan a los seminaristas una instrucción sobre los requisitos específicos de la vida del presbítero.

En cuanto a la formación intelectual, casi todos los seminaristas están inscritos en la Universidad Gregoriana de Roma y estudian los cursos que propone esta institución para adquirir los grados académicos que se necesitan. Para la licencia se inscriben en la Gregoriana o en otras universidades y ateneos. El prefecto de estudios, nombrado por el Cardenal Vicario, y el asistente siguen a los seminaristas individualmente y con cursos de metodología.

También la formación a la actividad pastoral es seguida con particular atención; además de los cursos de pastoral que se realizan en la universidad y los encuentros en el seminario, los alumnos participan dos veces a la semana en la vida de la propia comunidad neocatecumenal, siempre dispuestos a desarrollar eventuales servicios pastorales en la parroquia. Durante las vacaciones tienen una experiencia pastoral en tierra de misión como colaboradores de un presbítero y con el sostenimiento de familias misioneras, o también insertándose en un equipo local de evangelización. En cuanto a la naturaleza específica “diocesana” y “misionera” del seminario, los seminaristas luego viven un período más largo de experiencia pastoral en un camino preciso. La duración – normalmente de dos años – y el lugar de esta experiencia son establecidos por el rector, en comunión y colaboración con el equipo de formación y el consejo pastoral, que tiene en cuenta las necesidades formativas de cada uno. Para brindar la ayuda necesaria en este proceso formativo del seminarista está también la presencia de los catequistas, bien sea del equipo de catequesis que acompaña el itinerario de iniciación cristiana de las comunidades en las que está inserto el seminarista, sea del equipo itinerante (para el “Redemptoris Mater” de Roma, son los mismos iniciadores del Camino), que aconsejan al rector y a los formadores en el discernimiento vocacional.

### 3. LA FORMACIÓN PERMANENTE DE LOS PRESBITEROS

Paso ahora a presentar la formación permanente, teniendo presente lo que se ha dicho del seminario y de «*el lazo intrínseco que existe entre la formación precedente a la ordenación y la posterior*».<sup>2</sup>

Históricamente la formación permanente de los presbíteros de los que estoy hablando, se ha desarrollado en comunión entre el Cardenal Vicario, Ugo Poletti, y los iniciadores del Camino Kiko, Carmen y el padre Mario. Una vez terminado el período del seminario, el candidato al Orden debe vivir un año muy importante, como una especie de bisagra que lo ayuda a pasar de la vida del seminario a la vida parroquial. Para poder insertarse gradualmente en la vida pastoral parroquial y diocesana, el diácono vive establemente en una parroquia durante todo el año del diaconado. Para este importante período de tiempo se acuerdan con el párroco tres puntos fundamentales para la formación: la posibilidad de que el diácono continúe a frecuentar la comunidad neocatecumenal a la que pertenece; la posibilidad de que el diácono continúe, y posiblemente termine, los estudios para conseguir los grados académicos, según las indicaciones de la Congregación para la Educación Católica; la posibilidad de pasar dos días a la semana en el seminario: el primero para encuentros de formación pastoral, espiritual y litúrgica (para ser formados a presidir y a administrar los sacramentos de la eucaristía y de la penitencia), el segundo para participar de la lectio divina comunitaria (*scrutatio*) junto con los otros seminaristas. Para lograr los objetivos de este año fundamental de formación y de diaconado resulta indispensable una estrecha colaboración entre los formadores del seminario y los párrocos, con el respectivo presbiterio, donde trabajan los diáconos.

Una vez ordenado, el presbítero se inserta en la formación permanente verdadera y propia. Ésta es organizada siempre en colaboración entre el Cardenal Vicario y los iniciadores del Camino, según un ciclo

<sup>2</sup> *Ibid.*

de cuatro encuentros. Para facilitar la participación regular de los presbíteros, el Cardenal Vicario quiso dejar libre de cualquier compromiso pastoral el día lunes.

El primer encuentro se dedica a la pastoral; después de haber orado juntos, cada uno de los presbíteros cuenta su experiencia en la actividad pastoral que desarrolla en la parroquia: catequesis para niños y adultos, eventuales dificultades entre las relaciones de comunión y colaboración con el presbiterio, eventuales problemas de preparación y administración de los sacramentos, en particular el de la Penitencia. El compartir y escuchar la experiencia de los demás presbíteros resulta una gran ayuda para crecer en el ministerio y vivir la fraternidad.

El segundo encuentro consiste en una lectio divina comunitaria (*scrutatio*), se continúa así la experiencia de la *scrutatio* semanal que se hacía en el seminario, siguiendo el mismo esquema: la proclamación del Evangelio del domingo siguiente, una hora y media para meditar personalmente sobre la Palabra de Dios y luego un momento en el que se ponen en común libremente algunas experiencias individuales de la *scrutatio*. Esta práctica ilumina a cada presbítero sobre su vida y crea comunión entre ellos. El encuentro se concluye con la celebración de las vísperas y con la Bendición del Santísimo Sacramento. Además los presbíteros son invitados a dedicar al menos una hora al día a la meditación personal de la Palabra de Dios en vista de la celebración diaria de la eucaristía.

El tercer encuentro tiene que ver con su vida espiritual: se trata de ayudarlos a mantener y consolidar la disciplina asimilada durante los años del seminario, fundada en la Liturgia de las Horas. Se invita a los presbíteros a vivir constantemente en presencia del Señor a través de la oración del corazón y otras prácticas de piedad individual. Es importante que cada presbítero, además del propio obispo, tenga un director espiritual y alguna otra persona cualificada (un canonista, un moralista, etc.) a quien pueda dirigirse para recibir consejo sobre eventuales problemáticas.

El cuarto encuentro consiste en una celebración de la eucaristía: es una experiencia de gran comunión fraterna, que mantiene viva en los presbíteros la disponibilidad a donar su vida a Jesucristo y el celo para el anuncio del Evangelio al servicio de la Iglesia. El encuentro se concluye con un ágape fraterno.

Estos cuatro encuentros no son concebidos como momentos aislados, suficientes en sí mismos para sostener a los presbíteros en el ministerio; ni están separados del compromiso personal de cada uno para profundizar continuamente la propia vida cristiana. Más bien representan una ayuda para vivir como presbíteros la vida de la comunidad cristiana, fundada en la Palabra de Dios, la liturgia y la vida comunitaria. Justamente por ello, un presupuesto de base es que cada presbítero que ha salido del “Redemptoris Mater” continúa a tener su propia comunidad neocatecumenal: la experiencia de la comunidad como formación permanente a la vida cristiana es la base y el fundamento de la formación permanente de los presbíteros. En efecto, ésta permite al presbítero experimentar de manera concreta la pertenencia a un cuerpo, el pueblo de Dios, y alimenta su crecimiento en las virtudes cristianas que son el presupuesto indispensable para servir a Cristo en cada vocación particular.

La *Pastores Dabo Vobis* afirma, al respecto, de manera clara: «El sacerdote debe crecer en la *conciencia de la profunda comunión que lo vincula al Pueblo de Dios*; él no está sólo “al frente” de la Iglesia, sino ante todo “en” la Iglesia. Es hermano entre hermanos. [...] Como escribía Pablo VI: “Hace falta hacerse hermanos de los hombres en el momento mismo en que queremos ser sus pastores, padres y maestros. El clima del diálogo es la amistad. Más todavía, el servicio” (Pablo VI, *Ecclesiam Suam*, 56)» (n. 74). En efecto, la experiencia de veinte años de formación permanente nos ha hecho palpar el hecho de que los presbíteros no tienen tanta necesidad de conferencias o instrucciones, como de mantener vivo el espíritu del llamado; como dice una vez más la *Pastores Dabo Vobis*: «Precisamente porque la formación permanente es

una continuación de la del Seminario, su finalidad no puede ser una mera actitud que podría decirse ‘profesional’, conseguida mediante el aprendizaje de algunas técnicas pastorales nuevas. Debe ser más bien el mantener vivo un proceso general e integral de continua maduración» (n. 71).

Al ver el éxito positivo de esta experiencia, la Diócesis de Roma, para crear una comunión más plena entre los presbíteros provenientes de los cuatro seminarios diocesanos (Seminario Romano, Colegio “Capranica”, Oblatos del Divino Amor y “Redemptoris Mater”), ha propuesto dos encuentros mensuales de todos los presbíteros, subdividiéndolos en dos grupos según la fecha de ordenación (bienal o trienal), dejando los otros dos encuentros mensuales a cada seminario para continuar la propia formación específica. Actualmente, en los dos encuentros del seminario “Redemptoris Mater” se alternan la tipología del encuentro pastoral o espiritual y la del *scrutatio* o la Celebración eucarística.



### **II.3. Coloquio con los responsables y fundadores**



## Un camino de iniciación cristiana para las parroquias

KIKO ARGÜELLO\*

No he preparado nada escrito, espero ser breve. En primer lugar quisiera decir que estoy contento de estar con vosotros porque pienso que en cierto sentido éste es un seminario “histórico”. Inicialmente me incomodaba hablar de “nuevas comunidades”, porque no sé qué son, no las conozco, sé que existe la Comunidad del Emmanuel, por ejemplo, pero no he tenido tiempo de conocerla porque estoy muy ocupado en la evangelización. Conozco un poco a San Egidio, pero demasiado poco, también a Chiara Lubich... quiero decir que es importantísimo conocernos y que los obispos mismos puedan saber lo que Dios está haciendo en la Iglesia. Quisiera decir algo sobre la definición “movimientos y nuevas comunidades”. Hemos sufrido mucho cuando se ha buscado definirnos como movimiento, no porque no queramos serlo, sino porque el Camino Neocatecumenal es otra cosa. En primer lugar, yo no he fundado nada, no he proyectado nada, he sido arrastrado por Dios, junto con Carmen: ha sido Él y Él continúa todavía haciendo en nosotros cosas sorprendentes, de las cuales nos quedamos maravillados. El Camino es como un roble que todavía no ha terminado de crecer, de desarrollarse del todo, quién habría podido decir que habríamos abierto seminarios, ya son más de setenta, o que habríamos iniciado la *missio ad gentes*, o que se hubieran “alzado” las familias para las misiones – más de treinta mil familias se han ido ya en misiones – todo esto es sorprendente. Cuando los primeros itinerantes se ofrecieron a partir para evangelizar con toda su familia, con sus hijos, estábamos aterrorizados: ¿quiénes somos nosotros para impulsar esto?, ¿cómo

\* Iniciador del Camino Neocatecumenal.

vivirán?, ¿cómo comerán?, ¿con estos hijos pequeños? Pero Dios ha resuelto todo incluso en situaciones muy difíciles como en China; por ejemplo, una pareja en Madrid, ambos médicos que habían comenzado una clínica, venden todo y parten para la China, sin hablar chino... y están contentísimos, han visto que Dios ha preparado el camino y los ayuda.

Personalmente me resulta difícil hablar, porque puede parecer que me jacto, que quisiera aparecer como un santo, el “fundador”. Pero no soy un santo, soy un pecador como vosotros y como todos, ni más ni menos. Ha sido el Señor quien ha construido algo que nos ha sorprendido, una iniciación cristiana en las parroquias, en las diócesis. Por ello, cuando el Consejo Pontificio para los Laicos inició el trabajo de redacción de los estatutos, fuimos inamovibles en el hecho de que no podíamos presentarnos como una asociación laical, de lo contrario la iniciación cristiana del Camino se hubiera entendido como una iniciación para entrar en una asociación. Y nunca hemos pensado algo similar. Dios en cambio nos ha inspirado en un servicio al obispo diocesano, para las parroquias que necesitan un camino de crecimiento en la fe, para poder responder a la secularización, sin que para ello se deba entrar en una asociación particular. Para realizar la iniciación cristiana proponemos el redescubrimiento del bautismo, de las grandes riquezas del bautismo que tiene cada bautizado potencialmente ya en sí mismo, riquezas verdaderamente extraordinarias pero a menudo desconocidas. Dios nos ha inspirado un largo itinerario, más de catorce años de formación muy seria: es necesario vender los bienes, todos los bienes, es necesario ser castos, es necesario ser humildes, es necesario aprender a obedecer, ¡es necesario aspirar a la santidad!

El Camino está marcado con etapas muy significativas. Ante todo se anuncia el *kerygma*, la palabra de salvación: cada vez que se anuncia el *kerygma* se dona la salvación. Por los dos años sucesivos tenemos a los hermanos “en remojo”, escuchando la Palabra de Dios, sólo escuchando, como un vestido que está tan sucio que es necesario meterlo

“ en remojo ”. Dos años después del primer anuncio, los catequistas regresan para visitar la comunidad; a este punto cada uno será puesto frente a la cruz de Cristo; porque para proseguir el camino es necesario descubrir el sentido del sufrimiento en la propia vida. Considerad que tenemos comunidades entre los indios más pobres de Colombia, tenemos comunidades en Nepal, tenemos comunidades en las periferias de todas las ciudades, de las parroquias más necesitadas, entre los campesinos de México, Bolivia y cada uno cuenta sus propios sufrimientos: miserias, promiscuidades, soledad, violencia de todo tipo, violaciones. Enseñamos que el sufrimiento recibido en la vida es la cruz que cada uno lleva consigo, pero es una cruz que Cristo ha hecho gloriosa; es necesario descubrir el sentido salvífico que tiene la cruz de Cristo en la vida... pero ahora no os puedo explicar en detalle todo el Camino. Éste es el “ primer pasaje ”. Para presidir los ritos que marcan las etapas del Camino llamamos al obispo; desde las primeras catequesis pedimos la presencia del obispo, sobre todo cuando entregamos la Biblia, para que los hermanos se den cuenta que la Escritura no se debe interpretar de manera privada, sino que es interpretada por la Iglesia.

Al llegar a este punto afrontamos el problema de la relación con el dinero. Ninguno puede ser cristiano sin haber elegido entre Dios y el dinero. Sabéis que en los evangelios encontramos las síntesis catequéticas porque los evangelios han sido escritos durante los primeros cincuenta años de la vida de la Iglesia, cuando se desarrollaba una actividad febril de evangelización, las enseñanzas de Jesús eran vividas en este contexto, por ello detrás de cada palabra hay una praxis, por ello a menudo los evangelios tienen un carácter de diálogo casi litúrgico. Ponemos a los hermanos frente a las palabras: « Ve, vende todos tus bienes y dalos a los pobres, luego ven y sígueme » (*Lc* 18, 22). Esto Cristo no lo dice para los religiosos, para los sacerdotes, porque en esa época no había todavía sacerdotes ni religiosos. Lo dice a todos los cristianos. Hemos tenido que sufrir un poco porque muchos sacerdotes no aceptaban esta catequesis. Gracias a Dios en 1992 fue publi-

cado el *Catecismo de la Iglesia Católica* que confirma lo que nosotros enseñamos, precisamente, estas palabras están dirigidas no sólo a los religiosos.<sup>1</sup>

Después de estas etapas llega el momento de la iniciación a la oración. Enseñamos a orar, porque no se puede ser cristianos sin orar seriamente. Luego pasamos al credo, en la etapa que de llama *traditio symboli*: los hermanos estudian los artículos del Credo e van a anunciar la fe por las casas, de dos en dos, tocando las puertas, sometándose a veces al rechazo, a ver puertas cerradas en su cara. Y esto en todas las comunidades del mundo, ricas y pobres, arriesgando. A la *traditio*, la entrega del Credo, sigue la *redditio*, la re-entrega pública de la profesión de fe, que se hace en la parroquia durante la Cuaresma. Allí los hermanos tienen ya al menos diez años de camino, y hacen la profesión de fe delante de todos, diciendo porqué creen en Dios. Por lo general invitan a los familiares, amigos y conocidos para que escuchen su testimonio que resulta muy conmovedor.

El siguiente paso es el Padre nuestro; así los iniciamos a la oración contemplativa. Desde ese momento y durante todos los días de adviento y de cuaresma, los hermanos del Camino de todo el mundo se levantan a las cinco y media de la mañana y antes del trabajo rezan las Laudes juntos en la iglesia parroquial, con media hora de oración silen-

<sup>1</sup> «A sus discípulos exhorta Jesús de preferirle a Él respecto a todo y a todos, y propone “renunciar a todos sus bienes” (Lc 14, 33) por Él y por el Evangelio (cfr. Mc 8, 35). Poco antes de su pasión les mostró como ejemplo a la pobre viuda de Jerusalén que, de su indigencia, dio todo lo que tenía para vivir (cfr. Lc 21, 4). El precepto del desprendimiento de las riquezas es obligatorio para entrar en el Reino de los cielos» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2544). «Los consejos evangélicos están propuestos en su multiplicidad a todos los discípulos de Cristo. La perfección de la caridad a la cual son llamados todos los fieles implica, para quienes asumen libremente el llamamiento a la vida consagrada, la obligación de practicar la castidad en el celibato por el Reino, la pobreza y la obediencia. La profesión de estos consejos en un estado de vida estable reconocido por la Iglesia es lo que caracteriza la “vida consagrada” a Dios (cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución apostólica *Lumen Gentium*, 42-43; ID., Decreto *Perfectae Caritatis*, 1)» (*Catecismo de la Iglesia Católica* n. 915).

ciosa y contemplativa. Ya en la primera iniciación a la oración reciben el Salterio para la oración cotidiana.

Quizás os estéis preguntando: ¿es necesario hacer todo esto para ser cristianos? Yo creo que sí, creo que es necesario un itinerario de formación seria, de crecimiento de la fe, porque así podemos desarrollar las potencialidades del bautismo. No se trata de transmitir una espiritualidad particular, una espiritualidad “kikiana”, sino de redescubrir el bautismo. El Camino se inspira en el catecumenado antiguo, en el testimonio de los padres de la Iglesia; es claro que debemos hacer una síntesis para adecuar el catecumenado al hoy y esto es un arte, la catequesis es un arte. Por ello insistimos tanto en decir que el Camino Neocatecumenal no es un movimiento, es otra cosa.

Quisiera hablar algo ahora sobre la historia del Camino. Cuando llegué a Roma no hablaba italiano, era un pobretón, iba por las parroquias a buscar si querían una iniciación cristiana, y me respondían que no había necesidad de estas cosas, que me regresara a España. Entonces me fui a vivir con los pobres al Borghetto Latino, una barraca cerca a San Juan. En Madrid había estado con los pobres de Palomeras. En Portugal me fui a vivir a la zona más mísera de Lisboa. En el Borghetto Latino conocí un grupo de jóvenes de izquierda que me invitaron a un congreso de jovencitos de comunidades de base de Italia. Yo les hablé de mi experiencia, les dije que el Che Guevara es un falso profeta, que Lenin es un falso profeta... estábamos en el 68 y eran todos de izquierda. Algunos jóvenes se quedaron muy impresionados por haberme visto vivir en las barracas y dormir en el piso en medio a los ratones. Me invitaron a una misa en la parroquia de los Mártires Canadienses. Tocaban guitarra y batería y la llamaban la “Misa beat”. Les dije que la Iglesia no se reforma con guitarras sino con el Misterio Pascual, con el *kerygma*. Así comenzamos, en el mes de noviembre de 1968 nació la primera comunidad de Mártires Canadienses, hace cuarenta años. Celebraremos este recorrido con el Papa. Hoy en Roma hay cien parroquias y seiscientas comunidades, toda la

región Lazio está llena de comunidades. Y todo ha nacido de una experiencia vivida en las barracas. Es sorprendente lo que Dios ha hecho con nosotros.

Luego la Santa Sede nos pidió examinar todas nuestras catequesis, ha querido estudiar los trece volúmenes, que son trescientos cincuenta mil páginas en total. Después de cinco años de estudio atento, palabra por palabra, se nos concedió el *nihil obstat* oficial para todo el itinerario. Es más, es voluntad del Santo Padre que después de la ya próxima aprobación definitiva de los estatutos se hagan públicos los juicios positivos de la Congregación para la Doctrina de la Fe sobre pasajes particulares y contenidos fundamentales: qué dice el Camino sobre el dinero, la familia, la sexualidad... En el Camino tenemos la media de hijos por pareja más alta de Europa, más alta aún que la de los musulmanes, tenemos una media de cinco hijos por familia... hasta doce hijos y más, tantas familias hermosas, numerosas, porque hemos obedecido a la *Humanae Vitae*. Hemos enseñado a vivir el acto conyugal en la oración, como un sacramento. También en esto hemos encontrado oposición de muchos sacerdotes, especialmente en años pasados.

Quisiera decir algo sobre nuestra relación con Pablo VI. En aquel período nos acusaban de querer repetir el bautismo, una herejía gravísima, y además de ser comunidades intimistas y sin compromiso social. Tuvimos el primer encuentro con Pablo VI en el año 1974, el 8 de mayo, fiesta de la Virgen de Pompeya. Debéis saber que cuando llegué por primera vez a Roma, en 1968, el padre Dino Torreggiani, fundador de los Siervos de la Iglesia, cuyo proceso de canonización está en curso, me dijo: Kiko, vamos donde la Virgen María, pongamos todos tus proyectos a sus pies. Y fuimos al santuario de la Virgen de Pompeya. Pues bien, el 8 de mayo, un signo de que la Madre nos estaba ayudando, el Papa Pablo VI nos dijo: he aquí un fruto del Concilio: vosotros, siendo lo que sois, hacéis ya apostolado, esto en cuanto al reclamo de la falta de compromiso social. Y agregó: lo que la Iglesia primitiva hacía antes

del bautismo, vosotros lo hacéis después, pero antes o después – diría – es secundario, lo importante es que vosotros apuntáis a la autenticidad de la vida cristiana y esto nos consuela enormemente.<sup>2</sup> Pensad que el Papa no sabía nada de las cosas que nos acusaban. Al recibirnos, el Papa inmediatamente preguntó: ¿Quién es Kiko? Yo me presenté. Me puso la mano sobre el hombro, me miró con sus ojos azules azules y me dijo: “Kiko: sé humilde y fiel a la Iglesia, y la Iglesia te será fiel”. ¡Una profecía que se cumplió!

Juan Pablo II, otro gigante de la fe, en el Simposio de los obispos europeos de 1985, dio un discurso sorprendente, un análisis de la situación en Europa, de la secularización terrible, subrayando sobre todo la destrucción de la familia, un análisis muy bien hecho, profético. Pensad que actualmente en Francia el cincuenta por ciento de la población no es bautizada, y este año han confirmado que el sesenta por ciento de los niños han nacido fuera de una familia; me decía el Nuncio que en Francia sólo el trece por ciento de los padres llevan a sus hijos al catecismo. En España, en un año, cien mil familias se han destruido con el divorcio veloz, los divorcios han aumentado el setenta y cinco por ciento; estamos completamente en manos de la masonería, casi todos los funcionarios públicos son masones, odian a la Iglesia: para llegar a ser masones es necesario firmar, jurando, perseguir a la Iglesia. Después del análisis de la situación, el Papa agregó: pero el Espíritu Santo actúa, es el Espíritu Santo el que salva a Europa. Dice a los obispos: Debéis dejar vuestros esquemas atrofiados – utiliza literalmente esta palabra con los obispos, “esquemas atrofiados” – y buscar dónde está la obra del Espíritu Santo.<sup>3</sup> Donde están las familias reconstruidas, los jóvenes, las vocacio-

<sup>2</sup> Cfr. PABLO VI, *Audiencia general*, 8 de mayo 1974.

<sup>3</sup> “Para realizar una eficaz obra de evangelización debemos inspirarnos en los *primeros modelos apostólicos*. Tal modelo, fundante y paradigmático, lo contemplamos en el Cenáculo: los apóstoles unidos con María y perseverantes en la oración esperando recibir el don del Espíritu. Sólo con la efusión del Espíritu comienza la obra de la evangelización. El don del Espíritu es el primer motor, la primera fuente, el primer sople de auténtica

nes, he ahí al Espíritu. Mirad, el Camino Neocatecumenal ha llevado a la Jornada Mundial de la Juventud en Colonia ciento cincuenta mil jóvenes, tenemos comunidades llenas de jóvenes. Podéis verificar: en la parroquia de los Mártires Canadienses de Roma hay treinta comunidades, si vais un sábado en la tarde, toda la plaza está llena de jóvenes, más que una discoteca, y esperan a las nueve de la noche para entrar en sus comunidades y celebrar la Eucaristía.

Termino diciendo: es verdad que el Espíritu Santo está trabajando, pero ¿por qué trabaja? Porque estamos en un momento histórico importantísimo, que marca un cambio memorable. Como ha habido un cambio memorable con la caída del Imperio Romano y Dios ha suscitado a San Benito que ha llenado Europa de monasterios; como ha ocurrido en el momento del paso del feudalismo a las primeras ciudades, y el Espíritu Santo ha suscitado el IV Concilio Lateranense y los franciscanos y dominicos, de manera conjunta, que han llevado el Concilio por doquier; como ha habido un cambio memorable con el renacimiento y Dios ha suscitado los Jesuitas, la reforma católica... también ahora estamos viviendo un momento importantísimo. Vivimos en la época de la globalización, de la televisión, de los medios, una profunda mutación social, vemos que no bastan sólo las Misas... ¡por esto Dios está suscitando tantas nuevas realidades eclesiales!

evangelización. Es necesario comenzar la evangelización invocando al Espíritu y buscando donde sopla (cf. *Jn* 3,8). Algunos síntomas de este soplido del Espíritu están presentes hoy en Europa. Para encontrarlos, sostenerlos y desarrollarlos se necesitará dejar los *esquemas atrofiados* para ir allá donde inicia la vida, donde vemos que se producen frutos de vida “según el Espíritu” (cf. *Rm* 8). Estas fuentes de vida, en armonía con los primeros rasgos del modelo apostólico, se encuentran allí donde Cristo y el amor por Cristo son unidos con la conciencia y la vida eclesial; allí donde la Iglesia, como María, es venerada y acogida como Madre. El anuncio de Cristo separado de la Madre-Iglesia, o peor contrapuesto a ella, no podría ser el anuncio del ‘Verbo hecho hombre’, nacido de la Virgen María y continuamente generado por la Iglesia en el corazón de los fieles”. JUAN PABLO II, *Discurso a los participantes al VI Simposio del Consejo de la Conferencias Episcopales de Europa*, n. 18, 11 octubre 1985 (*Tdt*).

Por ello este seminario es importantísimo y pienso que debe tener un fruto concreto. Propongo que el próximo sínodo de obispos trate sobre las nuevas realidades eclesiales. Los obispos necesitan conocer verdaderamente los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades, y por medio del sínodo toda la Iglesia, para que tome conciencia de lo que está sucediendo. Un sínodo para alegrarse escuchando las maravillas que Dios está obrando hoy en su Iglesia.



## Una familia para quien no tiene familia

GIOVANNI PAOLO RAMONDA\*

Gracias por la hospitalidad, gracias a todos ustedes queridos Pastores, nuestros obispos.

Nuestro querido don Oreste Benzi era sacerdote, párroco y amaba mucho a la Iglesia. El Espíritu Santo nos ha sorprendido también a nosotros, miembros de la Comunidad Papa Juan XXIII porque indicó como sucesor de don Oreste un laico, un casado. Mi esposa es Tiziana. Tenemos doce hijos, de los cuales tres son biológicos y los otros nueve adoptados, hijos benditos de Dios, regenerados en el amor, con diversas características. El Espíritu Santo guió toda la vida de don Oreste. Decía: “ Cuando llegue al cielo no estaré quieto, continuaré trabajando ”.

Llegué hoy porque estaba en Brasil, en la diócesis de João Pessôa donde tenemos comunidades, casas familia y familias abiertas. Cuando veo nuestras familias y a los hijos que nuestras familias acogen – hijos no sólo biológicos –, no puedo más que agradecer al Señor. Me llevaron al hospital a ver niños con graves discapacidades, niños que por sus patologías están allí hace más de 10 años, por lo que la malformación se transforma en crónica. Éstos son los niños que el Señor nos confía y que vienen a vivir en nuestras familias, en nuestras comunidades, y son de verdad un don de Dios, dones del Señor para nuestra comunidad. La Comunidad Papa Juan XXIII quiere ser realmente esto: ser *familia* abierta, ser familia extensiva para estas criaturas que, o no tienen una familia o si la tienen no pueden vivir con sus padres naturales a causa de

\* Responsable General de la Asociación “ Comunidad Papa Juan XXIII ”.

sus particularidades físicas, psíquicas, relacionales, etc. Sentimos realmente que el carisma es éste: volverse padres y madres de quien no tiene padre y madre, volverse hermano o hermana de quien no tiene a nadie. Queremos constituir pequeñas comunidades, pero el motivo es: *conformar nuestra vida a Cristo* que cumple continuamente la voluntad del Padre haciéndose pobre, siervo. Compartir directamente con Jesús, por Jesús y en Jesús la vida de los últimos. Hacemos nuestra la palabra de Isaías: El espíritu del Señor Yahveh está sobre mí, por cuanto que me ha ungido Yahveh. A anunciar la buena nueva a los pobres me ha enviado, a vendar los corazones rotos; a pregonar a los cautivos la liberación, y a los reclusos la libertad; a pregonar año de gracia de Yahveh (Is 61, 1-2).

Por esto motivo vamos a las cárceles, y con don Oreste íbamos por la calle – y aún seguimos haciéndolo – para buscar a las jóvenes obligadas a prostituirse; muchas de ellas son menores de edad, arrancadas de sus familias desde la infancia. Algunas de ellas han sido asesinadas. Y escuchamos su lamento que llega hasta Dios. Hemos sido tocados por la misericordia de Dios y queremos desde nuestra pequeñez transmitir esta misericordia. Jesús, dice Pablo, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de (cfr. *Fil 2, 6-7*). Nuestra vocación es ser pequeños, ser siervos, ser el don que hemos recibido: ser padres y donarlo a estas criaturas.

Don Oreste Benzi era apasionado de Cristo, aún a sus 82 años tenía como un fuego dentro cuando el Señor lo llamó, en noviembre del año pasado. Él decía que Cristo no es una filosofía, ni una ideología, *Cristo es una persona, es una relación viva*. Es la relación con Él la que enciende este fuego para llevarlo mundo. La comunidad se ha difundido desde las diócesis italianas, desde las parroquias, a todo el mundo, a los cinco continentes.

Uno de los regalos más grandes que hemos recibido, como decíais bien, es *haber sido reconocidos por el Consejo Pontificio para los Laicos*

como asociación internacional de fieles. Es perteneciendo fuertemente a la Iglesia universal, que de ahí se puede estar presente, encarnados, en las Iglesias locales, junto a los pobres y marginados. Don Oreste Benzi siempre disfrutó su ser párroco, su ser amigo de los Obispos, de los Pastores. Decía: ahí donde un Pastor nos llama, allí debemos ir a compartir con los más pobres.

Nuestra espiritualidad es ser una gran familia espiritual, compuesta en su mayor parte de padres y de madres, pero también de laicos consagrados y de sacerdotes diocesanos que vivan esta espiritualidad, para responder a la llamada universal a la santidad, para aportar a la realización del Reino de Dios, para participar en la misión de la salvación de la Iglesia, a través de la acogida y el compartir directo con los más pobres. He aquí porqué buscamos estar presentes donde nos llaman, más allá de nuestra pequeñez. Hace 15 días estuve en Palestina: fui a visitar al Patriarca latino, quien tomará posesión en junio, y al Nuncio. Sobre todo estuve en At-Tuwani, un pueblito de pastores palestinos donde nuestros jóvenes de la Operación Paloma viven con los niños, los acompañan a la escuela y están con ellos: es maravilloso.

Gracias al servicio que hoy desempeño como sucesor de don Oreste, viendo estas obras de solidaridad que nuestros hermanos y hermanas realizan en todo el mundo, agradezco a Dios, bendigo a Dios, y le digo: ¡Señor eres grande porque haces maravillas! Don Oreste nos decía siempre que para estar de pie, se necesita estar de rodillas; para estar totalmente con los pobres, se necesita estar totalmente con el Señor. Buscamos ser administradores de los dones de Dios, también del dinero, buscando devolver lo que hemos recibido. Como bien decía san Basilio: “ Es del hambriento el pan que tienes en la despensa, es del desnudo la ropa que tienes en el guardarropa ”. Y san Juan Crisóstomo: “ Los médicos curen gratuitamente a los pobres, los ricos tengan siempre alojamiento disponible para los pobres. Sólo lo que uno da de su bolsa, le da méritos y le obtiene el perdón de los pecados ”.

Nosotros os agradecemos porque nos guiáis en la fe: estamos con-

*Giovanni Paolo Ramonda*

vencidos de que sois también los protectores de nuestro carisma. Somos una asociación internacional de fieles, pero queremos vivir este carisma donde están las personas pobres, en los territorios y parroquias de vuestras diócesis.

¡Ayudadnos a ser siempre fieles al don de Dios!

## Mirar afuera desde la ventana de la Iglesia

ANDREA RICCARDI\*

Agradezco la invitación a tomar la palabra y por esta importante iniciativa del Consejo Pontificio para los Laicos, promoviendo este seminario de estudio como escuela de espiritualidad de comunión, como debe ser. Aprovecho la ocasión para hablarles, no solo de la experiencia de la Comunidad de San Egidio, sino sobre todo para compartirles lo que la vida cristiana con los amigos de san Egidio me ha permitido escuchar y ver en los escenarios del mundo, como viajero de la aventura humana en un tiempo delicado. Tengo la convicción de que si queremos entender algo de los movimientos, es necesario mirar afuera desde la ventana de la Iglesia. Que los movimientos, y todos, miremos afuera desde esa ventana. Nunca resolveremos los problemas de comunión entre los movimientos y la Iglesia local (ni existen fórmulas mágicas para afrontarlos), si no miramos el tiempo que estamos viviendo. Jesús dirigiéndose a los discípulos que, desconcertados, lo ven con una samaritana en el pozo de Jacob y no lo entienden, les exhorta así: “Levanten los ojos y miren los campos: ya están madurando para la siega” (*Jn* 4, 35). ¡Alcemos nuestros ojos, miremos los campos! Fuera de la ventana de nuestro mundo de Iglesia... Hay un trabajo enorme. En efecto, los campos ya están maduros, y “la mies es abundante, pero los trabajadores son pocos” (*Mt* 9, 37). Juan Pablo II tuvo claro, desde 1978, este pedido de obreros del Evangelio. Él decía: “cuando vine a occidente, me di cuenta que se estaba despertando la realidad cristiana y que las organizaciones tradicionales, como la Acción Católica, ya no seguían respondiendo. Había terminado algo, pero el Espíritu había

\* Fundador de la Comunidad de San Egidio.

preparado nuevas realidades para cumplir con su misión”. Desde el inicio y finalmente en modo fuerte con Pentecostés del 1998, Juan Pablo II vio en las nuevas comunidades un don del Espíritu Santo porque los trabajadores son pocos y la mies es mucha. Es así que este Papa ha vivido siempre una relación paterna con la Comunidad de San Egidio, y nos alentó a crecer en muchos países del mundo para transmitir el Evangelio, como hacemos, curando con la caridad las heridas de los más pobres, según el mandato de Jesús a sus discípulos.

¿Es todavía actual esta lectura de los tiempos? Ha sido confirmada con decisión por Benedicto XVI, quien, como ya se ha dicho, desde 1998 mostró a las nuevas comunidades como una ayuda gratuita a un núcleo eclesial, a veces, empobrecido y atrofiado. Ésta es una lectura impuesta por la realidad. Hoy la mies es realmente grande, ¡ay de nosotros, de rechazar el ser obreros o de alejar a los obreros! Esto no quiere decir que los movimientos no deban comprender hoy, mejor y con más pasión, las grandes interrogantes de la misión en nuestros tiempos. La fuerza de los movimientos no está en su ser nuevos respecto a lo que es viejo (porque pronto todos envejecerán), sino en vivir la misión.

Por mi parte quisiera decir que en los últimos años ha crecido el espíritu de amistad y de colaboración entre los movimientos. Ha crecido la consciencia que ningún movimiento es mesiánico. Cada vez es mayor la amistad entre obispos y movimientos, no solamente en iglesias locales, sino también en dimensión universal. Existen todavía problemas que no pueden ser afrontados en modo colectivo; las diferencias y las tensiones se resuelven mirando fuera de la ventana, viendo la enorme mies. Es la ventana del pequeño mundo eclesial, de aquél de un movimiento, de la institución... Jamás la geometría institucional ha resuelto los problemas en la historia de la Iglesia, sólo puede hacerlo la comunión y la pasión por le apostolado.

Fuera de la ventana... El mundo, en pocos años, ha cambiado profundamente. Está en juego el mismo hombre y su identidad. Todo se ha convertido en un mercado global. Se habla de una lógica monopoli-

zante en la cual todo se compra y todo se vende. Los espacios de la gratuidad son asediados y debilitados: como la familia, la cultura, la convivencia humana. En un mundo que se ha convertido en urbano (los habitantes de las ciudades han superado a los habitantes del campo), la nueva ciudad se ha convertido toda en periferia y los habitantes en hombres de periferia. Pocos son los que están dentro de la esfera competitiva, muchos se encuentran en condiciones periféricas de la vida. En un mundo en el que la globalización permite ver todo, muchos viven en condiciones miserables y sin esperanza y ven el bienestar con rabia. Ley de mercado y dictadura del materialismo.

En el mundo asiático, en un sistema opresivo de producción el trabajador pierde la libertad de lo gratuito. En las periferias africanas se pierde la idea de comunidad y de familia. El hombre no vive separado, aislado, y por lo tanto es tentado por las redes que lo jalonan, redes de criminalidad: las hemos visto crecer en Centro América, las *maras*, verdaderas mafias transnacionales de jóvenes. La violencia difundida en este nuevo siglo es una tentación de un mundo que se ha convertido en periférico: un problema dramático que concierne a todo el mundo.

Bajo la mano pesada del materialismo, en el vacío en el que lo gratuito ha sido corroído, se siente la pregunta por el alma y por el sentido, que se expresa, después del fin de las ideologías, en maneras muy diversas. Conocemos las respuestas equivocadas del complicado mundo neoprottestante, transmitidas en una lógica de mercado de las religiones: un inmenso mundo, que en el siglo XX, ha pasado de cero seguidores a medio millón. Sabemos bien de las respuestas importadas de las espiritualidades asiáticas.

El vacío y el dolor de tantos son una pregunta por palabras de vida. Es la pregunta del eunuco etiope a Felipe, que, con la Biblia entre las manos, pregunta: «¿Cómo lo puedo entender, si nadie me lo explica?» (*Hcb* 8, 31). ¿Quién se convertirá en compañero de aquella enseñanza? No quisiera hablar de San Egidio, sino de aquello que mis amigos, reunidos en comunidades pequeñas o grandes, me cuentan: un gran

pedido de comunicación del Evangelio, es decir, que alguien enseñe la Fe... es un gran pedido de una humanidad adolorida y vacía que pide ser curada. Cuando mis amigos me hablaban del gran trabajo de un párroco, de la necesidad de que hubiera otros movimientos, de la estima por el trabajo de algunos de éstos, aún siendo muy diferentes a ellos, comprendí que, en Jesús, habían madurado, habían crecido en un verdadero amor por esta humanidad. Leemos en el libro de las Lamentaciones: «los niños pequeños piden pan, y nadie se los reparte» (4, 4). De aquí la pasión por la misión del Evangelio, que viene cuando miras fuera de la ventana: una pasión que une a quien tiene historias y responsabilidades diversas, sin homogenizar, que hace amar hasta la más humilde y pequeña energía cristiana. Esta pasión cambia las perspectivas con que se miran los problemas. A este punto, me interesa más la misión que los problemas.

Creo que en el siglo XXI las comunidades de los discípulos de Jesús son un gran medio de la gratuidad de la fe y de humanidad en un mundo en el cual se corre el riesgo de deshumanizarse. Son un medio para ese sueño de Chiara Lubich expresaba en palabras simples y vitales: hacer de la humanidad una sola familia. Lo veo entre mis amigos de san Egidio en Europa, en África, en América y en los de Asia. Es así que Benedicto XVI el 7 de abril de 2008, visitándonos en la basílica de San Bartolomé en Roma, lugar memorial de los nuevos mártires del siglo XX, nos ha dicho, mejor de lo que hubiéramos podido decir nosotros mismos, quiénes somos y qué debemos hacer. El Papa, por su ministerio, comprende los carismas y la necesidad de la misión: «Vosotros disteis los primeros pasos precisamente aquí en Roma en los difíciles años que siguieron al 1968. Hijos de esta Iglesia que preside en la caridad, habéis difundido luego vuestro carisma en muchas partes del mundo. La palabra de Dios, la predilección por los pobres, la comunicación del Evangelio, han sido las estrellas que os han guiado testimoniando, bajo cielos diversos, el único mensaje de Cristo. Os agradezco esta obra apostólica. Os agradezco la atención que prestáis a los últimos y por la

búsqueda de la paz, que caracterizan a vuestra Comunidad [...] que seáis verdaderos amigos de Dios y auténticos amigos de la humanidad. Y no temáis las dificultades y los sufrimientos que esta acción misionera comporta».<sup>1</sup>

Pequeños o grandes, pecadores y frágiles, viviendo un carisma hemos experimentado una fuerza que está en nosotros y va más allá de nosotros: aquella de una palabra que convence, de una caridad que cura (pienso en nuestros amigos predilectos del África, unos sesenta mil enfermos de sida en tratamiento), de un amor que reconcilia a los enemigos, como en la guerra en Mozambique, pero sobre todo un espíritu que busca rehacer con amor, en la vida cotidiana, la humanidad lacerada. De este carisma – ¿qué has hecho?, ¿dónde lo has puesto? – debemos responder al Papa y a los Obispos, a quién lo busca y lo necesita, pero sobre todo a Dios, dador de toda gracia. Cada uno ha tenido su adolescencia – también los movimientos la tienen – pero purificados por el Espíritu y por las pruebas de la vida, nos sentimos movidos no por orgullo, sino por un don por el cual tenemos que responder.

<sup>1</sup> BENEDICTO XVI, *Palabras al final del encuentro de oración en la Basílica de San Bartolomé en la Isla Tiberina*, 7 de abril de 2008, en: “L’Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 11 de abril de 2008, 5.



## **II.4. Los movimientos en las Iglesias particulares: expectativas recíprocas**



## Una comunión eclesial concreta

Card. CAMILLO RUINI\*

En mi intervención intentaré expresar sobre todo lo que esperan los obispos. No lo haré en modo “*partidario*”, como espero podrán constatar.

Sobre los movimientos no tengo ninguna competencia teológica particular. Más bien tengo una experiencia concreta, bastante modesta, como Secretario de la Conferencia Episcopal Italiana, pero muy amplia, larga y profunda como Vicario del Santo Padre para la diócesis de Roma, diócesis que es una Iglesia particular “única”, que hoy en día no se puede comprender y mucho menos guiar, prescindiendo de los movimientos, entendidos en sentido amplio, es decir, incluyendo también a las “nuevas comunidades”. En el plano de la teología y del Magisterio tomo en cuenta sobre todo dos textos de 1998: el discurso de Juan Pablo II a los Movimientos Eclesiales y Nuevas Comunidades en su primer encuentro del 30 mayo; y, la conferencia del entonces cardenal Joseph Ratzinger: “Los movimientos eclesiales y su colocación teológica”. Una óptima síntesis de estos documentos ha sido propuesta por el cardenal Stanisław Ryłko en su conferencia introductoria en este seminario de estudio.

Inicio subrayando algunos problemas decisivos que no sólo tenemos que tener presentes, sino que tenemos que poner en el centro de nuestra atención como Pastores. El primer problema es la descristianización y la necesidad de la nueva evangelización, que debe conducir al seguimiento concreto del Señor. El segundo, es el sentido de Iglesia y de pertenencia a la Iglesia de frente a la “*subjetivización*”, fenómeno

\* Vicario General de Su Santidad para la diócesis de Roma.

general de nuestro tiempo y de nuestra cultura que afecta la fe, la Iglesia y el comportamiento ético de los cristianos.

Veamos ahora lo que esperan los obispos de los movimientos. Lo primero y fundamental es que los movimientos den un gran aporte en estas dos fronteras decisivas, íntimamente conectadas entre sí: o mejor, que los movimientos continúen a dar este aporte y lo den cada vez más. Lo segundo es inseparable de lo anterior, es que lo hagan con una fe recta y en concreta comunión eclesial, progresando en aquella “nueva etapa de la madurez eclesial” que Juan Pablo II anunciaba en el 1998. Y lo tercero –más bien una esperanza personal mía– es que los movimientos sean cuidadosos y dóciles a los nuevos signos de los tiempos, no se rigidicen en sus formas y metodologías iniciales, aunque hayan sido positivas y fecundas, sino que las actualicen –sin traicionarlas– en un contexto socio-cultural y humano que cambia con una rapidez cada vez mayor, especialmente en el mundo juvenil.

Después de haber señalado lo que esperan los obispos, indico aquello que los obispos no deben esperar y mucho menos pretender. Se trata de evitar aquello que llamaría “el exclusivismo” de la Iglesia particular, a la cual todo debe reconducir, olvidando la fundamental bipolaridad “universal-particular”, que no es sólo un principio teológico sino que se ha realizado concretamente en la historia, como es el caso de los movimientos eclesiales. Una segunda pretensión que se debe evitar son los excesos de programación que no dejan espacio a la iniciativa del Espíritu Santo y a los carismas que nacen. Una excesiva programación no funciona, ni siquiera con los sacerdotes, ni con las parroquias. Se necesita también evitar el “protagonismo episcopal”, el querer estar siempre al centro, con el riesgo de valorar las varias realidades eclesiales según éstas favorezcan o no este protagonismo. Como obispos debemos cautelarnos del peligro de la adulación, que puede venir de muchas partes, incluso de los mismos movimientos, y que es siempre fuente de errores pastorales.

Finalmente, quisiera hablar en positivo de aquello que nosotros

obispos debemos “dar” a los movimientos, el sostén y la ayuda que podemos ofrecerles, en conformidad con el título de este seminario de estudio, que recoge unas palabras de Benedicto XVI: “Os pido que salgáis al encuentro de los Movimientos con mucho amor”. En cuanto a esta relación de afecto, de acogida, de sostén, de verdadera comunión teologal y eclesial, muchos pasos se han dado, aunque para ser sinceros muchas veces por necesidad, dadas las dificultades de la evangelización, la escasez de obreros en la viña del Señor y la debilidad del tejido parroquial, frente a los cuales los movimientos aparecen muchas veces como la única alternativa disponible. Pero sobre todo, afortunadamente, porque los movimientos están efectivamente madurando y porque nosotros obispos hemos adquirido mayor conocimiento y experiencia, mejor dicho, mayor “familiaridad”: en esto ha ayudado el hecho que algunos obispos provienen de movimientos. Ha sido una relación positiva para la realidad de las Iglesias particulares y, especialmente, para las parroquias, así como muy ventajosa y fecunda para los mismos movimientos, como lo es también el afecto y la estima de los obispos para con cada uno de ellos: a través de la experiencia de una Iglesia “amiga” crece definitivamente en ellos el amor y el sentido de pertenencia a la “gran Iglesia”. En concreto, es importante hacer participar a los movimientos, respetando su especificidad y libertad, en la gran empresa común de la Evangelización y de la formación de cristianos, así como en las iniciativas específicas de cada diócesis, cuidando de dejarles un espacio de acción, no rígidamente planificado por nosotros.

Concluyo: sobre los movimientos pesa la atmósfera de descristianización que todos nosotros respiramos. Su futuro requiere por lo tanto del abundante don del Espíritu Santo, que debemos implorar para ellos, así como para nosotros obispos y para toda la Iglesia. Precisamente porque la misión es común, también las dificultades y los peligros son comunes, por eso debemos reforzar nuestra comunión y vivirla cada vez más sinceramente.



## La herencia que dejaré a mi diócesis

Mons. ANDRÉ-MUTIEN LÉONARD\*

Cuando fui nombrado obispo de Namur, hace 17 años, encontré en mi diócesis tres comunidades. Dos habían nacido en la diócesis, antes de que yo llegara: la comunidad de Tiberiades, de inspiración franciscana, ya bastante conocida también a nivel internacional, y una comunidad que existe sólo a nivel local llamada *Les Frênes*, constituida por tres sacerdotes y dos diáconos permanentes. Antes de mi llegada había llegado también la Comunidad de las Bienaventuranzas, establecida en una casa de retiro y de formación.

Personalmente acogí, invité e instituí siete comunidades. Acogí a la Comunidad del Emmanuel para que los seminaristas que seguían estudios de filosofía y teología del *Studium* diocesano en el seminario de Namur así como también algunos sacerdotes jóvenes que habían recibido el encargo en parroquias desde hacía poco, pudiesen aprovechar su año propedéutico internacional. Llamé también a los “Frères de St. Jean” e instituí dos asociaciones clericales de fieles: la “Fraternité St. Thomas Becket” y la “Fraternité Saint Léopold Mandic”, las dos de derecho diocesano. Invité a la diócesis tres comunidades de Canadá: la *Madonna House* o “Maison Notre Dame” fundada por Catherine Duheck Dougherty, de Ontario; la “Myriam–Beth’Léhem” y la “Marie Jeunesse” de Quebec. Acogí también a una realidad que no es verdadera o propiamente una comunidad o movimiento, sino más bien un itinerario catequético, el Camino Neocatecumenal, iniciando en un cierto sentido “desde atrás”, es decir abriendo el seminario “Redemptoris Mater”; posteriormente nacieron en mi diócesis otras comunidades.

\* Obispo de Namur, Bélgica.

Señalo además que la Comunidad de las Bienaventuranzas abrió una segunda casa en Namur para los seminaristas que frecuentaban el *Studium* filosófico y teológico de nuestro seminario. Obviamente, antes de llamar a estas nuevas realidades, fui a conocerlas para hacerme una idea más precisa de su naturaleza. No compro con los ojos cerrados. Gracias a Dios pude establecer excelentes y fecundas relaciones con todos, sin excluir a ninguno.

Lo que espero de ellos es que sean espacios de evangelización y de regeneración, es decir ocasiones preciosas para la diócesis y para mi país, Bélgica, que necesita tanto, como lo hacen por otras partes tantas abadías y monasterios: un obispo debe buscar conjugar *nova et vetera*, las nuevas comunidades y las comunidades con muchos siglos. Debo reconocer que las nuevas comunidades me han llenado de alegría, porque he encontrado en ellas exactamente lo que esperaba: la pasión por la Palabra de Dios, el amor por la Eucaristía celebrada y adorada, la pasión por la Iglesia, local y universal, y el amor por la Virgen María, y todo esto vivido en una actitud misionera y evangelizadora. Me parece que esto es más que suficiente para cubrir mis expectativas. Diría que mi primera preocupación como obispo, en este punto, debe ser aquella de respetar y valorar sus carismas.

También yo conozco la conocida tentación episcopal de interesarse por las nuevas realidades para proveer a las necesidades de las parroquias. Antes se decía que el peor peligro para las comunidades monásticas estaba representado por un lado por las mujeres (!), por otro por el ocio y, finalmente, por los obispos, ya que llamaban a algunos monjes a ejercer el cargo de párrocos. Declaro claramente que no espero que estas realidades, como primera tarea, asuman obligaciones parroquiales, al modo de la Comunidad del Emmanuel que se ha hecho cargo de una parroquia de Namur o del Camino Neocatecumenal que es por su naturaleza, parroquial. Las comunidades neocatecumenales forman parte de las parroquias, de otro modo no tendría sentido, además, sólo pueden caminar correctamente si el párroco está comprometido en sus activida-

des. Los sacerdotes formados en el seminario “Redemptoris Mater” no pertenecen al Camino, son sacerdotes diocesanos, aptos para todas las tareas, disponibles en las diócesis. Hay algunas de las nuevas comunidades que no tienen ninguna responsabilidad parroquial en mi diócesis, desarrollan servicios de otro tipo. De todos modos, que haya o no una participación en la parroquia, que sea profunda o superficial, las nuevas realidades son una presencia preciosa en las parroquias y para las parroquias, en modo especial para las familias y los jóvenes: lo que espero de ellos es que estén en primera línea para realizar una pastoral atractiva, benévola, dinámica y audaz, cercana a los jóvenes y a las familias.

Por otra parte, como obispo pienso que es de capital importancia mi cercanía a la vida de las nuevas comunidades, una cercanía que permita en cada ocasión ayudar a discernir y animar, a escoger una dirección en vez de otra. Una cercanía benévola ha permitido que las nuevas comunidades se inserten en la diócesis, lo que ha sucedido perfectamente. Cuando me dirijo a ellas pidiendo colaboración en alguna iniciativa de la diócesis, se muestran inmediatamente disponibles a trabajar con otras nuevas comunidades y con las estructuras diocesanas. Además, estoy constatando que continúa creciendo una amistad fraterna entre las comunidades religiosas antiguas, fundadas hace siglos, y las nuevas comunidades, ya que me he preocupado personalmente de crear las condiciones para que se dé esta cercanía. A través de la celebración de la Jornada de la Vida Consagrada, el 2 de febrero, establecida por iniciativa de Juan Pablo II, pude crear un clima de verdadera fraternidad, caracterizado por un conocimiento y una estima recíprocas, entre todas las formas de vida religiosa tradicional presentes en la diócesis y aquellas surgidas en las nuevas comunidades.

Estoy muy contento de haber acogido estas realidades, aun cuando no correspondan exactamente a mi sensibilidad. La sensibilidad personal de un obispo no es criterio de juicio válido para la eclesialidad de las realidades suscitadas por el Espíritu Santo en la Iglesia. Aunque expresándome en forma un poco simple pero verdadera, diría que todo aque-

llo que es católico es bienvenido, aunque no coincida con mi sensibilidad personal. Para mí es un sufrimiento constatar que algunos hermanos en el episcopado prefieren defender sus propias desconfianzas hacia estas realidades, en vez que verlas crecer. Debo agregar, que si bien la acogida a estas comunidades ha sido bastante buena, también me ha creado algunas pequeñas preocupaciones, en particular la preocupación de combatir contra los prejuicios. Casi todas las realidades de las que he hablado, han sido objeto de prejuicios en mi diócesis: “el obispo trae otro grupo, invita otros canadienses, otros franciscanos...”. Los prejuicios, sin embargo, desaparecen con el tiempo; después de algunos años, hasta los más contrarios han tenido que admitir que se trataba de presencias positivas y preciosas. Naturalmente yo ayudo a las nuevas comunidades, sobre todo aquellas que no son de Bélgica, a conocer y a adaptarse a nuestra mentalidad para evitar el peligro de provocaciones involuntarias. Les doy un pequeño ejemplo de prejuicio: cuando acogí las comunidades neocatecumenales, al inicio me pusieron algunas objeciones. Sobre todo me han dicho: “se aíslan, celebran una misa el sábado a las 8 de la noche y dura una hora y media o dos horas”; en efecto estas comunidades celebran la Eucaristía el sábado por la noche, pero una vez al mes participan también en alguna misa en el horario de la parroquia. Pero en realidad, principalmente en la ciudad, muchas veces hay una misa el sábado a las 6 de la tarde y una el domingo a las 10 de la mañana: ¿debemos pensar que los fieles que van a misa el sábado a las 6 de la tarde son “privados” de la comunidad, de los fieles que van a misa a las 10 de la mañana?, ¿los acusaríamos de aislarse? Ciertamente no, simplemente son previstas más misas. ¿La eucaristía celebrada por las comunidades neocatecumenales el sábado en la noche sería un atentado a las buenas costumbres? Ciertamente no, pero hay prejuicios fuertes a los cuales se necesita saber resistir hasta que sean superados por un verdadero conocimiento.

Concluyo diciendo que estas realidades forman parte de la herencia que soy feliz de dejar a la diócesis cuando termine mi mandato. Como

obispo, he intentado ofrecer a los fieles, sobre todo, una válida enseñanza, que es realmente esencial en nuestro tiempo. He intentado dotar a la diócesis de dos seminarios, el seminario tradicional diocesano y el “Redemptoris Mater”, también diocesano. Tengo la gracia de tener treinta y cinco seminaristas, pocos respecto al pasado, es cierto, pero nada mal respecto a la situación de Europa occidental. Es una herencia que puede quedar, como quedará el proyecto pastoral para las parroquias. Quisiera también dejar en herencia las nuevas realidades que el Espíritu Santo ha suscitado, actualmente son diez, pero espero puedan llegar a veinte antes de terminar o de morir. Los obispos pasan, pero todo esto queda como un tesoro para la diócesis.



## Dar carne y sangre a los conceptos

Don JULIÁN CARRÓN\*

**L**es confieso que después de haber escuchado al Cardenal Ruini y a monseñor Léonard mis expectativas han sido cumplidas, porque necesitamos exactamente de una paternidad así, una paternidad que nos acompañe en el camino que debemos realizar.

Lo que más me ha impresionado al escucharlos hablar es que el punto de partida es el mismo. En nuestro tiempo todos nosotros, Pastores y movimientos, nos encontramos frente a los mismos desafíos. El Cardenal ha usado la palabra “descristianización”; por mi parte había pensado en el pasaje de la exhortación apostólica *Sacramentum Caritatis* donde el Papa afirma que «se ha de reconocer que uno de los efectos más graves de la secularización [...] consiste en haber relegado la fe cristiana al margen de la existencia, como si fuera algo inútil [subrayo el término “inútil”, que me parece muy significativo] con respecto al desarrollo concreto de la vida de los hombres». Y termina diciendo que «el fracaso de este modo de vivir “como si Dios no existiera” está ahora a la vista de todos».<sup>1</sup> Que la realidad cristiana sea concebida y percibida por muchos como inútil es un desafío para nosotros. Porque aquel cristianismo que se encuentra y que viene considerado inútil por muchos es aquel que nosotros encarnamos en nuestra vida. No existen otros cristianos que los hombres puedan encontrar, sino nosotros. Por esto ha tenido gran coraje T.S. Eliot cuando ha planteado la pregunta: ¿Es la Iglesia la que ha abandonado a la humanidad o es la humanidad la que

\* Presidente de la Fraternidad de Comunión y Liberación.

<sup>1</sup> BENEDICTO XVI, Exhortación apostólica *Sacramentum Caritatis*, n. 77.

ha abandonado a la Iglesia?<sup>2</sup> Evidentemente ambas han tomado parte de este abandono, el hecho de formular la pregunta de esta manera nos hace comprender que Eliot no piensa que sea sólo la humanidad a abandonar la Iglesia, sino también viceversa. En otras palabras: hoy sabemos con mayor conciencia – nos lo ha hecho comprender, hasta el detalle, el recorrido de los últimos siglos descrito por Henri De Lubac en su libro *El misterio de lo sobrenatural* – que donde la Teología ha presentado, vivido y pensado a Cristo como algo que no tiene nada que ver con el deseo y con las exigencias del hombre, ahí ha sido desplazado el sobrenatural sin incidencia sobre la realidad y sobre la historia.

Que esto no sea solo un hecho pasado lo evidencia claramente lo que dijo el entonces Cardenal Ratzinger en un artículo de hace algunos años; leerlo me ha impresionado, porque evidenciaba que la crisis del anuncio cristiano en el último siglo no depende solamente de la falta de fuerza en reproponer la doctrina, sino, textualmente, del hecho de que las respuestas cristianas descuidan las interrogantes del hombre; estas respuestas eran correctas y continuaban a quedar como tales; pero no tenían influencia en cuanto no partían del problema y no se desarrollaban en su interior.<sup>3</sup> El preguntarnos junto a los hombres que buscan, es una parte irrenunciable del mismo anuncio cristiano, porque solamente así puede convertirse en una respuesta. Aquí vemos un iluminador juego de palabras en alemán propuesto por Ratzinger: de *Wort* (anuncio) a *Antwort* (respuesta). En otras palabras, nosotros como Iglesia podemos dar tantas (y con mucho esfuerzo) respuestas correctas, pero si éstas no tienen dentro las preguntas fundamentales del hombre, al final resultan ineficaces.

El resultado de la falta del anuncio del cristianismo como respuesta a las preguntas del hombre, ha tenido consecuencias significativas. Me ha impresionado releer un texto de Hannah Arendt que describe cuál

<sup>2</sup> Cfr. T.S. ELIOT, *Cori da "La Rocca"*, Milano 1994, 101.

<sup>3</sup> Cfr. J. RATZINGER, *Dogma e predicazione*, Brescia 2005, 75.

ha sido el resultado de esta situación: «El hombre moderno no ganó este mundo cuando perdió el otro mundo, ni tampoco, estrictamente hablando, ganó la vida. Se vio obligado a retroceder y a adentrarse en la cerrada interioridad de la introspección, donde lo máximo que pudo experimentar fueron los vacíos procesos de cálculo de la mente, su juego consigo mismo». Y termina diciendo – que es lo que más interesa – que «resulta fácilmente comprensible que la Época Moderna – que comenzó con una explosión de actividad humana tan prometedora y sin precedentes – acabe en la pasividad más mortal y estéril de todas las conocidas en la historia».<sup>4</sup> Esta expresión de Arendt podría parecer una exageración («acabe en la pasividad más mortal y estéril de todas las conocidas en la historia»), pero nosotros vivimos esta condición como educadores, profesores y padres de familia. Se trata de una destrucción del sujeto humano que no logra interesarse realmente por nada.

Esta inercia antropológica me parece la señal más evidente de nuestro tiempo. Podemos llamarla de tantos modos distintos: don Luigi Giussani hablaba en 1997 de una especie de «efecto Chernobyl»;<sup>5</sup> es decir, después de una explosión nuclear, todo parece estructuralmente igual, pero el hombre está vacío por dentro. Tenemos frente a nosotros personas paralizadas, incapaces de interesarse por la realidad. Y esto no concierne sólo a “los otros”, nos concierne a todos nosotros que debemos invitarlos a interesarse del hecho cristiano. Me parece que todo esto tenga que ver con la insistencia del Santo Padre a ensanchar la razón.

¿Cómo hacer para que la razón se ensanche de manera que pueda desafiar el modo con el cual el hombre se pone de frente a lo real y pueda ampliar el deseo, es decir, poner en movimiento el centro del yo, que está como atascado? Se necesita un acontecimiento. El problema de la secularización, evidenciado por el Cardenal Ruini, nos concierne,

<sup>4</sup> H. ARENDT, *La condición humana*, Barcelona 1996, 344-346.

<sup>5</sup> L. GIUSSANI, *Un avvenimento di vita, cioè la storia*, Roma 1993, 209.

concierna a los partidos políticos, concierna a las escuelas, concierna a los padres de familia; es un fenómeno que es transversal como la disminución del yo. Los carismas han sido presentados – y el Papa lo recuerda – como “una respuesta providencial”; durante este tiempo hemos hecho un buen camino para entendernos recíprocamente y se ha profundizado en la relación carisma e institución. El Papa nos ha dicho que «aún se ha de comprender adecuadamente dicha novedad a la luz del designio de Dios y de la misión de la Iglesia».<sup>6</sup> Con este desafío, que nos ha lanzado el Papa y que viene de la situación humana que tenemos enfrente, se conjuga al mismo tiempo el deseo de profundizar en los fenómenos así como en los carismas o en los movimientos en la Iglesia. Por esto me parece que si queremos que estos carismas, que son donados para toda la Iglesia, puedan responder a este desafío, se necesita dar un paso. Aquello que los movimientos, en cierto sentido, testimonian o ayudan a entrever es la naturaleza del cristianismo. El paso para todos nosotros, Pastores y movimientos, Iglesia local e Iglesia universal, parroquias y asociaciones, lo resumiría así: necesitamos tomar conciencia (o seremos obligados a hacerlo de todas maneras, como delineó el Cardenal Ruini) de cuál es la verdadera naturaleza del cristianismo. En mi opinión, aún se debe comprender la novedad que ha traído el Concilio Vaticano II. ¿Por qué digo esto? Porque el Vaticano II en la *Dei Verbum* ha dado un aporte decisivo para comprender el cristianismo como el acontecimiento de la Encarnación, hechos y palabras intrínsecamente unidos que son la respuesta de Dios a la necesidad del hombre. Parece casi banal, pero muchas veces nuestras tentativas eclesiales, ¿en qué cosa consisten? En repetir algo que ya se ha demostrado insuficiente: que se necesita más formación, que se necesita más espiritualidad, que se necesita insistir más en la ética. Todas éstas cosas justas, pero incapaces

<sup>6</sup> BENEDICTO XVI, *Discurso a los participantes a un seminario de estudio promovido por el Consejo Pontificio para los Laicos*, en “L'Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 6 de junio de 2008, 5.

ces de despertar el yo, totalmente paralizado y atascado que cree que el cristianismo es sólo un adorno, que se le puede quitar sin que suceda nada al hombre. Vemos cómo cuando la incidencia histórica del cristianismo no se da con toda su fuerza, literalmente el yo del hombre va desapareciendo. No es que el hombre no se interese por Cristo, ¡no se interesa por nada! Por esto el Vaticano II exhorta a no reducir la experiencia cristiana a un conjunto de verdades teológicas o a un contenido doctrinal, remarcando que el cristianismo es este acontecimiento que puede despertar el yo. Y así nos ha dado la clave para continuar a profundizar de qué manera se puede responder en modo adecuado a la situación actual. Me parece que éste es el sentido profundo de lo que nos dice el Papa: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva».<sup>7</sup> Y poco después precisa que: «La verdadera originalidad del Nuevo Testamento no consiste en nuevas ideas, sino en la figura misma de Cristo, que da carne y sangre a los conceptos».<sup>8</sup> ¡Es un realismo inaudito! «Carne y sangre a los conceptos», no solamente por la repetición de una doctrina incluso ortodoxa, ni una propuesta solamente ética; sino conceptos hechos carne y sangre. Es como regresar al inicio. Me encanta pensar en qué habrán visto los dos primeros discípulos que encontraron a Jesús para desear regresar donde Él al día siguiente. Parece banal, pero pensemos con cuántas personas nos hemos encontrado y que hemos deseado volver a encontrar al día siguiente... Sólo cuando, en cualquier situación, a una persona le ocurre una experiencia así, se le puede despertar el yo. No una doctrina, sino el encuentro con algo que es carne y sangre y que es capaz de despertar el interés humano.

<sup>7</sup> BENEDICTO XVI, Carta encíclica, *Deus Caritas Est*, n. 1.

<sup>8</sup> *Ibid.*, n. 12.

De otro modo sería imposible que la gente pueda percibir el cristianismo como algo fascinante y útil, que le concierne en la vida cotidiana. Se trata de la belleza de algo que nos atrae. Jacobo de Todí ha usado una expresión: «*Cristo me trae tutto, tanto è bello*» (Cristo me atrae todo, tan hermoso es).<sup>9</sup> Cuando el cristianismo es vivido, como dice San Pablo, como la experiencia de una «nueva criatura» (2 *Cor* 5, 17) de tal modo que se vea y perciba un yo acabado (pecador como todos, pero un poco menos; frágil como todos, pero un poco menos), entonces se experimenta una plenitud humana que da ganas de anhelar, que despierta todo el deseo. Y ésta es la primera evaluación para todos nosotros que pertenecemos a movimientos, que pertenecemos a la Iglesia: ¿Es Cristo capaz de saciar la razón y de satisfacer el deseo del corazón del hombre, somos capaces de presentar a las personas que encontramos cada día una plenitud humana así? Si no es así, ¿de qué nos quejamos, cómo podemos lamentarnos que no les interese o venga considerado inútil? Nos encontramos delante a un desafío: evaluar si verdaderamente Cristo está en nosotros para poder así darlo a los demás, si es interesante y si permanece en el tiempo y en la eternidad. Que hayan cosas que interesan por poco tiempo, todos lo sabemos. Pero ésas al final desaparecen cuando nos volvemos escépticos. El punto es si hay algo que, al contrario de todo, sigue siendo interesante: entonces hemos conseguido aquello que deseaba la *Gaudium et spes*, pero que necesita ser descubierto al interno de la experiencia personal: «El misterio del hombre se esclarece sólo en el misterio del Verbo encarnado» (n. 22).

¿Qué cosa son estos conceptos hechos carne y sangre? Los testigos, las nuevas creaturas. Como tales desean colaborar con los Obispos en la misión de la Iglesia, respondiendo a este desafío que tenemos delante. Con la ayuda del Espíritu Santo y en compañía de vuestra paternidad será posible para nosotros afrontarlo.

<sup>9</sup> Cfr. JACOPONE DE TODI, *Lauda* 90, in ID., *Trattato e Detti*, a cura di Franca Ageno, Firenze 1953, 371.

## Siervos humildes en la viña del Señor

MOYSES LOURO DE AZEVEDO FILHO\*

En estos días hemos destacado el íntimo y connatural vínculo que une a los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades con el sucesor de san Pedro, en vistas del anuncio del Evangelio “hasta los confines de la tierra”. Las nuevas realidades, con su dinamismo misionero, sus proyectos y métodos educativos y sus caminos de formación en la fe tienen las energías necesarias para responder a las necesidades de la Iglesia difundida sobre la faz de la tierra. Al mismo tiempo están llamadas a encarnar sus carismas en una Iglesia local, con sus Pastores, su cultura, sus estructuras y proyectos pastorales. La comunión que resulta de ello es, por una parte, garantía de la validez y de la capacidad de inculturación de un carisma; y por la otra, es garantía, de apertura de parte de una Iglesia particular a la universalidad de la Iglesia, que obra y está presente en ella. Sería absurdo contraponer el vínculo especial que une a los movimientos con el Sucesor de san Pedro con la obediencia a los Obispos de las Iglesias particulares donde los movimientos operan. Así lo ha manifestado Benedicto XVI, en la Vigilia de Pentecostés del 2006: «Él quiere vuestra multiformidad y os quiere para el único cuerpo, en la unión con los órdenes duraderos – las juntas – de la Iglesia, con los sucesores de los Apóstoles y con el Sucesor de san Pedro. [...] Participad en la edificación del único cuerpo!».<sup>1</sup> Esta exhortación dirigida a los Pastores y a los movimientos para que participen a la edificación del único cuerpo – cada uno según su propio

\* Fundador de la Comunidad Católica Shalom.

<sup>1</sup> BENEDICTO XVI, *Homilía durante la Vigilia de Pentecostés*, en: “L'Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 9 de junio de 2006, 6.

carisma – es un fuerte llamado a contemplar el designio eterno del Señor para su Iglesia, un designio trinitario, de comunión, de unidad, un designio que nos empuja a superar cualquier actitud de antagonismo y contraposición. Por esto, mientras reflexionamos sobre lo que esperan los movimientos y lo que esperan los Pastores, preocupémonos sobre todo por instaurar una relación de reciprocidad que lleve a la edificación del único cuerpo, llamado a ofrecerse como alimento para una humanidad hambrienta. Debemos dirigir nuestra mirada “ más allá ” de nosotros mismos, en sintonía con « toda la creación que espera ansiosamente esta revelación de los hijos de Dios » (*Rom 8, 19*).

### *La participación en la edificación del único Cuerpo*

Durante la Vigilia de Pentecostés de 2006 el Papa nos dirigió estas palabras: « ¡Participad en la edificación del único cuerpo! Los pastores estarán atentos a no apagar el Espíritu (cfr. *1 Ts 5, 19*) y vosotros aportaréis vuestros dones a la comunidad entera. Una vez más: el Espíritu Santo sopla donde quiere, pero su voluntad es la unidad ». <sup>2</sup> La edificación del único cuerpo de Cristo no puede ser fruto de nuestros proyectos humanos y limitados. ¡El cuerpo es de Cristo! Nosotros participamos como siervos humildes en la viña del Señor, siempre atentos a cada signo de su mano para colaborar en el mejor modo en la obra que es Suya. Además debemos ser conscientes de que la construcción de la unidad, como nos ha recordado el Santo Padre, « no nos evita el esfuerzo de aprender el modo de relacionarnos mutuamente ». <sup>3</sup> « En el diálogo paciente entre pastores y movimientos nace una forma fecunda, donde estos elementos llegan a ser elementos edificantes para la Iglesia de hoy y de mañana ». <sup>4</sup> Nuestro seminario de estudio, organizado con

<sup>2</sup> *Ibid.*

<sup>3</sup> *Ibid.*

<sup>4</sup> Cfr. BENEDICTO XVI, *A los párrocos y sacerdotes de la diócesis de Roma*, en: “ *L’Osservatore Romano* ”, ed. en lengua española, 2 de marzo de 2007, 11.

tanto empeño por el Consejo Pontificio para los Laicos, nos está permitiendo realizar esta esperanza: un diálogo paciente, un intercambio franco y fraterno. El diálogo paciente nos permite afrontar con serenidad y confianza las dificultades que se presentan, demostrando, sin duda alguna, el logro de la deseada “madurez eclesial”. El camino del diálogo, que está trayendo abundantes frutos, nos impulsa a reforzar, cada vez más, las bases de la espiritualidad de comunión, según las líneas proyectadas en la Carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*.

Benedicto XVI indica dos reglas fundamentales que hacen posible la participación en la edificación del único cuerpo: a los Pastores pide «no apagar el Espíritu»; a los movimientos y a las nuevas comunidades recomienda: «continúen a aportar vuestros dones a la comunidad entera».<sup>5</sup>

### *Esperanzas recíprocas*

La fidelidad al carisma original, que es un servicio para toda la Iglesia, es la primera respuesta de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades a estas “esperanzas”. Los movimientos y las nuevas comunidades son verdaderos dones del Espíritu. Su fuerza está en el carisma recibido de Dios para proponerlo a los hombres de nuestro tiempo, con la Iglesia y en la Iglesia, la experiencia concreta de Jesucristo vivo. De esta experiencia nace la alegría de ser cristianos, la necesidad de incorporarse a la Iglesia y de vivir la vida sacramental; esta experiencia genera comunidades cristianas maduras, con lazos de amor y fraternidad, conduce a descubrir la fuerza de la Palabra de Dios y de la oración, el amor y el servicio por los pobres, tanto material como moral; esta experiencia nos empuja a evangelizar. ¡Ser aquello que somos, fieles al carisma original, es un servicio no solamente al movi-

<sup>5</sup> ID., *Homilía durante la Vigilia de Pentecostés*, en: “L’Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 9 de junio de 2006, 5.

miento o a la comunidad, sino sobre todo a la Iglesia, ya que el don es dado para el bien común, en beneficio de toda la Iglesia!<sup>6</sup> Los carismas generan así auténticos discípulos y misioneros de Cristo, muchas vocaciones al sacerdocio, al celibato por el Reino de Dios, así como auténticas familias cristianas: una generación que camina hacia la meta de la santidad.

Cada movimiento eclesial y cada nueva comunidad está llamada a un camino de comunión con la diócesis y sus estructuras. Esto exige humildad y colaboración. A propósito, tomo las palabras del Santo Padre, que esta mañana nos ha dirigido, que la fidelidad y la libertad quedan garantizadas, y no ciertamente limitadas, por la comunión eclesial, cuyos ministros, custodios y guías son los obispos, unidos al Sucesor de Pedro.<sup>7</sup> Los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades esperan de los Pastores una acogida paterna y benévola, el reconocimiento del valor de los carismas para la Iglesia, particular y universal, magnanimidad de frente a las normales tensiones que las novedades provocan; una actitud de comprensión y misericordia ante la fragilidad y los límites, porque todos llevamos nuestros tesoros en vasos de barro (cfr. *2 Cor* 4, 7). Esperamos ayuda para vivir nuestros carismas en la Iglesia local y, cuando es necesario, corrección (también ésta es expresión de “mucho amor”), para que en la obediencia y en todo se favorezca la comunión. «Por eso os pido que salgáis al encuentro de los movimientos con mucho amor»<sup>8</sup> ha dicho el Papa. Nosotros pedimos que los Obispos nos conozcan mejor, que no se contenten con

<sup>6</sup> Cfr. JUAN PABLO II, *Homilía en la Vigilia de Pentecostés*, en: “L’Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 31 de mayo de 1996, 4.

<sup>7</sup> Cfr. BENEDICTO XVI, *Discurso a los participantes a un seminario de estudio promovido por el Consejo Pontificio para los Laicos*, en “L’Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 6 de junio de 2008, 5.

<sup>8</sup> ID., *Discurso a los Obispos de la Conferencia Episcopal de la República Federal de Alemania*, 18 noviembre 2006, en: “L’Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 24 de noviembre de 2006, 4.

impresiones superficiales o juicios restrictivos fruto de la falta de contacto directo y personal con las nuevas realidades. Esperamos poder gozar del espacio de libertad que cada carisma necesita para crecer y fructificar, pedimos ser valorados por lo que somos y por el aporte que podemos dar a la edificación de la Iglesia local, rechazando «la tentación de uniformar lo que el Espíritu Santo ha querido que sea multiforme para concurrir a la edificación y a la extensión del único Cuerpo de Cristo».<sup>9</sup>

### *Lo que espera la humanidad*

La acción del Espíritu Santo que, por medio de los carismas ayuda al crecimiento del único cuerpo de Cristo, es impresionante. Toda la Iglesia, Pastores como movimientos, se enfrenta hoy a una sociedad pluralista, secularizada y globalizada, que sufre por las consecuencias de sus decisiones relativas, hedonistas y consumistas, que están comprometiendo los valores esenciales de la vida y de la familia. En occidente, se da un acto de apostasía silenciosa de una multitud de bautizados que se aleja de Cristo y de la Iglesia. En oriente crece el desafío de la evangelización *ad gentes*: millones de personas no conocen Cristo ni la belleza de su Iglesia. En algunas regiones del sur del planeta prevalece la extrema pobreza, las abismales diferencias entre ricos y pobres, la violencia. Además, hay un desafío que como discípulos de Cristo no se puede eludir: el testimonio y el diálogo con el mundo islámico.

Las dificultades de los desafíos no nos desaniman. ¡Al contrario! Movimientos eclesiales y nuevas comunidades han sido suscitados precisamente para nuestro tiempo. Miramos a la humanidad de hoy con la mirada de Cristo, lleno de compasión por las multitudes, verdadera-

<sup>9</sup> ID., *Discurso a los Obispos participantes a un Seminario de Estudios organizado por el Consejo Pontificio para los Laicos*, 17 mayo 2008, en: “L’Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 6 de junio de 2008, 5.

mente ovejas sin pastor. Somos atraídos por esa humanidad, a ella somos llamados. Por eso con alegría y coraje queremos colaborar con nuestros Pastores en la grande y urgente tarea de la evangelización del tercer milenio, moviéndonos como un solo cuerpo, animado del mismo Espíritu. Nuestros carismas son instrumentos potentes del Espíritu para la revelación del misterio de Cristo al hombre de hoy, para que cada uno pueda encontrarlo, amarlo y seguirlo. El elemento central y compartido por los movimientos y las nuevas comunidades es precisamente la trasmisión de la fascinante experiencia de amor del encuentro con la persona viva y vivificante de Jesucristo y su desarrollo según las características y los métodos propios de cada carisma. Tal experiencia es contagiosa: une y reúne a personas que, movidas por este encuentro, desean incorporarse a la Iglesia.

Con corazón ardiente y compasivo sentimos la urgencia de encontrar a las personas en el lugar donde viven, trabajan, sufren o se divierten y con la creatividad de medios y de lenguaje, presentamos en modo apasionado y apasionante la feliz verdad de Cristo y de la Iglesia; queremos acercarnos a los “Santo Tomás” de nuestro tiempo, a los alejados de la Iglesia, que no creen que Jesús ha resucitado: cada vez que ven, escuchan y “tocan” a sus discípulos, ven, escuchan y tocan a Cristo Resucitado iluminado por su resurrección, redescubren la fe y la expresan en el modo más bello: «Señor mío y Dios mío» (Jn 20, 28).

Quisiera recordar que los obispos latinoamericanos en Aparecida, han lanzado a toda la Iglesia el desafío de “una conversión pastoral”: pasar de una pastoral de conversaciones a una pastoral decididamente misionera. ¡Estamos convencidos de que apremia anunciar explícitamente la persona de Jesucristo! Por nuestra parte, hemos descubierto que la mejor respuesta al desafío de la secularización se llama “*parresía*”: ¡anunciar a Cristo con coraje!

### *Conclusión*

«Que todos sean uno: [...], para que el mundo crea que tú me enviaste» (Jn 17, 21). Es asombroso que Jesús en algún modo condicione la conversión del mundo a la unidad y a la comunión entre sus discípulos. En lo concerniente a la comunión entre las nuevas realidades y sus Pastores, ya muy avanzada en el camino de reconocimiento y valoración, es inútil repetir cosas ya dichas, se necesita ir más allá comprometiéndose con la inteligencia y con el corazón a un proyecto de cooperación en vistas a la gran tarea de la evangelización. Los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades, fuertes en sus carismas, ponen a disposición de los Pastores y de toda la Iglesia su avanzada misionera; sus miembros, forjados por verdaderos itinerarios de fe y dóciles al Magisterio, desarrollan personalidades cristianas maduras; están plenamente comprometidos en la defensa de la vida, de la familia, en el campo de la educación, de los medios de comunicación, de la cultura, de la economía, de la política, de la justicia y de la paz. Libres de ideologías, tanto pasadas como presentes, son animados por la potencia de la gracia que brota de Cristo y del Evangelio realizando aquello que el Papa ha llamado «la civilización del amor».<sup>10</sup>

Que la Virgen María, ícono de la armonía de Dios que es la Iglesia, nos ayude a manifestar esa naturaleza profunda. En efecto, «toda la Iglesia, como solía decir el papa Juan Pablo II, es un único gran movimiento animado por el Espíritu Santo, un río que atraviesa la historia para regarla con la gracia de Dios y hacerla fecunda en vida, bondad, belleza, justicia y paz».<sup>11</sup>

<sup>10</sup> ID., *Discurso a los colaboradores voluntarios de los organismos de ayuda*, en: "L'Osservatore Romano", ed. en lengua española, 21 de septiembre de 2007, 8.

<sup>11</sup> ID., *Regina Coeli*, en: "L'Osservatore Romano", ed. en lengua española, 9 de junio de 2006, 7.



# ÍNDICE

Prefacio, *Card. Stanisław Rylko* . . . . . 5

Discurso de Su Santidad Benedicto XVI a los participantes del  
Seminario . . . . . 13

## I. Ponencias

**Una novedad que todavía espera ser debidamente entendida** . . . 17

Los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades en el magisterio de Juan Pablo II y Benedicto XVI,  
*Card. Stanisław Rylko* . . . . . 19

Los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades en la misión de la Iglesia: colocación teológica, perspectivas pastorales y misioneras, *Mons. Piero Coda* . . . . . 33

Movimientos y nuevas comunidades en las Iglesias particulares,  
*Don Arturo Cattaneo* . . . . . 49

Movimientos eclesiales y ministerio petrino: «Os pido que seáis, aún más, mucho más, colaboradores en el ministerio apostólico universal del Papa» (Benedicto XVI), *Mons. Josef Clemens* . . . 73

## II. Reflexiones y testimonios

**II.1. La tarea de los Pastores respecto a los movimientos** . . . . . 97

Discernimiento de los carismas: algunos criterios prácticos,  
*Mons. Alberto Taveira Corrêa* . . . . . 99

## Índice

Acogida de los movimientos y de las nuevas comunidades en las Iglesias particulares, <i>Mons. Dominique Rey</i> . . . . .	105
Acompañamiento pastoral de los movimientos y nuevas comunidades, <i>Mons. Javier Augusto Del Río Alba</i> . . . . .	123
<b>II.2. La tarea de los movimientos y de las nuevas comunidades</b> .	131
Los movimientos: escuelas de fe y vida cristiana, <i>Luis Fernando Figari</i> . . . . .	133
Compañías misioneras, <i>Dominique Vermersch</i> . . . . .	145
Forjas de nuevas vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada, <i>Mons. Massimo Camisasca</i> . . . . .	153
Ambientes de formación permanente de los presbíteros, <i>Mons. Claudiano Strazzari</i> . . . . .	163
<b>II.3. Coloquio con los responsables y fundadores</b> . . . . .	173
Un camino de iniciación cristiana para las parroquias, <i>Kiko Argüello</i>	175
Una familia para quien no tiene familia, <i>Giovanni Paolo Ramonda</i>	185
Mirar afuera desde la ventana de la Iglesia, <i>Andrea Riccardi</i> . . .	189
<b>II.4. Los movimientos en las Iglesias particulares: expectativas recíprocas</b> . . . . .	195
Una comunión eclesial concreta, <i>Card. Camillo Ruini</i> . . . . .	197
La herencia que dejaré a mi diócesis, <i>Mons. André-Mutien Léonard</i> .	201
Dar carne y sangre a los conceptos, <i>Don Julián Carrón</i> . . . . .	207
Siervos humildes en la viña del Señor, <i>Moisés Louro de Azevedo Filho</i>	213



TIPOGRAFÍA VATICANA